HUÉRFANOS DEL ESPACIO

Robert A. Heinlein

TÍTULO ORIGINAL INGLÉS: ORPHANS OF THE SKY

* * *

PRIMERA PARTE EL UNIVERSO

EL UNIVERSO:

La Expedición de la estrella Próxima Centauri, patrocinada por la Fundación Jordan, en el año 2119, fue el primer intento para alcanzar las estrellas más cercanas de la Galaxia. Lo que pudo haber ocurrido en su infortunado empeño es algo que sólo pertenece al reino de las conjeturas...

(Acotado del libro *Historias Románticas de la Moderna Astrografia,* de Franklin Buck, publicado por Lux Transcriptions, Ltd. 3.50 cr.).

* * *

–¡Cuidado! ¡Hay un amotinado!

Ante aquel grito de aviso Hugh Hoyland se zambulló sin tener un segundo que perder. Un proyectil de hierro del tamaño de un huevo se estrelló contra el mamparo, justo por encima de su cabeza, con una fuerza tal que prometía haberle fracturado el cráneo. La velocidad con que se había acurrucado levantó sus pies de las planchas del suelo de la cubierta y, antes de que su cuerpo pudiera asentarse lentamente sobre el suelo plantó los pies contra el mamparo y empujó con todas sus fuerzas.

Y salió disparado hacia abajo por el largo pasaje de una larga trayectoria, llevando el cuchillo dispuesto a entrar en acción para defender su vida.

Se retorció en el aire, comprobó la dirección con los pies contra el mamparo opuesto en la vuelta del pasaje desde el cual le había atacado el amotinado y flotó ligeramente ingrávido. La otra salida del pasaje estaba vacía. Sus dos compañeros se le unieron, deslizándose torpemente por las planchas de la cubierta.

–¿Se ha ido? –Preguntó Alan Mahoney.

–Sí –convino Hoyland–. Le he visto sólo un instante al zambullirse por la escotilla. Creo que es una hembra. Parecía como si tuviera cuatro piernas.

–Dos piernas o cuatro, nunca le echaremos el guante – comentó el tercer hombre.

–¿Quién diablos quiere echarle el guante? –Protestó Mahoney–. Yo no.

–Bien, yo lo haré, si puedo –dijo Hoyland–. Por Jordan, si su puntería hubiera sido dos pulgadas mejor, en este momento estaría dispuesto para ir al Convertidor.

–¿Es que no podéis dejar los dos de jurar en cuanto pronunciáis cuatro palabras? –protestó desaprobatoriamente el tercer hombre–. ¿Qué pasaría si el capitán os oyera? –y se tocó la frente con reverencia al mencionar al capitán.

–¡Oh!, por la memoria de Jordan – estalló Hoyland–. No seas estúpido, Mort Tyler. Tú no eres todavía un científico. Calculo que yo soy tan devoto como tú y que no existe ningún grave pecado en dar, a veces, rienda suelta a los propios pensamientos. Incluso los científicos lo hacen. Les he oído...

Tyler abrió la boca como si fuese a provocar una disputa; pero pareció pensarlo mejor.

Mahoney tocó a Hoyland en un brazo.

–Mira, Hugh –le rogó–, vámonos de aquí. Nunca tuvimos que haber subido tan alto. Me encuentro sin peso; quiero volver adonde pueda sentir algo bajo mis pies.

Hoyland miró largamente hacia la escotilla a través de la cual el asaltante había desaparecido, mientras que su mano continuaba aferrada al puño del cuchillo, y después se volvió hacia Mahoney.

–De acuerdo, muchachos –convino–. Hay un largo viaje hacia abajo, de todas formas.

Se volvió entrando por la escotilla, por donde habían alcanzado el nivel en que se encontraban entonces, con los otros dos amigos siguiéndole. Sin hacer caso de la escalera metálica por la que anteriormente hubieron subido, se dejaron caer por la abertura y

cayeron flotando suavemente hacia la cubierta inferior a quince pies más abajo con Tyler y Mahoney siguiéndole de cerca.

Otra escotilla y vuelta a repetir el descenso, flotando hacia abajo, siempre hacia abajo, cayendo así durante varias docenas de niveles y cubiertas de la nave espacial, una bajo la otra; todas silenciosas, mal alumbradas y envueltas en el misterio. Cada vez descendían más deprisa, cayendo sobre cada cubierta con más fuerza. Al final, Mahoney protestó:

–Hugh, más vale que vayamos andando el resto del camino. Este último salto me ha hecho daño en los pies.

Como quieras. Pero nos llevará mucho tiempo. ¿Hasta dónde hemos llegado? ¿Ha llevado alguien la cuenta?

–Tenemos que bajar setenta cubiertas de la Nave para llegar a los jardines hidropónicos.

–¿Y cómo lo sabes? –preguntó Mahoney con sospechas.

–Los fui contando, estúpido. Y conforme vamos bajando, los voy tomando igualmente en cuenta.

–No lo has hecho. Nadie sino un científico puede llevar una cuenta así. Sólo porque has aprendido a leer y escribir te crees que lo sabes todo.

Hoyland se metió en medio antes de que la discusión degenerase en una reyerta.

–Cállate, Alan. Tal vez pueda hacerlo. Es listo para esas cosas. De cualquier manera, parece que hemos atravesado setenta cubiertas. Ahora me siento bastante pesado.

–Tal vez le gustara contar las hojas de mi cuchillo...

–Calla, te he dicho. El duelo está prohibido fuera del poblado. Es la Regla –y continuaron en silencio, corriendo ligeramente escaleras abajo, hasta incrementar el peso de cada uno, lo que finalmente les obligó a moderar el paso. A poco, irrumpieron en un nivel que se hallaba brillantemente iluminado y más de dos veces tan profundo, entre las cubiertas como los de arriba. El aire estaba húmedo y tibio; la vegetación oscurecía la visión.

–Bien, abajo por fin –dijo Hugh–. No reconozco esta granja, hemos tenido que bajar por un lugar diferente al que subimos.

–Allí hay un granjero –dijo Tyler. Se puso los dedos en los labios y emitió un agudo silbido, llamando después–: ¡Eh, amigo! ¿Dónde estamos?

El granjero les miró con calma y después les encaminó pronunciando sólo monosílabos y de mala gana, hacia el pasaje principal, que les conduciría hasta su propio poblado.

Un animado paseo de milla y media túnel abajo, moderadamente poblado con tráfico propio de los portadores de mercancías, peatones y un ocasional carretero, además de un científico muy digno, llevado en una litera por cuatro porteadores y una escolta que iba despejando el camino, les llevó, por fin, a su propio poblado, un espacioso compartimento de tres cubiertas de altura y tal vez unas diez veces más ancho. Se separaron y siguió cada uno su camino; Hugh hacia su vivienda en los barracones de los cadetes, jóvenes solteros que no vivían con sus padres. Se lavó y desde allí se fue al compartimento de su tío, con quien hacía sus comidas. Su tía le miró de reojo al verle llegar cansado y lleno de reojo; pero no dijo nada.

–Hola, Hugh –le dijo su tío– ¿Explorando de nuevo eh?

Su tío, un hombre sensible y estólido, le miró tolerantemente divertido.

–¿Dónde fuiste y qué ha sido lo que has encontrado?

La tía de Hugh se había deslizado silenciosamente fuera del compartimento, volviendo a poco con la comida que la situó frente a él. Comenzó a tomarla, sin que le diera las gracias, cosa que nunca solía hacer, y tomó un poco antes de contestarle, pero sin levantar la vista.

–Estuve arriba. Subimos casi al nivel donde no hay peso. Un amotinado intentó aplastarme el cráneo.

Su tío dejó escapar una risita entre dientes.

–Encontrarás la muerte en esos pasadizos, muchacho. Sería mejor que dedicaras más atención a mis cosas, pensando en el día en que yo muera y te deje libre el camino.

Hugh se mostró testarudo.

–¿Es que no tienes ninguna curiosidad, tío?

–¿Yo? Oh, ya escudriñé bastante cuando era un muchacho como tú. Seguí el pasaje principal por toda su longitud alrededor y de vuelta al poblado. Pasé también por el Sector Oscuro, con los amotinados siguiéndome los pasos. ¿Ves esta cicatriz?

Hugh la miró una vez más. La había visto ya muchas veces antes de que repitiese la historia que ya había llegado a aburrirle. Una vez, alrededor de la nave... *¡paff! El* deseaba ir a todas partes, verlo todo y descubrir el porqué de todas las cosas. Aquellos niveles superiores, si los hombres no intentaban saltar hasta tan arriba porque los había creado Jordan?

Pero se guardó sus propias opiniones y continuó con la comida. Su tío cambió el sujeto de la conversación.

–Tuve una ocasión de visitar al Testigo. John Black afirma que le debo tres cerdos. ¿Quieres venir conmigo?

–Pues no... supongo que no. Espera... creo que será mejor ir contigo.

–Date prisa, pues.

Se detuvieron en los barracones de los cadetes, y después Hugh afirmó que era un recadero. El Testigo, vivía en un pequeño y maloliente compartimento que se hallaba directamente al otro lado de los Comunes, en los barracones, donde estaban a disposición de cualquiera que tuviese necesidad de su talento. Encontraron al Testigo sentado en el umbral, escarbándose los dientes con una uña. Su aprendiz, un adolescente vivaracho, tomaba asiento en el suelo, tras el Testigo.

–Buena comida –saludó el tío de Hugh.

–Buena comida te deseo, Edard Hoyland. –¿Vienes para negocios o en busca de la compañía de un viejo?

–Ambas cosas –repuso diplomáticamente el tío de Hugh explicando después la presencia del sobrino.

–¿Ah, sí? –repuso el Testigo–. Bien... el contrato está bastante claro:

Black John entregó diez bushels de avena esperando en pago un par de cerditos

Ed puso su cerda a que echase una carnada

John cobrará su paga cuando los cerdos engorden.

–¿Cómo están ya de grandes los cerditos, Edard Hoyland?

–Bastante grandes –reconoció el tío de Hugh–; pero Black reclama tres, en vez de dos.

–Dile que se remoje la cabeza. El Testigo, ha hablado –y dejó escapar una risita entre dientes.

Ambos chismorrearon por algunos minutos; Edard Hoyland escarbando en sus recientes experiencias para satisfacer la insaciable curiosidad del viejo por toda clase de detalles. Hugh se mantuvo silencioso, mientras hablaban los ancianos. Pero cuando su tío volvió a hablar, se mezcló en la conversación.

–Me quedaré más rato, tío.

–¿Eh? Bueno, como quieras, sobrino. Buena comida, Testigo.

–Le traje un regalo, Testigo –dijo Hugh, cuando su tío se hubo marchado.

–Veamos lo que es.

Hugh sacó un paquete de tabaco que había sacado de un cajón de los barracones. El Testigo lo aceptó sin darle las gracias y lo entregó al aprendiz para que se hiciera cargo del obsequio.

–Pasa adentro, hijo –invitó el Testigo. Después, dirigiéndose al aprendiz, le ordenó: Eh, saca una silla para el cadete.

–Y ahora, muchacho –añadió cuando se hubieron sentado–, dime qué es lo que vas a hacer con tu persona.

Hugh se lo dijo; pero el anciano le rogó que se lo repitiera todo con detalle, especialmente con acontecimientos de sus más recientes exploraciones, mientras que el Testigo se quejaba de su incapacidad para recordar todas las cosas que había visto en su juventud.

–Vosotros, los jóvenes, no tenéis capacidad –pronunció como una sentencia–. Ninguna capacidad. Incluso ese patán –dijo haciendo una indicación al aprendiz que tenía tras él–, tampoco tiene ninguna, aunque es muchas veces mejor que tú. Deberías creerlo, no es capaz de absorber un millar de líneas por día y con todo, quiere ocupar mi puesto el día que yo falte. Cuando yo era aprendiz solía aprender esas mil líneas silbando. Unas barcas que hacen agua, eso es lo que sois...

Hugh no tuvo intención de disputar con el anciano por aquella acusación tan directa, sino que esperó a que el viejo continuase, cosa que hizo a su debido tiempo.

–Bien... ¿y tenias alguna pregunta que hacerme, muchacho?

–En cierta forma, Testigo.

–Está bien, hijo, adelante con lo que sea. No te muerdas la lengua.

–¿Ha subido usted alguna vez hasta arriba del todo, donde no tienen peso los cuerpos?

–¿Yo? Por supuesto que no. Yo he sido siempre un Testigo, aprendiendo mi obligación. Tuve que aprenderme todas las líneas de los Testigos anteriores y nunca tuve tiempo para distracciones de chiquillos.

–Había esperado que me dijese qué es lo que podía encontrar allí.

–Bueno, ahora es otra cuestión. Yo no he subido nunca; pero recuerdo lo que me han contado los que han subido y que han sido muchos. Yo soy ya un anciano. Conocí al

padre de tu padre y antes a su abuelo. ¿Qué es lo que quieres saber?

–Bueno –y Hugh se preguntó en aquel momento, qué era realmente lo que quería saber. ¿Cómo plantearía una pregunta que sólo era una intuición, como una dolorosa sensación en su pecho?

–¿Para qué es todo esto, Testigo? ¿Por qué están todos esos niveles por encima de nosotros?

–¿Eh? ¿Qué preguntas? Por el nombre de Jordan, hijo... yo soy un Testigo y no un científico.

–Bien... creí que lo sabría. Lo siento.

–Pues lo sé. Lo que tú quieres es conocer las Líneas desde el Principio.

–He oído hablar de ellas

–Óyelo nuevamente. Todas las repuestas que buscas están ahí, si tienes la suficiente sabiduría para verlas. Pon atención. No... aquí hay una oportunidad para que mi aprendiz muestre su aprendizaje. ¡Eh, tú! Las Líneas desde el Principio... y cuida del ritmo.

El aprendiz se humedeció los labios con la lengua y comenzó:

«En el Principio existía Jordan, pensando sólo en Sus solitarios pensamientos.

»En el Principio había oscuridad, carencia de formas, muerte, y el Hombre era desconocido.

»De la soledad, surgió un deseo vehemente y del deseo vehemente, una visión.

»De aquel sueño, surgió un planeamiento y del plan una decisión...

¡Se levantó la mano de Jordan y la Nave nació!

»Milla tras milla de ajustados compartimentos, tanque tras tanque de grano dorado...

»Escaleras y pasajes, puertas y cerrojos, todo estaba hecho para las necesidades de los que no habían nacido aún...

»Miró a Su trabajo y le resultó grato, reunido y compuesto para una raza que aún tenía que existir.

»Pensó en el Hombre... el Hombre surgió al ser... comprobó su pensamiento y buscó la clave.

»El Hombre indómito y cerril habría avergonzado a su Hacedor, el Hombre no gobernado habría estropeado el Plan:

»Por tanto, Jordan hizo las Regulaciones; órdenes para cada hombre.

.A cada uno su tarea a cada uno su puesto, sirviendo a un propósito más allá del alcance de su vista.

»Algunos tienen que hablar y otros, escuchar; las órdenes llegan a la masa de los hombres.

»La tripulación que él creó para trabajar en sus estaciones, y científicos para llevar adelante el Plan.

»Por encima de todos él creó el Capitán y lo hizo un juez para la raza de los hombres.

¡*Así ocurrió en la Edad de Oro!*

»Jordan es perfecto; todos los demás, bajo él, carecen de perfección en sus acciones.

»Envidia, Avaricia... y el Orgullo del Espíritu buscaron mentes donde alojar sus semillas.

»Hubo uno que les dio su antojo... ¡maldito Huff, el primero en pecar!

»Su maldad en el consejo movió a la rebelión y colocó la duda donde no había estado.

»La sangre y los mártires mancharon las planchas del suelo, y el Capitán de Jordan hizo el Viaje.

»La oscuridad lo engulló todo... »

El anciano dio en la boca al aprendiz con el revés de la mano y le gritó:

–¡Inténtalo otra vez!

–¿Desde el principio?

–¡No! Desde donde perdiste el hilo.

El muchacho vaciló, y después continuó la retahíla:

«La oscuridad engulló todo camino de virtud, el Pecado prevaleció a través de toda la Nave...

La voz del muchacho, monótona y regular, continuó aquella letanía que parecía no tener

fin, párrafo tras párrafo, versículo tras versículo, recitando una inacabable relación, aunque con poca agudeza de detalle, de la vieja historia, la historia del pecado, la rebelión y el tiempo de la oscuridad. De qué forma la sabiduría prevaleció al fin y los cuerpos de los cabecillas rebeldes fueron arrojados como combustible al Convertidor. De qué forma, algunos de los rebeldes escaparon, haciendo el Viaje y vivieron para engendrar a los mutantes. Y cómo se eligió a un nuevo Capitán, tras de la oración y el sacrificio.

Hugh se removió incómodo, frotando los pies en el suelo. No había duda de que las respuestas a sus preguntas estaban allí, puesto que eran las Líneas Sagradas; pero él no tenía capacidad para entenderlas. ¿Por qué? ¿Para qué era todo aquello? En realidad... ¿es que sólo había en la vida, el comer, dormir y finalmente el largo Viaje? ¿No habría querido Jordan que él lo supiera? Entonces... ¿por qué aquel dolor encerrado en su pecho? Aquel hambre que persistía a pesar de la hartura de comer...

Cuando se disponía a alterar el ayuno tras haber dormido, un ordenanza llegó a la puerta del departamento de sus tíos.

–Los científicos requieren la presencia de Hugh Hoyland –recitó mecánicamente.

Hugh sabía que lo relativo a los científicos, era en realidad el Teniente Nelson, a cargo del bienestar físico y espiritual del sector de la Nave adonde pertenecía la población en que había nacido Hugh. Acabó de tomar lo que le quedaba del desayuno y se dio prisa a seguir al mensajero.

–¡Cadete Hoyland! –se presentó a sí mismo. El científico levantó la mirada de su desayuno y repuso:

–Ah, sí; pasa, hijo mío. Siéntate. ¿Has comido?

Hugh repuso afirmativamente; pero sus ojos no se apartaban con interés de la maravillosa fruta que tenía su superior ante él. Nelson siguió la mirada de Hugh.

–Ah, come alguno de esos higos. Son una nueva mutación... me los han traído desde lejos, de la otra parte. Vamos, adelante, un hombre de tu edad siempre está dispuesto a tomar algunos bocados más de lo que le guste.

Hugh aceptó. Nunca antes había comido en presencia de un científico. Su superior se retrepó en su butaca, se limpió los dedos en la camisa, se arregló la barba y comenzó su disertación.

–No te he visto mucho últimamente, hijo. Cuéntame qué es lo que has estado haciendo –y antes de que Hugh replicase, continuó–: No, no me lo digas, te lo diré yo. Por una parte, has estado explorando, subiendo y escalando la Nave sin mucho respeto para las zonas prohibidas. ¿No ha sido así? –y miró fijamente al joven. Hugh farfulló algo en busca de

una respuesta adecuada. Pero de nuevo le dejaron con la palabra en la boca–. No importa. Yo lo sé y tú sabes que lo sé. No estoy demasiado disgustado por eso. Pero eso me trae a la mente la idea de que ya va siendo hora de que decidas lo que hacer con tu vida. ¿Tienes algún plan?

–Bien... ninguno definido aún, señor.

–¿Y qué hay de esa chica, Edris Baxter? ¿Tienes idea de casarte con ella?

–Pues... bueno, no lo sé, señor. Supongo que sí, y creo que su padre lo permite. Sólo que...

–¿Sólo qué?

–Bien... quiere que aprenda a trabajar en la granja. Supongo que es una buena idea. Sus trabajos agrícolas junto con los negocios de mi tío harían una buena propiedad.

–Pero... ¿no estás seguro?

–Pues... no lo sé.

–Está bien. Tú no estás hecho para eso. Tengo otros planes. Dime, ¿has imaginado alguna vez por qué te enseñé a leer y escribir? Desde luego, tienes que haberlo supuesto. Por no has mantenido tu propio criterio. Eso es bueno. Y ahora, escúchame con atención. Te he venido observando desde que eras un niño pequeño. Tú tienes más imaginación que la mayoría de la gente, más curiosidad, más empuje. Eres un caudillo nato. Eres diferente a los demás, incluso desde que eras un bebé. Tu cabeza era demasiado grande, en cierto modo y hubo alguno que incluso votó, cuando naciste, para ser arrojado al Convertidor. Pero yo lo impedí. Deseaba saber, con el tiempo, cómo te desenvolverías. La vida de un campesino no es para personas como tú. Tienes que ser un científico.

El viejo hizo una pausa y estudió el rostro del joven Hugh. Hugh aparecía, confuso, sin saber qué decir y el anciano continuó:

–Oh, si. Ciertamente, para un hombre de tu temperamento, hay sólo dos cosas que hacer o un custodio o enviarlo al Convertidor.

–¿Quiere usted decir, señor, que yo no tengo nada que opinar al respecto?

–Si quieres plantear la cuestión tan rudamente, te diré que así es, en efecto. Dejar a los brillantes entre las filas de la Tripulación es engendrar la herejía. No podemos hacerlo. Lo hicimos una vez y casi quedó destruida la raza humana. Tú estás marcado por una excepcional capacidad; ahora necesitas ser instruido en el recto pensar; ser iniciado en los misterios al objeto de que puedas ser una fuerza conservadora más bien que un foco de infección y una causa originaria de dificultades.

El ordenanza reapareció cargado con brazados de libros que depositó en la mesa. Hugh los miró y después no pudo evitar el exclamar:

– Eso es lo que me gusta

–Ciertamente –reconoció Nelson–. Envié a buscarlos. De ahora en adelante, dormirás aquí. Te veré más tarde y ya puedes comenzar tus estudios... a menos que tengas otra idea en la cabeza.

–Oh, no, señor, supongo que no. Tengo que admitir que me encuentro un poco confuso; e imagino... supongo que con esto no querrá usted que me case...

–Ah, vamos, *eso* –respondió Nelson con indiferencia–. Tómala si gustas... su padre no protestará ahora. Pero déjame advertirte que pronto te cansarás de ella.

* * *

Hugh Hoyland devoró los viejos libros que su mentor le había permitido leer, y no sintió deseo de otras cosas, ni de escalar por las cubiertas, ni hacer otra cosa que seguir allí, sin salir de la cabina de Nelson. Más de una vez sintió que se hallaba sobre el rastro del secreto –un secreto aún indefinido, incluso como cuestión–; pero de nuevo volvería a encontrarse más confundido que nunca. Era evidentemente más duro alcanzar la sabiduría de los sabios, de lo que había imaginado.

En una ocasión, mientras estaba preocupado ante la forma de descifrar los retorcidos caracteres curiosamente estampados en aquellos libros e intentaba desentrañar el rompecabezas de la singular retórica y del significado de los términos tan poco familiares para él, Nelson entró en el pequeño compartimento que se había dispuesto junto al suyo, y dejando caer una mano paternalmente sobre el hombro de Hugh, le dijo:

–¿Cómo va eso, muchacho?

–Ah, pues creo que muy bien, señor, supongo –respondió, dejando a un lado el libro–. Algo de todo esto no está muy claro para mi, en absoluto, para decir la verdad.

–Eso era de esperar, hijo –le dijo el anciano afablemente–. Te he dejado que luches por ti mismo al principio, con objeto de que puedas ver en las trampas en que puede caerse. Muchas de esas cosas no pueden ser comprendidas sin la debida instrucción. ¿Qué tienes aquí? –recogió el libro y le echó un vistazo a la tapa–. *Física Moderna Básica.* ¿Ah, sí? Este es uno de los escritos sagrados más valiosos, pero así y todo el no iniciado no podría hacer buen uso de él, sin ayuda. La primera cosa que tienes que comprender, muchacho, es que nuestros antepasados, por toda su perfección espiritual, no miraban las cosas en la forma en que nosotros lo hacemos ahora. Eran unos románticos incurables, más bien que racionalistas, como somos ahora y que las verdades que manejaron e hicieron llegar hasta

nosotros, aunque estrictamente ciertas, estaban con frecuencia revestidas de un lenguaje alegórico. Por ejemplo, ¿has llegado a la Ley de la Gravitación?

–Ya la he leído.

–¿La comprendiste? No. Puedo ver que no ha sido así.

–Bien... –repuso Hugh a la defensiva– no pareció *significar* nada. Sencillamente sonaba a una cosa tonta, si me permite que lo diga así, señor.

–Eso viene a ilustrar mi punto de vista. Tú has estado pensando en ello en términos literales, como las leyes que gobiernan los dispositivos eléctricos y que habrás encontrado en otras partes del libro. «Dos cuerpos se atraen en razón directa de la masa y en razón inversa del cuadrado de la distancia.» Eso suena sencillamente como una regla para hechos físicos, ¿no es cierto? Sin embargo, no se trata de nada de eso; era la forma poética con que los antiguos tenían que expresar la regla de propincuidad y relación con que se gobierna la emoción del amor. Los cuerpos a que se refiere, son cuerpos humanos; la masa es su capacidad para el amor. La gente joven tiene una mayor capacidad para el amor que los mayores; cuando se aproximan, se enamoran, y con todo, cuando se les separa pronto, se olvidan. «Ojos que no ven, corazón que no siente.» La cosa es tan sencilla como suena. Pero tú estabas buscando algún profundo significado para ello, sin duda.

Hugh hizo una mueca.

–Nunca pensé en considerarlo en esa forma. Veo ahora que tendré que necesitar mucha ayuda.

–¿Hay algo más que te preocupe por ahora?

–Pues, sí, señor, muchas cosas, aunque probablemente no pueda recordarlas así, de primera mano. Hay una cosa que me importa: dígame, Padre, ¿los amotinados pueden ser considerados como personas?

–Ya veo que has dado oídos a vanas palabras. La respuesta a eso es a la vez sí y no. Es cierto que los amotinados originalmente descendieron de las personas; pero dejaron hace tiempo de pertenecer a la tripulación; ahora no pueden ser considerados como miembros de la raza humana ya que ellos hicieron mofa de la Ley de Jordan. Ésta es una cuestión muy amplia –continuó, recalcando el problema enfáticamente–. Existe incluso el problema del significado original de la palabra «amotinado». Ciertamente existieron en gran número entre nuestros antepasados, los que produjeron el motín y que escaparon a la muerte al tiempo de la rebelión. Pero tienen también en su sangre, la sangre de muchos mutantes que nacieron durante la edad de las tinieblas. Comprendes, por supuesto, que durante tal período, nuestra presente y sabia regla de inspeccionar a cada recién nacido en

busca de la marca del pecado y hacerlo retornar al Convertidor a quien se le encontrasen mutaciones, no estaba en vigor. Hay extrañas y horribles cosas arrastrándose por los oscuros pasillos, acechando y espiando en los niveles desiertos.

Hugh pensó en aquello durante un rato y después preguntó:

–¿Por qué es que tales mutaciones siguen todavía mostrándose entre nosotros, las personas?

–Eso es sencillo. La semilla del pecado está en nosotros. De tiempo en tiempo, se deja aparecer, como encarnada de nuevo. Al destruir a esos monstruos ayudaremos a purificar y expurgar la raza y de ahí el facilitar la culminación del Plan Jordan, es decir, el fin del Viaje a nuestro hogar celestial, la Lejana Centaurus.

Las cejas de Hugh se fruncieron nuevamente.

–Hay otra cosa que no comprendo. Muchos de estos antiguos escritos, hablan del Viaje como si fuese algo que actualmente sigue moviéndose, como un ir a alguna parte... como si la Nave en sí misma no fuese más que una carretilla de mano. ¿Cómo puede ser eso?

Nelson se rió entre dientes.

–¿Que cómo puede ser, en efecto? ¿Cómo puede esto moverse siendo el fondo contra lo cual todo se mueve? La respuesta, desde luego, es bien sencilla. De nuevo has equivocado el lenguaje alegórico por el uso ordinario del utilizado cada día. Por supuesto, la Nave es sólida, inconmovible, en un sentido físico. ¿Cómo puede moverse todo el universo? Y con todo, se mueve, en un sentido espiritual. Con cada acto recto nos movemos y dirigimos más cerca al sublime destino del Plan Jordan.

Hugh hizo un signo aprobatorio con la cabeza.

–Ya comprendo, Padre.

–Desde luego, es concebible que Jordan pudo haber modelado el mundo en otra forma que la de la Nave, de haber convenido a Su propósito. Cuando el hombre era más joven y más poético, los hombres santos rivalizaron uno con otro en inventar palabras fantásticas que Jordan podría haber creado. Una escuela inventó una entera mitología de un mundo vuelto del revés con espacios sin límites, vacío excepto por algunos puntos de luz y monstruos mitológicos sin cuerpo. Le llamaron el mundo celestial, o el cielo, como contraste con la sólida realidad de la Nave. Pareció que nunca se cansaron de especular respecto a ello, inventando detalles para ello, y haciendo imágenes de lo que habían concebido debería ser. Supongo que lo hicieron para mayor gloria de Jordan, y... ¿quién puede decir que El encontró sus sueños inaceptables? Pero en esta edad moderna en que vivimos, tenemos trabajos más serios que llevar a cabo.

Hugh no estaba interesado en la Astronomía. Incluso su mente no educada convenientemente había sido capaz de ver en su fantástica extravagancia una intención no literal. Se volvió a los problemas más a la mano.

–Puesto que los amotinados son la semilla del pecado, ¿por qué no hacemos algún esfuerzo para borrarlos de la existencia? ¿No sería ésa una hazaña que aceleraría el cumplimiento del Plan?

El anciano consideró la pregunta antes de responder adecuadamente.

–Ésa es una honesta pregunta y se merece una respuesta abierta y franca. Puesto que tú vas a ser un científico, necesitarás conocer la respuesta. Míralo en esta forma: hay un número definido de personas que la Nave puede mantener y soportar. Si nuestro número se incrementa ilimitadamente, llegará el tiempo en que no habrá una buena comida para ninguno de nosotros. ¿No es preferible que algunos mueran en las refriegas con los amotinados que el hecho de que sigamos multiplicándonos hasta que tuviéramos que matarnos los unos a los otros por un poco de alimento? Los designios de Jordan son inescrutables. Incluso los amotinados tienen su parte que jugar en el Plan.

Aquello parecía razonable; pero Hugh no estuvo seguro.

Pero cuando Hugh fue transferido a un trabajo activo como joven científico en la operación de las funciones de la Nave, encontró allí otras opiniones distintas. Como era de costumbre, tuvo que hacer un período de servicio en el Convertidor. El trabajo no era excesivo ni molesto; su misión principal consistía en comprobar los materiales de desperdicio llevados por los porteadores de cada uno de los poblados, llevar los libros de registro en sus contribuciones y estar seguro de que ningún metal útil pudiese ser introducido en la tolva del primer estadio. Aquello le puso en contacto con Bill Ertz, el ayudante del Ingeniero Jefe, un hombre no mucho mayor que él en edad.

Discutió con él las cosas que había aprendido de Nelson y se sintió sorprendido de la actitud de Ertz.

–¡Sácate eso de la cabeza, muchacho! –le dijo Ertz–. Esto es un trabajo práctico para hombres prácticos. Olvídate de todos esos absurdos romanticismos. ¡El Plan Jordan! Toda esa patraña está bien para que los campesinos se mantengan en calma y en su sitio; pero no vayas tú a caer en esa misma tontería. No hay Plan... aparte de los nuestros propios para cuidarnos de nosotros mismos. La Nave tiene que tener luz y calor, energía y potencia para cocinar y para la irrigación de sus jardines hidropónicos. La tripulación no puede vivir sin esas cosas, lo que nos convierte en jefes y maestros del personal. Y respecto a la tolerancia hacia los amotinados, ya verás los cambios que tienen que producirse. Mantén la boca cerrada y sigue con nosotros adelante.

Aquello le impresionó fuertemente, como para mantener una lealtad en principio al

bloque de jóvenes hombres entre los científicos. Constituían una bien tejida organización dentro de otra organización, decidida por los hombres prácticos y de buena voluntad que estaban trabajando hacia el mejoramiento de las condiciones reinantes en la totalidad de la Nave, tal y como ellos lo veían. Era una organización unida y coherente porque en cuanto un aprendiz fallaba en ver las cosas a su modo, no duraba por mucho tiempo. O era enviado y devuelto de nuevo entre las filas de los campesinos encargados de las granjas o, como solía ser más frecuente, sufrir algún accidente e ir de cabeza al Convertidor.

Y Hoyland empezó a ver que tenían razón.

Eran gente realista. La Nave era la Nave. Aquello era un hecho evidente que no requería ninguna explicación. Respecto a Jordan..., ¿quién le había visto, quién había hablado con Él? ¿En qué consistía Su nebuloso Plan? El objeto de la vida era vivir. Un hombre nacía, vivía su vida y después iba al Convertidor. La cosa no podía ser más simple, sin ningún misterio, sin ningún sublime Viaje y sin ninguna estrella del Centauro. Aquellas historias románticas eran sencillamente engañabobos para la niñez de la raza, antes de que los hombres adquirieran la comprensión y el valor de mirar los hechos reales cara a cara.

Cesó de molestarse mentalmente respecto a las cuestiones de la Astronomía, la física mítica y todas las demás cosas y relatos mitológicos que se le había enseñado a reverenciar. Todavía seguía en cierta forma divertido, por las Líneas desde el Principio y por todos los viejos relatos relacionados con la Tierra –¿qué diablos sería la «Tierra», de cualquier forma?–, pero ahora comprendió que tales cosas sólo podían ser tomadas en serio por los chiquillos y los estúpidos.

Además había mucho trabajo que hacer. Los hombres jóvenes, mientras que todavía mantenían la nominal autoridad de sus mayores, tenían sus propios planes, el primero de los cuales era la sistemática exterminación de los amotinados. Más allá de aquello, sus intenciones todavía aparecían indefinidas; pero las contemplaban haciendo un uso completo de los recursos de la Nave, incluyendo los niveles superiores. Los hombres jóvenes estaban capacitados para llevar adelante sus planes sin una abierta oposición de sus mayores, porque los científicos más viejos no se preocupaban mucho de la rutina de la Nave. El actual Capitán se había convertido en una persona tan obesa que raramente se movía de su cabina, y su ayudante, uno de los jóvenes del bloque, atendía sus asuntos por él.

Hoyland nunca posaba los ojos sobre el Ingeniero Jefe, excepto una vez, cuando se mostró para llevar a cabo una ceremonia puramente religiosa de tripular las estaciones de aterrizaje.

El proyecto de barrer a los amotinados requería un reconocimiento completo de los niveles superiores y había que hacerlo sistemáticamente. Y fue en una de aquellas exploraciones cuando Hoyland cayó nuevamente en una emboscada tendida por un

amotinado.

Este amotinado fue más preciso y tuvo más puntería con su disparo de honda. Los Compañeros de Hoyland, forzados a retirarse sobrepasados por el número de sus enemigos, le dejaron abandonado por muerto.

* * *

Joe-Jim Gregory estaba jugando para sí mismo una partida de ajedrez. Hubo un tiempo en que jugaban juntos a las cartas; pero Joe, el de la cabeza de la derecha, habla sospechado de Jim, el miembro izquierdo del equipo, de hacerle trampas. Con tal motivo habían disputado irritadamente hasta dejarlo pasar, ya que ambos habían aprendido en su carrera inevitable de ir siempre juntos que dos cabezas unidas a un solo par de hombros tienen por fuerza que caminar por la vida inseparablemente juntos.

Jugar al ajedrez era mucho mejor. Ambos tenían que mirar el tablero y el desacuerdo era imposible.

Un fuerte golpe metálico sobre la puerta del compartimento interrumpió la partida. Joe-Jim sacó rápidamente el cuchillo de la funda, dispuesto para lo que fuese.

–¡Entra! – gruñó Jim.

Se abrió la puerta y el que habla llamado entró en la estancia por su único acceso, como medida más segura, como todas sabían para mostrarse a la presencia de Joe–Jim. El recién llegado era un tipo achaparrado y de potentes músculos que no tendría más de cuatro pies de altura. El cuerpo inerte de un hombre cruzado sobre sus espaldas era sostenido sólo por una de las manos del enano.

Joe-Jim volvió el cuchillo a su vaina.

–Déjalo ahí, Bobo –ordenó Jim.

–Y cierra la puerta –añadió Joe–. Y ahora, ¿qué es lo que nos traes aquí?

Era un hombre joven, aparentemente muerto, aunque aparecía sin heridas visibles. Bobo le golpeó en un muslo.

–¿Yo comerlo? –preguntó esperanzado. La saliva le chorreaba por su horrible bocaza, con los labios entreabiertos.

–Tal vez –contemporizó Jim–. ¿Lo has matado?

Bobo sacudió su cabeza microcéfala.

–Bien Bobo –aprobó Joe–. ¿Dónde le golpeaste?

–Bobo pegar *aquí*. –Y el microcéfalo inclinó el dedo pulgar de una mano hacia una zona comprendida entre el ombligo y el esternón.

–Buen disparo –aprobó Joe–. No podíamos haberlo hecho mejor con un cuchillo.

–Bobo *buen* disparo –convino el enano con suavidad–. ¿Quieres ver? Y se dispuso a repetir la operación con la honda.

–Cierra la boca –repuso Joe, aunque no con desagrado–. No, no queremos verlo; queremos que hable.

–Bobo lo arregla –convino el enano y comenzó con su simple brutalidad a llevar adelante su propósito.

Joe-Jim le echaron a un lado y aplicaron otros métodos, dolorosos, pero considerablemente menos drásticos que los del enano. El joven prisionero comenzó a moverse y abrió los ojos

–¿Yo comerlo ahora? –insistió Bobo.

–No –dijo Joe–. ¿Cuándo comiste por última vez? –inquirió Jim.

Bobo sacudió la cabeza y se frotó el estómago

indicando con una gráfica pantomima que hacía ya mucho tiempo, mucho tiempo. Joe-Jim se dirigió hacia un armario, lo abrió y sacó un trozo de carne que sostuvo en el aire. Jim la olió y Joe apartó la cabeza con un signo de asco. Joe-Jim se la tiró a Bobo, que la cogió en el aire.

–Y ahora lárgate de aquí –ordenó Jim.

Bobo se alejó trotando sobre sus cortas piernas y cerró la puerta tras él. Joe-Jim se volvió hacia el cautivo y le empujó con el pie.

–Habla –dijo Jim–. ¿Quién diablos eres tú?

El joven se estremeció, se puso una mano en la cabeza y entonces pareció que enfocaba el entorno, ya que momentos después se puso en pie con trabajo, dirigiéndose torpemente en sus pasos, al luchar contra la falta de peso por las condiciones del nivel en que se hallaba, y echó mano de su cuchillo.

Pero no estaba en su vaina.

Joe-Jim ya había sacado el suyo.

–Vamos, sé buen chico y no te pasará nada. ¿Cómo te llaman?

El joven abrió los labios y sus ojos recorrieron frenéticamente la estancia en que se encontraba.

–¡Habla! –volvió a ordenar Joe.

–¿Por qué molestarse con él? –inquirió Jim–. Yo diría que sólo vale para comérselo. Mejor será llamar a Bobo.

–No nos corre prisa eso –repuso Joe–. Quiero hablar con él. ¿Cuál es tu nombre?

El prisionero volvió a mirar el cuchillo y murmuró con voz apagada:

–Hugh Hoyland.

–Eso no nos dice gran cosa –comentó Jim–. ¿Qué haces? ¿De qué poblado provienes? ¿Y qué es lo que andas haciendo en la zona de los amotinados y mutantes?

Pero Hugh se sentía mareado. Incluso la presión del cuchillo contra sus costillas hizo que siguiera con los labios cerrados.

– ¡Valiente estúpido!... –farfulló Joe–. No es más que un patán estúpido. Deshagámonos de él. ¿No crees que deberíamos liquidarle?

–No. Ahora no. Quiero que hable. Vamos a encerrarlo.

Joe-Jim abrió la puerta de un pequeño compartimento y urgió a Hugh a que entrase presionándole siempre con el cuchillo. Después cerró la puerta, que aseguró con el cerrojo, y, sin volver la vista, volvió a su partida.

–Tú mueves, Jim.

El compartimento en donde Hugh había sido encerrado estaba a oscuras. Pronto satisfizo su curiosidad tocando las suaves paredes de acero, totalmente desprovistas de ornamentación, excepto por la puerta, segura y sólida, perfectamente bien cerrada. Se tumbó en el suelo y dio rienda suelta a sus pensamientos, realmente infructuosos.

Tenía mucho tiempo para pensar en lo que quisiera, tiempo para dormir y despertarse más de una vez mientras que el hambre y la sed comenzaron a atormentarle.

Cuando Joe-Jim consideró llegado el momento de tomar nuevo interés por su prisionero, abrió la puerta de la celda y Hoyland no apareció a primera vista en el recinto. Había

planeado muchas veces lo que debería hacer cuando la puerta se abriera y llegara una oportunidad; pero cuando ésta llegó se hallaba demasiado débil, casi semicomatoso. Joe-Jim le sacó a rastras.

Hugh se sentía deprimido y comenzó a entender parcialmente la situación que le rodeaba. Miró fijamente de nuevo a su alrededor.

– ¿Dispuesto a hablar? –preguntó Jim.

Hoyland abrió la boca, pero las palabras no salieron de sus labios.

– ¿Es que no ves que tiene demasiada sed para hacerlo? –dijo Joe a su mellizo. Después se dirigió hacia Hugh–: ¿Querrías hablar si te diéramos un poco de agua?

Hoyland miró a aquel monstruoso cuerpo con dos cabezas y después aprobó con un gesto de asentimiento.

Joe-Jim volvió a poco con una jarra de agua. Hugh la bebió sediento, hizo una pausa y parecía que casi estaba a punto de desmayarse.

Joe-Jim le retiró la jarra.

–Por ahora es bastante –dijo Joe–. Háblanos de ti mismo.

Y Hugh lo hizo, aunque de vez en cuando el monstruo, impaciente, le urgía a que continuase su relato.

* * *

Hugh aceptó de hecho su condición de esclavitud sin ninguna particular resistencia y con poca confusión de espíritu. La palabra «esclavo» no estaba en su vocabulario, pero la condición se hallaba presente en todas las cosas que jamás hubiera visto antes. Siempre hubo personas que daban órdenes y otras que las obedecían, y Hoyland no pudo imaginar otra condición ni otro tipo de organización social. Era como un hecho lógico de la Naturaleza.

Sin embargo, no cejaba en su empeño de escapar de allí.

Pensaba en ello tanto como podía. Joe-Jim supuso sus secretos deseos y llevó la cuestión a un terreno abierto.

–Deja de tener más ideas, joven –le dijo Joe–. Sin un cuchillo no llegarías ni al tercer nivel en esta parte de la Nave. Si consiguieras robarme un cuchillo, tampoco conseguirías llegar al nivel donde existe el peso de los cuerpos. Además no te olvides de que está

Bobo al acecho.

Hugh esperó un instante y después preguntó:

–¿Bobo?

Jim hizo una mueca y replicó:

–Le dijimos a Bobo que actuara de carnicero contigo, si quería, en el caso de que sacaras la cabeza fuera de nuestro compartimento sin nosotros. Ahora siempre duerme a la puerta y emplea ahí la mayor parte de su tiempo.

–Fue jugar limpio –interrumpió Joe–. Se mostró muy decepcionado cuando decidimos conservarte.

–Oye –sugirió Jim volviendo su cabeza hacia la de su hermano. ¿Qué te parece si nos divertimos un poco? –Y se volvió hacia Hugh–. ¿Sabes lanzar un cuchillo?

–Por supuesto.

–Veámoslo. Toma. –Y Joe-Jim le entregó su propio cuchillo. Hugh lo aceptó sopesándolo en la mano para acostumbrarse a su peso y forma, buscando el necesario equilibrio–. Intenta hacer lo que nosotros conseguimos.

Joe-Jim tenía una diana de plástico clavada en la pared al otro lado de la estancia, frente a su asiento favorito, y desde el cual solía practicar su entretenimiento favorito. Hugh lo calculó y con un rápido movimiento lanzó el cuchillo. Utilizó el tiro rápido y práctico, con el pulgar en la hoja y los dedos restantes juntos.

La hoja se clavó exactamente en el centro de la diana, en la zona machacada por los anteriores tiros de Joe-Jim, y en el lugar de sus mejores tiros.

– Buen chico! –aprobó Joe–. ¿Qué te parece, Jim?

– Dejémosle el cuchillo y veamos lo lejos que llega

–No –repuso Joe–. No estoy de acuerdo. No sale a cuenta.

–¿Por qué no?

–Si Bobo gana, nos quedaremos sin sirviente. Si es Hugh quien vence en la pelea perdemos a Bobo y a él. Sería una pérdida demasiado lamentable.

–Bueno, si insistes...

–Si. Hugh, trae el cuchillo.

Y Hugh obedeció. No se le ocurrió utilizarlo contra el cuerpo bicéfalo que tenía ante él. El amo era el amo. El ataque a un amo no era solamente repugnante para la buena moral, era una idea tan disparatada que ni siquiera llegó a ocurrírsele.

* * *

Hugh esperó que Joe-Jim se hubiera impresionado por sus conocimientos como científico. Pero no ocurrió así. A Joe-Jim, y especialmente a Jim, le gustaba argumentar. Le tenían sometido a constantes interrogatorios, pero dejándole deliberadamente de lado. Hoyland se sentía humillado. Después de todo, ¿no era un científico? ¿Acaso no podía leer y escribir?

– Cállate –le dijo Jim–. Leer es una cosa sencilla. Yo ya sabía hacerlo antes de que naciera tu padre. ¿Crees que eres el único científico que me ha servido? ¡Científicos! ¡Bah! Un puñado de ignorantes...

En un intento de restaurar su amor propio intelectual Hugh expuso las teorías de los científicos más jóvenes; esto es, el hecho concreto y realista que rechazaba cualquier interpretación religiosa y que se refería a la Nave tal y como era. Confiadamente, Hoyland esperó que Joe-Jim aprobase su punto de vista, ya que aquello parecía encajar en el temperamento de los hermanos gemelos en un mismo cuerpo.

Pero se le rieron en su propia cara.

–De verdad... –insistió Jim cuando hubieron cesado de reírse con ganas–. ¿Es que todos los jóvenes sois tan idiotas como eso? Vaya, por lo visto sois peores que vuestros mayores.

Hugh protestó herido en su amor propio.

–Pero ustedes mismos han dicho que todas nuestras nociones religiosas aceptadas no son más que un puñado de tonterías. Así es como piensan también mis amigos. Todos quieren tirar por la borda esa serie de patrañas.

Joe comenzó a hablar; pero Jim le interrumpió, tomando la palabra.

–¿Para qué molestarse, Joe? No tiene remedio.

–No, desde luego que no. Pero esto me divierte. Es el primero con quien he hablado de esto y no se por cuánto tiempo permanecerá así para que tenga una oportunidad de ver la verdad. Y me gustaría ver si tiene una cabeza sobre los hombros con que pensar o un objeto donde colgar sus dos orejas.

– Está bien –convino Jim–. Pero déjalo en paz. Voy a echarme una siesta. –La cabeza izquierda cerró los ojos y pronto se le oyó roncar. Joe y Hugh continuaron su discusión entre murmullos y en voz baja.

–La dificultad con vosotros los jóvenes –dijo Joe– es que, si no podéis comprender rectamente una cosa, pensáis que no es verdad. Y la de vuestros mayores es que cualquier cosa que no entendían la reinterpretaban para que significase algo más y después pensaban que la habían comprendido. Ninguno de vosotros ha intentado creer las claras palabras en la forma en que fueron escritas y después intentar comprenderlas sobre esa base. Pero tú eres demasiado listo para eso... Si no puedes ver una cosa clara, es que no es cierta, y por tanto tiene que significar algo diferente.

–¿A qué se refiere usted? ¿Qué quiere decir con eso? –preguntó Hugh maliciosamente, lleno de sospechas.

–Bien, tomemos el Viaje, por ejemplo. ¿Qué es lo que significa para ti?

–Bien..., para mi mentalidad no tiene significado alguno. Es sólo algo absurdo para impresionar a los campesinos.

–¿Y cuál es el significado que se acepta?

–Bueno..., es donde se va cuando se muere, o más bien lo que se hace. Se hace el viaje hacia Centauro.

–¿Y qué es Centauro?

–Pues le diré, tal y como lo sé, la respuesta ortodoxa: yo no creo en todo eso; es donde se dice que se va a llegar cuando se termine el Viaje; un lugar donde todo el mundo es feliz y siempre habrá cosas buenas, para comer.

Joe refunfuñó. Jim alteró el ritmo de sus ronquidos, abrió un ojo y volvió de nuevo a su sueño con una especie de gruñido.

–Lo que quiero decir es esto –continuó Joe en un susurro más bajo aún que antes–. Tú no usas tu cabeza. ¿No se te ha ocurrido nunca pensar que el Viaje es precisamente lo que dicen los viejos libros y que la Nave y la Tripulación se dirigen actualmente y de una forma constante a alguna parte, que todo se mueve?

Hoyland pensó en la cuestión.

–No creerá que yo lo tome en serio... Físicamente es imposible. La Nave *no* puede *ir* a cualquier parte. Esta ya en cualquier parte. Podemos hacer un viaje a través de ella; pero *el* Viaje..., eso tiene que tener un significado espiritual, si es que tiene alguno.

Joe le recordó a Jordan en apoyo de su tesis.

–Y ahora escucha –le dijo– a ver si puedes meterte esto en esa cabezota que tienes. Imagínate un lugar mucho más grande que la Nave, muchísimo más grande, con la Nave dentro y... *moviéndose.* ¿Puedes entender tal concepto?

Hugh lo intentó. Lo intentó con todas sus fuerzas. Acabó por sacudir la cabeza.

–No tiene sentido –repuso–. No puede haber nada que sea mayor que la Nave. No existiría lugar alguno que fuese así.

–¡Oh, por las barbas de Huff! Escucha..., *el exterior* de la Nave, ¿no puedes comprenderlo? En derecho y más allá del nivel y en todas direcciones. El vacío enorme que la rodea. ¿Me comprendes?

–¡Pero es que no hay nada por debajo del último nivel inferior! Por eso es el último nivel más bajo.

–Mira. Si tomas un cuchillo y comienzas a escarbar un hoyo en el piso del nivel más bajo, ¿adónde te conduciría?

–Pero no se puede. Está demasiado duro.

–Supongamos que lo consigues y haces un agujero. ¿Adónde te llevaría ese hoyo? Trata de imaginarlo...

Hugh cerró los ojos y trató de imaginarse cavando un agujero en el piso del nivel más bajo de la nave. Cavando, cavando... como si fuese algo blando, blando como el queso.

Entonces comenzó a percibir la chispa de una posibilidad, una posibilidad que le resultaba estremecedora, casi aterradora. Se vio cayendo, cayendo dentro de aquel hoyo que habría cavado y que ya no tendría más niveles bajo él. Abrió los ojos rápidamente.

– ¡Pero eso es espantoso! ¡No lo creería!

Joe-Jim se puso en pie.

–Yo haré que lo creas –dijo un tanto irritado– aunque tenga que romperte el cuello para hacerlo. –Y se dirigió hacia la puerta que daba al exterior, abriéndola–: ¡Bobo –gritó–. ¡Bobo!

La cabeza de Jim se despertó apareciendo erecta.

–¿Qué pasa? ¿Qué está ocurriendo?

–Vamos a llevar a Hugh adonde no hay peso.

–¿Y para qué?

–A meter algún sentido común en su tonta cabezota.

– Bah Y, ya lo haremos en alguna otra ocasión.

–No, quiero que sea ahora.

–Está bien, está bien. No hace falta que te irrites. De todas formas, ya estoy despierto.

* * *

Joe-Jim Gregory era casi único en su, mejor dicho, en sus capacidades mentales, dada la fantástica forma de su especial construcción corporal. Bajo cualquier circunstancia habría sido una personalidad dominante; entre los amotinados mutantes era inevitable que debería apabullarlos a todos, darles órdenes y vivir de sus servicios. De haber tenido voluntad de poder, era concebible que pudiese haber organizado a los amotinados para luchar y dominar a toda la Tripulación.

Pero le faltaba tal impulso de ansias de poder. Era, por temperamento congénito, un intelectual, un observador, un mirón. Estaba interesado en el «cómo» y en el «porqué», pero su voluntad para la acción estaba satisfecha con la comodidad y la conveniencia solamente.

De haber nacido como dos mellizos normales y entre la Tripulación, era verosímilmente posible que se hubiesen sentido impelidos hacia la Ciencia como la más fácil y más satisfactoria respuesta al problema del vivir, y de tal forma se hubiesen entretenido, lejos de toda violencia, con la conversación y la administración. Como eran, ambos en un solo cuerpo, se hallaban a falta de compañía mental y habrían transcurrido tres generaciones leyendo y leyendo de nuevo libros y más libros, robados para ellos por sus compinches.

Las dos mitades de su personalidad dual habían argumentado y discutido lo que hubieron leído, y habían llegado casi inevitablemente a una teoría razonablemente coherente de la historia y de la física del mundo, excepto en un aspecto: el concepto de la ficción les era totalmente extraño a ambos; dieron así el mismo trato a las novelas que habían captado de la expedición de Jordan, de la misma y exacta forma que lo hicieron con los demás libros de texto.

Esto les condujo a una marcada diferencia de opinión. Jim consideraba a Allan Quatermain como el hombre más grande que jamás hubiera existido. Joe se inclinaba en igual sentido por John Henry.

Ambos eran desordenadamente aficionados a la poesía; podían recitar página tras página de los libros de Kipling y casi por igual eran aficionados de Rhysling, « el ciego cantor de los caminos del espacio».

* * *

Bobo llegó al momento. Joe-Jim señaló con el pulgar hacia Hugh.

–Mira –dijo Joe–, va a salir.

–¿Ahora? –exclamó Bobo, sintiéndose feliz, con una mueca.

–¡Tú y tu condenado estómago! –repuso Joe rascándole la coronilla con los nudillos–. No, no vas a comértelo. Tú y él... hermanos de sangre. ¿Comprendido?

–¿No comérmelo?

–No. Tú luchar por él. El luchar por ti.

–Está bien. –El enano se encogió de hombros ante lo inevitable–. Hermanos de sangre. Bobo saber.

–De acuerdo, Bobo. Ahora vamos a subir al sitio donde todos los–cuerpos–vuelan. Ve delante y vigila.

Y comenzaron a saltar hacia arriba en fila india, el enano corriendo delante para ir vigilando y abriendo paso, Hoyland tras él y Joe-Jim a la retaguardia. Joe miraba con sus ojos hacia el frente *y* Jim observando la parte de atrás, con la cabeza vuelta sobre los hombros de su único cuerpo.

Y fueron así subiendo cada vez más alto, perdiendo peso imperceptiblemente cada vez que sobrepasaban una cubierta. Emergieron finalmente en un nivel más allá del cual ya no había otro sitio a donde ir, sin ninguna abertura frente a ellos por donde pasar. La cubierta se curvaba suavemente, sugiriendo que la verdadera forma del espacio era un gigantesco cilindro; pero por encima de sus cabezas una expansión metálica exhibía una curvatura similar que obstruía la visión y que impedía el poder observar si la cubierta se curvaba hacia un lado u otro. No existían mamparos propiamente dichos; grandes puntales, tan enormes y macizos como para dar la impresión de algo excesivo e innecesariamente fuerte, surgían como un bosque ante ellos, recubriendo la cubierta y el espacio existente por sus cabezas.

El peso era casi imperceptible. Si se permanecía quieto en un lugar, el indetectable residuo de peso podía llevar el cuerpo en un suave deslizamiento hacia el «piso»; pero el «arriba» y el «abajo» eran términos que en realidad carecían de significado. A Hugh no le

gustó nada todo aquello, le hizo sentirse mareado; pero Bobo parecía encantado allí y no estar desacostumbrado a tal situación. Se movía por el aire como un pez en el agua, yendo de un puntal a otro, bajando, subiendo o transportándose en cualquier dirección, dentro de aquella situación de casi total ingravidez.

Joe-Jim dispuso la marcha paralela al eje común de los cilindros interiores y exteriores, siguiendo un pasadizo formado por el ordenado espacio existente entre los pilares. Existían unas pasarelas dispuestas a lo largo del pasadizo, siguiendo una en la forma en que lo haría una araña dentro de su propia tela. Y lo hizo a una notable velocidad que Hugh apenas si pudo mantener. A su debido tiempo captó el modo de seguir con facilidad, sin esfuerzo, a lo largo de aquel caminar sin ninguna resistencia, excepto la del aire, y el ocasional toque de la punta de los dedos o de las manos contra el suelo. Pero se hallaba demasiado ocupado en aquello para poder haber dicho cuánta distancia hubo recorrido antes de detenerse. Supuso que habrían sido millas, pero no estaba seguro.

Cuando se detuvieron, era porque el pasadizo había tocado a su fin. Un sólido mamparo, extendiéndose a lo lejos a derecha e izquierda, les cortaba totalmente el camino. Joe-Jim se movió hacia la derecha buscando algo.

Halló lo que buscaba: una puerta del tamaño de un hombre, cerrada, siendo indistinguible su presencia a primera vista, siéndolo poco después sólo por una leve marca que contorneaba su perfil en un diseño geométrico sobre la superficie. Joe-Jim la estudió, rascándose la cabeza de la mano derecha. Las dos cabezas se murmuraron algo la una a la otra. Joe-Jim levantó su mano en un gesto torpe.

–¡No, no! –dijo Jim. Joe-Jim se detuvo a pensar.

–¿Qué es eso? –dijo entonces Joe. Volvieron a murmurar entre las dos cabezas. Joe hizo un gesto de asentimiento y Joe-Jim volvió a levantar la mano.

Trazó el diseño de la puerta sin tocarla, moviendo su dedo índice por el aire a unas cuatro pulgadas de la superficie de la puerta. El orden de sucesión en que su dedo se movía sobre las líneas del diseño parecía sencillo, pero no una cosa ciertamente obvia.

Acabado aquello, empujó con la palma de la mano contra el mamparo adyacente, se retiró de la puerta y esperó.

Un momento más tarde se produjo un soplido casi inaudible; la puerta comenzó a moverse y proyectarse hacia el exterior quizás unas seis pulgadas, pero allí se detuvo en seco. Joe-Jim pareció perplejo. Recorrió con las manos cuidadosamente el perfil de la puerta y tiró de ella. No ocurrió nada. Y entonces llamó a Bobo.

–Abrela.

Bobo se enfrentó con la situación, haciendo un gesto que le arrugó toda la frente hasta la misma coronilla. Después plantó los pies contra el mamparo, sujetándose a sí mismo con una mano sobre la puerta. Se aferró después al borde de la puerta con ambas manos, plantó firmemente los pies, enarco su cuerpo enano y comenzó a tirar.

Contuvo la respiración, con el pecho rígido, y se inclinó hacia atrás, sudando a mares por el tremendo esfuerzo que estaba desarrollando. Los grandes tendones y venas de su enorme cuello se dejaron ver a flor de piel, haciendo de su cabeza mal conformada una especie de pirámide. Hugh pudo oír los crujidos de los huesos del esqueleto de Bobo.

Era fácil creer que se habría matado a si mismo en el empeño, en el intento demasiado estúpido para rendirse ante aquella dificultad.

Pero la puerta cedió súbitamente con una especie de chirrido metálico. Al moverse la puerta se deslizó de sus dedos y la inesperada ruptura de la tensión en sus piernas le envió a lo lejos del mamparo, volando por el aire como un monigote grotesco, haciendo piruetas por hallar algo a donde asirse. Pero a poco ya estaba de vuelta, andando casi como un borracho y dándose masajes en un tobillo.

Joe-Jim se introdujo en el interior, seguido de cerca por Hugh.

–¿Qué lugar es éste? –preguntó Hoyland, desbordando con su curiosidad sus formas de servidor de Joe-Jim.

–Es la Sala Principal de Control –dijo Joe.

* * *

¡La Sala Principal de Control! El lugar más sagrado, el tabú de la Nave..., siendo su verdadero emplazamiento un misterio olvidado. En el credo de los jóvenes era algo inexistente. Los científicos más viejos variaban en sus actitudes, entre una aceptación fundamentalista y una mística creencia. Para Hugh constituyó un choque tan profundo, que le faltaron las palabras. ¡La Sala de Control! Era como si el propio espíritu de Jordan residiera allí.

Se detuvo.

Joe-Jim se detuvo igualmente y Joe miró a su alrededor.

–Vamos –dijo–. ¿Qué ocurre?

–Pues... yo... yo...

–Vamos, habla de una vez.

–Pero... este lugar está encantado, embrujado... Esto es donde Jordan...

–¡Oh, vamos, por las barbas de Jordan! –protestó Joe con una suave exasperación–. Pensé que me habías dicho que vosotros los jóvenes no creíais nada respecto a Jordan.

–Sí, pero... todo esto...

–Déjate de tonterías. Vamos, o Bobo tendrá que llevarte a rastras. –Y le volvió la espalda. Hugh le siguió asustado, con el terror del hombre que sube la escalera de un patíbulo.

Continuaron su marcha a través de un pasaje lo suficientemente ancho como para dos personas que tuvieran que utilizar las pasarelas situadas a ambos lados. El pasaje se curvaba en un amplio arco de casi noventa grados y después se abría a la Sala de Control propiamente dicha. Hugh oteó por encima de los hombros de Joe–Jim, anchos y potentes; temeroso, pero lleno de curiosidad.

Se quedó mirando fijamente aquella enorme habitación, brillantemente iluminada, de doscientos pies de anchura. Era de forma esférica como el interior de un gran globo. La superficie del globo aparecía desprovista de toda ornamentación, de un color de plata helado. En el centro geométrico de la esfera, Hugh vio un grupo de aparatos de unos quince pies de anchura. Para su vista sin experiencia, aquello resultaba completamente ininteligible; no hubiera podido describirlo de ningún modo; pero comprobó que flotaba firmemente sin ningún apoyo aparente.

Marchando desde el final del pasaje hacia la masa en el centro del globo existía un tubo de metal emparrillado como una celosía, amplio como el propio pasaje. Aquello ofrecía la única salida del pasadizo. Joe-Jim se volvió hacia Bobo y le ordenó que permaneciera en el pasadizo; después entró en el tubo.

Fue abriéndose paso, mano sobre mano, utilizando el enrejado como una escalera. Hugh le siguió y al final emergieron dentro de la masa de aparatos que ocupaba el centro de la esfera. Visto de cerca, el engranaje de la estación de control se resolvía en sus detalles individuales, pero así y todo seguía sin tener ningún significado para él. Miró a lo lejos dentro de la superficie interna del globo que les rodeaba.

Aquello debía ser un error. La superficie del globo, blanca, plateada y sin ninguna característica determinante de su posición, no ofrecía perspectiva alguna. Lo mismo podía tener cien pies de anchura en la distancia que mil o que varias millas. Hugh jamás había experimentado una altura inalterada mayor que la existente entre dos cubiertas de la Nave, ni un espacio abierto más grande que el poblado común. Se sintió presa de pánico, asustado hasta las propias entrañas, y más aún porque ignoraba de qué tenía semejante temor. Pero el fantasma de la jungla largamente olvidada por sus antepasados se apoderó de él poniéndole un nudo helado en el estómago, con el terror básicamente primitivo del miedo ancestral. Y se agarró a los aparatos de control y a Joe–Jim.

Pero éste le propinó una sonora bofetada en plena cara a mano abierta.

– ¿Qué es lo que te ocurre? –gruñó Joe–Jim.

–No lo sé –farfulló Hugh con un gran esfuerzo–. No lo sé, pero no me gusta este lugar. ¡Vayámonos pronto de aquí!

Jim levantó las cejas frente a Joe, pareció disgustado y dijo:

– Creo que nosotros nos podríamos ir también. Estoy seguro de que nunca podrás enseñarle nada a esta pobre criatura y que nunca aprenderá nada de lo que le digas.

–¡Oh, ya verás como si! –replicó Joe, dejando a un lado toda discusión–. Hugh, súbete en uno de esos sillones... Ahí, en ése.

Mientras tanto los ojos de Hugh se habían posado en el tubo mediante el cual habían llegado al centro de control y lo había seguido en su vuelta atrás hasta la entrada. Entonces la esfera se le apareció como era, enfocada convenientemente a sus ojos, y la peor parte del pánico sufrido terminó.

Cumplió con la orden recibida, aunque todavía temblando, pero ya capaz de obedecer.

El centro de control consistía en una rígida estructura compuesta por unos sillones, a propósito para recibir los cuerpos de los operadores de aquellos aparatos, misteriosos para Hugh. Una serie de otros aparatos, paneles y dispositivos montados de tal forma que estaban al alcance inmediato de sus operadores, desde donde todos eran perfectamente gobernables, sin que obstruyeran la visión. Los sillones estaban provistos de unos brazos, y sobre ellos, montados igualmente, una serie de controles más pequeños apropiados para cada oficial de guardia; pero Hugh no estaba todavía en condiciones de darse cuenta de la realidad.

Se deslizó bajo el panel de instrumentos en su asiento y se retrepó, contento al fin de comprobar su gran estabilidad. Le acogió el sillón en una agradable posición de estar semi-reclinado, con descanso para los pies y apoyo para la cabeza.

Pero en el panel que había frente a Joe-Jim había ocurrido algo; lo captó de reojo y se volvió para mirar atentamente. Unas brillantes letras en rojo resplandecían cerca del tope del tablero: SEGUNDO ASTROGATOR EN SITUACIÓN. ¿Qué era un segundo astrogator? No lo sabía... Después se dio cuenta de que en el tope de su propio tablero

de mandos aparecía una etiqueta que decía: SEGUNDO ASTROGATOR, y concluyó que debería tratarse de él mismo o, más bien, del hombre que debería estar sentado allí. Se sintió momentáneamente incómodo pensando en que el verdadero astrogator pudiese llegar y le sorprendiese sentado en su puesto; pero procuró alejar de su mente semejante idea. Aquello parecía del todo inverosímil.

Pero, de todas formas ¿qué seria un segundo astrogator?

Las letras se desvanecieron del tablero de Joe-Jim y una línea roja apareció al borde de la mano izquierda y persistió. Joe-Jim hizo algo con la mano derecha y su tablero informó: ACELERACIÓN–CERO y después PROPULSIÓN PRINCIPAL. Las últimas dos palabras parpadearon varias veces y después fueron reemplazadas por las palabras SIN NOVEDAD. Aquellas palabras también desaparecieron y una brillante línea verde apareció cerca del borde de la mano derecha.

–Dispuesto –dijo Joe, mirando hacia Hugh–. La luz va a apagarse.

–No irá usted a apagar todas las luces –protestó Hugh.

–No, lo harás tú. Echa un vistazo a tu mano izquierda. ¿Ves esas pequeñas luces blancas?

Hugh lo hizo así y encontró, brillando a través de la superficie del brazo del sillón ocho pequeños y brillantes puntos de luz dispuestos en dos cuadrados uno encima de otro.

–Cada una controla la luz de un cuadrante –explicó Joe–. Cúbrelas con tu mano para que se apaguen las luces. Vamos, hazlo.

Con cierta resistencia, pero fascinado, Hugh hizo que se le había ordenado. Colocó la palma de la mano sobre aquellas diminutas luces y esperó. La plateada esfera se fue oscureciendo, desvaneciéndose por momentos y dejándoles en la oscuridad absoluta, excepto por el suave resplandor de los paneles de instrumentos. Hugh se sintió nervioso, pero excitado. Retiró la palma de la mano y la es permaneció en la oscuridad; los ocho puntos de luz se habían vuelto azules.

–Ahora –dijo Joe– ¡voy a mostrarte las estrellas.

En la oscuridad, Joe-Jim deslizó la mano sobre el dispositivo de ocho luces.

* * *

La Creación.

Fielmente reproducida, brillando firme y serena

los muros del estelario, como lo hacían sus originales en las negras profundidades del espacio, todas aquellas miríadas de estrellas, reflejadas en un

le miraron de pronto como si convergiesen a él. Una luz tras otra, como joyas resplandecientes, aparecían dispersas en un esplendor desordenado a través de aquel simulacro del cielo. Soles

cuento se esparcían ante él; ante él, sobre él, él, en cualquier dirección que siguiera su vista. sintió suspendido y solo en el centro del universo estelar.

–¡Ooooooh! –Aquél fue un sonido involuntario, causado por su respiración largamente contenida. Se aferró a los brazos del sillón hasta el punto de romperse las uñas, aunque sin darse cuenta, consciente de su acción involuntaria. No es que sintiese miedo en aquel momento; sólo había lugar en todo su ser para una sola emoción. La vida dentro de la Nave, alternativamente pesada y rutinaria con el vivir de cada día, no había impreso nada en su innata capacidad para experimentar la belleza; y por primera vez en toda su vida conoció el intolerable éxtasis de la belleza pura. Le sorprendió, produciéndole un efecto casi físico y con igual intensidad que el primer temblor que se experimenta con el sexo.

Le llevó bastante tiempo el recobrarse antes de que se recuperase del choque sufrido y de hallarse en condiciones de notar la carcajada divertida de Joe–Jim.

–¿Has tenido ya bastante? –inquirió Joe. Sin esperar la respuesta, Joe-Jim hizo volver las luces de nuevo, utilizando los controles duplicados montados en el brazo izquierdo de su sillón de control.

Hugh suspiró. Le dolía el pecho y el corazón le latía alocadamente. Comprobó de repente que había permanecido con la respiración contenida todo el tiempo en que las luces permanecieron encendidas.

–Bien, muchacho listo –dijo Jim–, ¿te has convencido ahora?

Hugh volvió a suspirar profundamente sin saber por qué. Con las luces de vuelta se sintió seguro de nuevo, pero se hallaba poseído de una profunda sensación de haber perdido algo. Sabía, subconscientemente, que habiendo visto las estrellas nunca más volvería ya a sentirse feliz. Aquel sombrío dolor que sentía en el pecho, la vaga ilusión insatisfecha de su perdida herencia de los cielos abiertos y las estrellas, nunca volverían a quedar silenciados, aunque todavía era demasiado ignorante para darse cuenta cabal de todo ello en lo más recóndito de su mente.

–¿Qué ha sido todo eso? –preguntó al fin con voz apagada.

–Eso es el mundo –contestó Joe–. Eso es el Universo. Eso es, amigo, lo que he intentado que comprendieras.

Hugh intentó furiosamente forzar su mente sin experiencia hacia la comprensión de aquel hecho evidente.

–Entonces... ¿es eso lo que usted quería decir al hablar del Exterior? –preguntó–. ¿Todas esas bellas luces?

–Pues claro que sí –dijo Joe–; sólo que no son pequeñas. Están muy lejanas, sí, a muchos

miles de millas de distancia.

–¿Qué?

–Sí, seguro –persistió Joe–. Hay mucho sitio ahí fuera; es el Espacio. Es muy grande. Bueno, algunas de esas estrellas pueden ser tan grandes como la Nave... y tal vez mayores.

La cara de Hugh ofrecía un lamentable estudio de una imaginación desbordada por lo incomprensible.

–¿Más grandes que la Nave? –repitió–. Pero... pero...

Jim movió la cabeza impaciente y dijo a Joe:

–¿Qué te había dicho? Estás perdiendo el tiempo con este melón. No tiene ninguna capacidad...

–Calma, Jim –le dijo Joe con afabilidad–; no esperes que pueda correr antes de que aprenda a arrastrarse. Eso siempre se lleva algún tiempo. Quiero recordar que tú te mostraste también un poco lento para dar crédito a tus ojos

–Eso es mentira –protestó Jim–. Tú eras el único que tenias que convencerte...

–Está bien, está bien –concedió Joe–, dejemos eso. Pero es cierto que ambos tuvimos que necesitar bastante tiempo para apreciarlo correctamente.

Hoyland dedicó poca atención al intercambio de palabras entre los dos hermanos. Era normal: su atención estaba concentrada en algo decididamente no usual.

– Joe –preguntó–, ¿que ha sido de la Nave mientras estuvimos mirando a las estrellas? ¿Estuvimos viéndolas directamente?

–No exactamente –le repuso Joe–. Tú no mirabas en absoluto directamente a las estrellas, sino a una especie de imagen de ellas. Es como... bueno, como ocurre con un espejo o algo parecido. Tengo un libro que habla de esa cuestión.

–Pero *puedes* verlas directamente –dijo entonces Jim, olvidado ya momentáneamente su anterior gusto–. Hay un compartimento más adelante este lugar, y...

–¡Oh!, sí, –interrumpió Joe–, se me fue de la cabeza. La galería del Capitán. Está hecha toda de y desde allí puedes verlo todo a tu gusto, exactamente.

–¿La galería del Capitán? Pero...

–No de *este* Capitán. él nunca estuvo cerca de este lugar. Es el nombre que hay sobre la puerta del compartimento.

–¿Qué es una «galería»?

–Maldito si lo sé. Es sencillamente el nombre de ese sitio.

–¿Quieren ustedes llevarme a que lo vea?

Joe pareció estar dispuesto a complacer a Hugh, pero Jim le interrumpió.

–En otra ocasión cualquiera. Quiero volver... estoy hambriento.

Pasaron por el tubo, despertaron a Bobo y de nuevo rehicieron el largo viaje hacia abajo.

* * *

Transcurrió bastante tiempo antes de que Hugh convenciera a Joe-Jim de volver a explorar de nuevo pero el tiempo que empleó en ello estuvo bien gastado. Joe-Jim le permitió leer una enorme colección de libros que Hugh no había visto jamás. Algunos eran copias de libros que Hugh había visto antes, pero incluso aquéllos tenían entonces para él un nuevo significado. Leía incesantemente, con la mente empapada de nuevas ideas, luchando sin descanso para conectarlas entre sí, entrelazándolas, luchando contra nuevos conceptos, fanáticamente aferrado a la idea de captar su significado. Casi se olvidó de dormir, y hasta a veces de comer hasta que caía rendido por el dolor del diafragma que reclamaba imperiosamente el cuidado de su cuerpo. Satisfecho el apetito de la comida, volvía de nuevo al estudio hasta que le dolía la cabeza y los ojos rehusaban ya ver nada.

Las exigencias de servicio de Joe-Jim hacia Hugh fueron muy pocas. Aunque Hugh no estaba nunca fuera de servicio, Joe-Jim no le dio importancia a sus lecturas en tanto se encontrase cerca de donde pudiera oír cualquier orden y estuviese dispuesto a ejecutarla inmediatamente. Jugando al ajedrez el uno con el otro, lo cual solía ocurrir la mayor parte del tiempo, Hugh disponía de tiempo sobrado para sus lecturas incesantes, e incluso las discusiones entre los hermanos servían siempre de algo útil a Hugh, ya que salían a relucir cuestiones sobre la Nave, su historia, su maquinaria y el equipo, la clase de personas que la habían construido y quiénes la habían tripulado al principio, además de su historia allá en la Tierra, la increíble Tierra, aquel extraño lugar donde la gente había vivido en el *exterior* en vez del *interior*.

Hugh se preguntó por qué no habrían disminuido.

Planteó la cuestión a Joe y al final obtuvo la recompensa de algunas nociones respecto a la gravitación. En realidad nunca lo comprendió emocionalmente –aquello resultaba

fantásticamente improbable–, pero como concepto intelectual estaba en condiciones de aceptarlo y utilizarlo, mucho más tarde, en sus primeras y vagas concepciones sobre balística y el arte de la astronavegación y la maniobra de la Nave. Aquello le fue conduciendo, con el tiempo, a preguntarse respecto al peso de las cosas en la Nave, una cuestión que antes jamas le había importado. Cuanto más bajo era el nivel, más grande era el peso de los cuerpos; pero para su mente sencilla aquello sólo representaba un orden natural de las cosas y nada que le hiciera pensar en algo diferente. Estaba familiarizado con la cuestión de la fuerza centrífuga por la utilización de las hondas de disparar proyectiles de todo género. Para aplicar aquello también a la totalidad de la Nave, el pensar que la Nave era como una honda que diese vueltas como una honda, y de ahí el que causara el aumento de peso de los objetos; resultaba demasiado embrollo... y nunca lo creyó realmente.

Joe-Jim le llevó una vez más hacia la Sala de Control y le mostró qué poco sabían los hermanos respecto a la manipulación de los controles y la lectura de los instrumentos de la astronavegación.

Los ingenieros diseñadores, largamente olvidados ya, empleados por la Fundación Jordan, recibieron instrucciones para diseñar una nave del espacio que no tuviese –que no pudiese– deteriorarse, incluso en el caso de que el Viaje se prolongase mucho más de los esperados sesenta años. Y la construyeron lo mejor que supieron. *M* planear la propulsión de los motores principales y la maquinaria auxiliar, en su gran parte automática y que sería la que hiciese habitable la Nave, y al diseñar los controles necesariamente para manejar toda la maquinaria, no por completo automática, la idea de partes móviles había sido rehusada de plano y evitada. Los motores y el equipo auxiliar trabajaban a un nivel por debajo del movimiento mecánico, sobre un nivel de fuerza pura, como lo hacen los transformadores. En lugar de tener que empujar botones, palancas, álabes y ejes, los controles y la maquinaria a que servían estaban planeados en términos de equilibrio entre campos estáticos, dispositivos de funcionamiento electrónico y circuitos conectados o desconectados por una simple mano situada sobre una luz.

A semejante nivel de acción la fricción perdía su significado, y el desgaste y la erosión no tenían cabida. De haber sido muertos todos los que gobernasen la Nave en un motín, la Nave seguiría lanzada al espacio, siempre iluminada, con el aire fresco y vivificador, y sus motores dispuestos y aguardando. Como estaba, aunque los elevadores y las cintas transportadoras cayeron en un estado de falta de reparación, en desuso y finalmente en el olvido de una función perdida de la memoria, la maquinaria esencial de la Nave continuaba su servicio automático para su carga ignorante, o esperaría, quieta y dispuesta, a que alguien lo suficientemente inteligente descubriese la clave de su gobierno.

El genio había desaparecido en la construcción de la Nave.

Demasiado enorme para ser ensamblada y montada en la Tierra, había sido reunida pieza a pieza en su propia órbita más allá de la Luna. Allí habla permanecido suspendida y

silenciosa durante quince años, mientras los problemas presentados por. la decisión de hacer de su maquinaria algo a toda prueba habían sido calculados, estudiados y finalmente resueltos. Durante el largo proceso, un nuevo campo de investigaciones, mejoras y disposiciones de alta mecánica había sido buscado y, al fin, conquistado.

Y así cuando Hugh colocó una mano desentrenada, inquiriendo algo sobre la primera fila de luces marcadas con la leyenda ACELERACIÓN POSITIVA, obtuvo una inmediata respuesta, aunque no en términos de aceleración. Una luz roja en el tope del tablero del piloto jefe parpadeó rápidamente y el panel anunciador resplandeció con un mensaje: MOTORES PRINCIPALES – NO TRIPULADOS.

–¿Qué significa eso? –preguntó a Joe-Jim.

–No hay forma de decirlo –repuso Jim–. Hemos hecho la misma cosa en la sala principal de motores –añadió Joe–. Y allí, cuando lo intentas, dice SALA DE CONTROL NO TRIPULADA.

Hugh pensó por un momento:

–¿Qué ocurriría si todos los puestos de control tuviesen alguien en ellos a la vez y entonces lo hiciera?

–Pues no puedo decirlo –dijo Joe–. Nunca hemos estado en condiciones de intentarlo.

Hugh no dijo nada más. Una resolución que había estado creciendo, sin forma en su mente, estaba ahora cristalizando en una decisión. Y estaba muy ocupado con ello.

* * *

Esperó hasta que encontró a Joe-Jim en buen estado de ánimo, los dos a la vez, antes de exponer su idea. Estaban en la galería del Capitán en el momento en que Hugh decidió que el momento era propicio. Joe-Jim descansaba agradablemente en el sillón del Capitán, con el estómago bien repleto de comida, mirando extasiado las estrellas a través del espeso cristal de las claraboyas. Hugh llegó flotando junto a ellos. El giro de la Nave hacía que las estrellas apareciesen como moviéndose en círculos estables.

–Joe-Jim...

–¿Eh? ¿Qué pasa, jovencito? –replicó Joe.

–Resulta maravilloso, ¿no es cierto?

–¿A qué te refieres?

–A todo eso. A las estrellas. –Y Hugh señaló la vista que tenían ante sus ojos con un amplio gesto del brazo y después tomó una silla para evitar su propio giro corporal.

–Sí, seguro que lo es. Le hace a uno sentirse mejor. –Sorprendentemente, fue Jim en aquella ocasión el que contestó así.

Hugh comprendió que la ocasión era decisiva. Esperó un momento y después dijo:

–¿Por qué no acabamos la tarea?

Las dos cabezas se volvieron simultáneamente, con la de Joe un poco más próxima que la de Jim.

–¿Qué tarea?

–El Viaje. ¿Por qué no ponemos en marcha la propulsión principal y seguimos adelante con ella? A alguna parte por ahí –dijo de prisa antes de que le interrumpieran–. En cualquier parte de esos lugares del espacio hay planetas como la Tierra..., o por lo menos así lo creía la primera tripulación. Deberíamos hallarlo.

Jim le miró y después soltó una carcajada. Joe sacudió la cabeza.

–Muchacho –dijo–, no sabes siquiera de lo que estás hablando. Estás chiflado como Bobo. No, todo está terminado y hecho. Olvídalo.

–¿Por qué está todo hecho y terminado, Joe?

–Bien, porque... es un trabajo demasiado grande. Hace falta una tripulación que comprenda qué es lo que tiene que hacer y entrenada para operar con la Nave.

–¿Y es precisa tanta gente para eso? Ustedes me han mostrado sólo una docena de lugares, en total, para los hombres que estuvieran en los controles. ¿No podría una docena de hombres gobernar la Nave... si supieran Cuál era el trabajo que correspondiese a. cada uno?

Jim dejó escapar una risita entre dientes.

–Eso va para ti, Joe. Creo que tiene razón.

Joe destacó su cabeza mirando fijamente a Hoyland.

Creo que superestimas nuestros conocimientos. Tal vez nosotros *pudiéramos* hacer funcionar la Nave; pero no sabríamos ir a ninguna parte. No sabemos dónde estamos. La Nave ha estado a la deriva moviéndose en el espacio por yo no sé cuántas generaciones. No sabemos a dónde nos dirigimos ni a qué velocidad marchamos.

Pero mire –rogó Hugh– hay instrumentos. Usted me los mostró. ¿No podríamos aprender a utilizarlos? ¿Acaso no podría usted, Joe, descubrir su funcionamiento si realmente lo deseara?

–Bueno... supongo que sí –repuso Joe.

–Vamos, no fanfarronees –opinó Jim.

–No estoy fanfarroneando. Si una cosa puede funcionar, yo puedo descubrir la forma de cómo hacerlo.

–¡¡Humm!!

La cuestión quedó pendiente en un delicado equilibrio. Hugh ya había conseguido establecer un desacuerdo entre los hermanos –que era lo que quería–, de la manera más sutil. Ahora era cuestión de consolidar la posición.

–Tengo una idea que se me viene ocurriendo hace tiempo –dijo rápidamente–. Conseguir para ustedes hombres con quienes operar, siempre que ustedes estén en condiciones de entrenarlos...

–¿Y cuál es esa idea?

–Bien, recordarán ustedes que les dije algo respecto a un puñado de científicos...

–¡Esos estúpidos!

–Sí, sí, seguro... pero ellos ignoran lo que ustedes saben. A su forma, ellos tratan de ser muy razonables. Ahora, si yo pudiese volver y decirles lo que ustedes me han enseñado, podría conseguir hombres suficientes con quienes trabajar.

Joe le interrumpió.

–Fíjate bien en nosotros, Hugh. ¿Qué estás viendo?

–Vaya... bueno... veo a *ustedes,* Joe-Jim.

–Estás viendo a un mutante –corrigió Joe, con una nota de sarcasmo en la voz–. Nosotros somos un cuerpo *mutante.* ¿Te das cuenta? Tus científicos no trabajarán con nosotros.

–No, no –protestó Hugh–. Eso no es cierto. No estoy hablando de los campesinos. Los que se dedican a las labores de la tierra no comprenderían nada; pero éstos son *científicos,* y los más inteligentes de todos. Ellos comprenderán. Todo lo que se precisa es arreglar un salvoconducto para ellos para que pasen a través de la zona de amotinados mutantes. Ustedes pueden hacerlo ¿no es cierto? –añadió, recalcando instintivamente el

argumento que quería dejar bien sentado.

–Pues, realmente sí que podría hacerse –repuso Jim.

–Olvídalo –dijo Joe.

–Está bien –convino Hugh sintiendo que Joe realmente estaba disgustado con su persistencia– pero creo que sería divertido...

Y se apartó a una prudente distancia de los dos hermanos.

Desde allí, pudo oír la continua discusión de ambos consigo mismos en voz baja. Hugh pretendió ignorarlo todo. Joe-Jim, tenía aquel defecto esencial en su naturaleza fundida; siendo un comité, más bien que un simple individuo, difícilmente se prestaba a lo que hubiera hecho un hombre de acción, puesto que todas las decisiones eran necesariamente el resultado de una discusión y un compromiso.

Varios momentos más tarde, Hugh oyó la voz de Joe elevarse de tono.

–Está bien, está *bien* haz lo que te dé la gana! –después llamó más fuerte–. Hugh! ¡Ven aquí! Hugh se aproximó desde un mamparo adyacente y se aproximó a la inmediata vecindad de JoeJim, deteniendo el vuelo que había emprendido en aquel estado de ingravidez, agarrándose con ambas manos a un brazo del sillón del Capitán.

–Hemos decidido –dijo Joe sin andarse por las ramas–, dejarte ir allá abajo, donde hay el mayor peso y que intentes hacer lo que has prometido. Pero creemos que eres un tonto.

* * *

Bobo escoltó a Hugh hacia abajo y a través de los peligros de los niveles frecuentados por los mutantes, hasta dejarle en una zona habitada por encima de la gravidez normal.

–Gracias, Bobo –le dijo Hugh al partir–. Buena comida.

El enano emitió un gruñido, hizo un movimiento con la cabeza y se alejó a todo correr, subiendo por la escalera como un bicho raro, la misma escalera por la que habían descendido.

Hugh se volvió y miró a su entorno, tocándose el cuchillo que llevaba envainado al hacerlo. Era bueno sentir su inmediato contacto. Aquél no era su cuchillo original. Su cuchillo, había sido el premio ganado por Bobo cuando fue capturado, y que el enano rehusó devolverle más, aunque le dio otro grande cuando emprendieron el viaje. Sin embargo, aquella arma era buena y muy satisfactoria.

Bobo le había conducido a petición de Hugh y por órdenes de Joe–Jim, hacia los niveles bajos y hacia la zona directamente sobre el Convertidor auxiliar utilizado por los científicos. Hugh deseaba ver a Bill Ertz, ayudante del Ingeniero Jefe y el que capitaneaba al grupo de los jóvenes científicos, sin desear tener que responder a demasiadas preguntas antes de hallarle.

Hugh se dejó caer rápidamente por el resto de los niveles hasta encontrarse en un pasaje principal, que le resultó familiar. ¡Magnífico! Una vuelta a la izquierda, un paseo de unas doscientas yardas y se encontró a sí mismo a la puerta del compartimento que alojaba al Convertidor. Un guarda estaba de vigilancia frente a ella. Hugh intentó pasar; pero fue detenido.

–¿Dónde crees que vas a ir?

–Quiero encontrar a Bill Ertz.

–¿Te refieres al Ingeniero Jefe? Bien, no está aquí.

–¿Jefe? ¿Qué ha ocurrido con el anterior?

–Hoyland lamentó haber hecho tal observación; pero ya era demasiado tarde.

–¡Hum! ¿El antiguo Jefe? Vaya, ya hizo el Viaje hace bastante tiempo –y el guardián le miró con sospecha–. ¿Qué es lo que va mal contigo, eh?

–Nada –repuso Hugh–. Un despiste.

–Pues es un despiste muy divertido. Bien, encontrarás al Jefe Ertz alrededor de su oficina, probablemente.

–Gracias. Buena comida.

–Buena comida.

Hugh fue conducido a presencia de Ertz tras una corta espera. Ertz le miró desde su mesa de despacho, al entrar Hugh en su cabina.

–Bien –dijo– con que estás de vuelta, y no estás muerto, sino bien vivo. Esto *es* una sorpresa. Te habíamos borrado de la lista, ya puedes suponerlo, como habiendo hecho ya el Viaje.

–Sí, supongo que sí.

–Bueno, siéntate y cuéntame cosas, ahora tengo algún tiempo disponible. Tengo que admitir que al primer vistazo, no te había reconocido... Has cambiado mucho... con esos

cabellos grises. Imagino que habrás pasado buenos apuros, ¿estoy en lo cierto?

¿Cabellos grises? ¿Es que los tenía en la cabeza? Lo cierto es que Ertz también había cambiado mucho, según apreció Hugh a su vez. Estaba barrigudo y con muchas arrugas en el rostro. ¡Por el buen Jordan! ¿Cuánto tiempo había transcurrido?

Ertz tamborileó con los dedos sobre la mesa y apretó los labios.

–Esto crea un problema... el que vuelvas de nuevo así. Me temo que no pueda asignarte tu antiguo empleo; Mort Tyler lo tiene ahora. Pero creo que encontraremos una plaza para ti, conveniente a tu rango.

Hugh recordó a Mort Tyler y de forma poco favorable. Una clase de individuo escurridizo, hipócrita y siempre pendiente con lo que únicamente tenía relación con las reglas y regulaciones del servicio. De forma que Tyler había entrado en el grupo de los científicos y tenía su antiguo empleo... Bien, aquello poco importaba.

–Está bien –repuso al fin Hoyland–. Quería hablarte acerca de...

–Por supuesto es una cuestión de prioridad y de veteranía –continuó Ertz–. Quizás el Consejo prefiera mejor considerar la cuestión. No conozco otro precedente. Hemos perdido un número de científicos a manos de los mutantes en el pasado; pero tú eres el primero que escapas con vida, por todo cuanto puedo recordar...

–Eso no tiene importancia –le interrumpió Hugh–. Tengo algo mucho más urgente de qué hablar. Mientras estuve lejos de aquí, descubrí cosas fantásticas, Bill, cosas que son de una importancia suprema para que las conozcas cuanto antes. Por eso he venido directamente a verte el primero. Escucha, yo...

Ertz, apareció súbitamente alerta.

–¡Desde luego! He debido pasarlo por alto inadvertidamente. Tienes que haber tenido una maravillosa oportunidad de estudiar a los mutantes y explorar su territorio. ¡Vamos, hombre, suelta esa lengua! Dame tu informe.

Hugh se mojó los labios.

–No es lo que piensas –dijo–. Es algo mucho mas importante que un informe preciso sobre los mutantes aunque también les concierne. De hecho, podemos tener que cambiar nuestra política en su totalidad respecto a los mu...

–Bien, ¡adelante, continúa! Te escucho...

–Está bien.

Y Hugh le contó el tremendo descubrimiento de la verdadera naturaleza de la Nave, escogiendo cuidadosamente sus palabras y tratando de ser convincente con energía y seguridad. Ocultó ligeramente la serie de dificultades que presentaba el hecho de reorganizar la Nave de acuerdo con el nuevo concepto, insistiendo en realzar el prestigio y honor que supondría para el hombre que condujese tal esfuerzo.

Observaba la cara de Ertz mientras hablaba. Tras del primer comienzo de completa sorpresa, cuando Hugh se embarcó en su idea clave, en el hecho de que la Nave era en realidad un cuerpo que se movía en un gran espacio exterior, su rostro se hizo impasible sin que Hoyland pudiese leer nada en sus rasgos, excepto el hecho de que parecía expresar un profundo interés cuando expuso la idea de cómo Ertz era el hombre adecuado para aquella tarea, a causa de ser el jefe del grupo de la juventud y de los científicos más progresivos.

Cuando Hugh concluyó, esperó la respuesta de Ertz. Ertz no dijo nada al principio, limitándose simplemente a la molesta tarea de tamborilear con los dedos sobre la mesa. Finalmente, se decidió a hablar.

–Esas son cuestiones muy importantes, Hoyland, mucho más importantes de lo que parece, para tratarlas casualmente. Necesito tiempo para pensar en todo ello.

–Sí, es natural –convino Hugh–. Quería añadir que ya he hecho los arreglos para un paso seguro hacia la zona donde no hay peso en los cuerpos. Puedo llevarte allá para que lo aprecies con tus propios ojos.

–No dudo de que será lo mejor –repuso Ertz–. Bien... ¿tienes deseos de comer algo?

–No.

–Entonces será mejor que nos vayamos a dormir y a consultarlo con la almohada. Puedes usar el compartimento que hay detrás de mi oficina. No quiero que discutas nada con nadie hasta que haya tenido tiempo de pensar en ello; podría causar dificultades si se sabe sin la debida preparación.

–Sí, creo que tienes razón.

–Muy bien pues –dijo Ertz conduciéndole a un compartimento existente tras de su oficina que evidentemente era utilizado para sala de estar–. Creo que debes descansar bien. Hablaremos de todo más tarde.

–Gracias –le dijo Hugh–. Buena comida.

–Buena comida.

Una vez solo, la excitación de Hoyland fue disminuyendo y alejándose de su mente

comprobando que estaba cansado y necesitaba dormir bastante. Se estiró en una litera y a poco quedó profundamente dormido.

Cuando despertó descubrió que la sola puerta del compartimento se hallaba bloqueada por el otro lado. Y lo peor de todo su cuchillo había desaparecido.

Tuvo que esperar indefinidamente antes de notar alguna actividad al exterior de la puerta de acceso. Se abrió y entraron dos individuos de mala catadura.

–Venga –dijo uno de ellos. Le agarraron cada uno por un brazo aunque ninguno de los dos llevaba cuchillo. No había oportunidad de haber tomado uno de sus cinturones. Le cabía la posibilidad de haberse escapado de ambos. Pero más allá, a regular distancia de la habitación exterior se encontraban presentes otros dos individuos de formidable aspecto, cada uno armado con un cuchillo. Uno lo balanceaba dispuesto a arrojarlo el otro lo sostenía por la empuñadura, presto a apuñalar a cualquiera a la menor orden.

Se encontraba bien atrapado y se dio pronto cuenta de su Situación. Se habían anticipado a sus posibles movimientos.

Hacía ya tiempo que había aprendido a relajarse ante lo inevitable. Compuso su rostro dignamente y marchó con tranquilidad hacia donde le conducían sus guardianes. Una vez atravesado el pasillo vio a Ertz, esperando y evidentemente a cargo de aquel grupo de hombres. Hugh le habló, teniendo buen cuidado de conservar su voz en calma y serena.

–¡Hola Bill! Se ve que has dispuesto bien los preparativos adecuados. ¿Ocurre alguna dificultad?

Ertz apareció momentáneamente confuso para responder, y después, dijo:

–Vas a presentarte ante el Capitán.

–¡Magnífico! Gracias Bill. Pero ¿crees que es prudente exponer la idea a él sin tener un contacto preliminar con los demás compañeros?

Ertz parecía molesto ante su aparente aplomo y así lo expuso:

–Vas a presentarte ante el Capitán para ser sometido a un proceso... ¡por herejía!

Hugh consideró rápidamente la cuestión como si aquella idea no se le hubiese ocurrido antes. Repuso casi humildemente:

–Creo que te has equivocado completamente Bill. Tal vez un cargo y un proceso sea la mejor forma de ir derecho al asunto pero yo no soy un campesino para que se me lleve de buenas a primeras ante el Capitán. Yo debo ser enjuiciado por el Consejo. Soy un científico.

–¿Lo eres ahora? –repuso suavemente Ertz–. Ya he recibido consejo al respecto. Tú ya fuiste borrado de las listas. Lo que seas ahora, es una cuestión que sólo concierne al Capitán y él decidirá en consecuencia.

Hugh sostuvo el ataque. Estaba contra él, según pudo ver claramente y no había nada que hacer con enfrentarse con Ertz.

Ertz hizo una señal; los dos hombres desarmados cogieron a Hugh cada uno por un brazo. Hoyland les siguió sin la menor protesta.

* * *

Hugh miró al Capitán con un nuevo interés. Había cambiado mucho, un poco más grueso tal vez.

El Capitán se retrepó lentamente en su sillón y recogió un memorándum que tenía frente a él en la mesa.

–¿De qué diablos se trata? –comenzó con voz irritada–. No lo comprendo.

Mort Tyler estaba allí para presentar el caso contra Hugh, circunstancia que Hoyland no había imaginado siquiera en anticipar y que venía a sumarse a sus recelos y temores. Rebuscó mentalmente entre los recuerdos de su niñez alguno que le hubiera servido para atraerse la simpatía de Tyler; pero no halló ninguno. Tyler se aclaró la garganta y comenzó:

–Este es el caso de un llamado Hugh Hoyland, Capitán, antiguamente uno de sus más jóvenes científicos...

–¿Científico, eh? ¿Por qué no se ocupa el Consejo de este asunto?

–Porque ha dejado de ser científico Capitán. Se fue con los mutantes. Ahora vuelve con nosotros predicando la herejía y buscando la forma de minar su autoridad.

El Capitán miró a Hugh con una clara beligerancia propia de un hombre celoso de sus prerrogativas.

–¿Con que se trata de eso? ¿Qué tiene que decir en su descargo?

–Eso es mentira, Capitán, no es cierto, en absoluto–repuso Hugh–. Todo lo que he dicho a todo el mundo ha sido la afirmación de la verdad absoluta de nuestro antiguo conocimiento. Yo no he discutido las verdades bajo las que vivimos, he afirmado simplemente que tales verdades son y tienen más fuerza que lo que hasta ahora se ha creído corrientemente. Yo...

–Sigo sin entender una palabra de todo esto –interrumpió el Capitán, sacudiendo la cabeza–. Pesa sobre usted el cargo de herejía, y con todo dice usted que cree en nuestras Enseñanzas. Si no es usted culpable, ¿por qué está aquí?

–Quizá yo pueda aclarar mejor la cuestión –intervino Ertz–. Hoyland...

–Bien, espero que pueda hacerlo –continuó el Capitán–. Adelante, oigamos de qué se trata.

Ertz procedió a dar una versión correcta; pero muy deformada del retorno de Hoyland y de su extraña historia. El Capitán escuchaba con una expresión que variaba entre el asombro, la perplejidad y el aburrimiento.

Cuando Ertz hubo concluido, el Capitán se volvió hacia Hugh.

–¡¡Humm!!

Hugh tomó inmediatamente la palabra.

–El quid de mi tema, Capitán, es que existe un lugar, arriba, allá donde los cuerpos carecen de peso, donde usted puede ver cuando lo desee, con sus propios ojos, la verdad de nuestra fe y que la Nave está moviéndose. Allá puede usted contemplar el Plan de Jordan operando. No es una negación de la fe; es algo que viene a afirmaría. El propio Jordan lo aprobará.

Viendo que el Capitán aparecía hallarse en un estado de indecisión, Tyler intervino inmediatamente:

–Capitán, hay una posible explicación para esta situación increíble y que yo creo mi deber que usted la escuche. De primera mano, existen dos obvias interpretaciones de la ridícula historia de Hoyland: puede simplemente ser culpable de extrema herejía, o muy bien puede ser por sí mismo un mutante de corazón y estar comprometido en un plan que caiga usted en sus manos, engañado, mediante un señuelo. Pero hay otra tercera, y más caritativa explicación y la que yo propongo a creer que es la verdadera.

»Hay un registro en donde se establece que Hoyland fue seriamente considerado para ir al Convertidor cuando se hizo la inspección de su nacimiento, aunque tal desviación de lo normal, era algo poco apreciable, siendo sencillamente un tipo de cabeza más grande que lo normal, y así sobrevivió. A mí me parece, que las terribles experiencias que ha sufrido a manos de los mutantes, han producido en él, decisivamente, una mente inestable. Este pobre diablo no es responsable de sus propias acciones.

Hugh miró a Tyler bajo un nuevo aspecto. Absolverlo de culpabilidad y al propio tiempo asegurarse de que tendría pronto que hacer el último Viaje... ¡qué buena jugada!

El Capitán hizo un gesto con la mano hacia ellos.

–Esto ya se ha llevado bastante tiempo –y después, volviéndose a Ertz, le dijo: ¿Hay alguna recomendación?

–Sí, Capitán. El Convertidor.

–Muy bien, pues. Ertz, en realidad no comprendo por qué tiene que molestárseme con estos detalles. Me parece que está usted en condiciones de mantener la disciplina en su departamento sin mi ayuda.

–Sí, Capitán.

El Capitán se levantó de su sillón y comenzó a retirarse.

–Recomendación confirmada. Caso terminado. Una rabia terrible subió al rostro de Hugh frente a la irrazonable injusticia que se estaba cometiendo con él. Ni siquiera se habían molestado en mirar la única real evidencia que tenía en su propia defensa.

Oyó un grito:

– ¡Espere! –y a renglón seguido comprobó que era su propia voz.

El Capitán se detuvo, mirándole.

Espere un momento –continuó Hugh, mientras las palabras le surgían apresuradamente y de acuerdo con su propio juicio. Esto no establecerá ninguna diferencia, ya que usted se halla tan condenadamente seguro de que conoce todas las respuestas, aún sin haberlas comprobado en su verdad con sus propios ojos. Sin embargo... sin embargo... *¡La Nave se mueve!*

* * *

Hugh Hoyland tuvo mucho tiempo para pensar, tumbado en el compartimento donde le habían confinado para esperar las necesidades de energía del Convertidor. Sí, mucho tiempo para pensar y dar un repaso a sus errores cometidos. Contando su historia a Ertz inmediatamente... aquello había sido la equivocación número uno. Tuvo que haber esperado, haberse adaptado poco a poco con el hombre que tan cruelmente le había negado, en lugar de confiar en una amistad que nunca había sido muy íntima y verdadera.

Segunda equivocación: Mort Tyler. Cuando oyó su nombre, debió haber investigado y descubierto la gran influencia que ejercía sobre Ertz. Le conocía desde antiguo, era algo que tuvo que haber tenido muy en cuenta.

Bien, allí estaba, condenado como un mutante... o tal vez como hereje. Las dos cosas conducían al mismo sitio. Consideró si debería o no haber intentado explicar lo sucedido a los mutantes. Había aprendido mucho de ello en alguno de los antiguos registros en posesión de Joe–Jim. Pero no habría sido inútil. ¿Cómo poder explicar que las radiaciones procedentes del Exterior causaron el nacimiento de los mutantes, cuando los que tenían que escucharlo no creían en absoluto que existiese semejante lugar Exterior? No, lo había embrollado todo antes de ser llevado a presencia del Capitán.

Sus auto-recriminaciones fueron turbadas al final por el sonido de la puerta al ser desbloqueada. Era demasiada pronto para otra de sus infrecuentes comidas; pensó que había llegado el momento en que se lo llevasen hacia su trágico destino y resolvió el llevarse por delante a alguien junto a él.

Sin embargo, estaba equivocado. Oyó una voz de afable dignidad.

– Hijo, hijo, ¿cómo ha ocurrido esto? –era el Teniente Nelson, su primer maestro, con aspecto más envejecido y más frágil.

La entrevista fue penosa para los dos. El anciano, había acariciado la gran esperanza para su protegido, incluso la ambición de que pudiese eventualmente aspirar a la Capitanía de la Nave, aunque había guardado tales ambiciones para sí mismo, creyendo que decirlo al joven prematuramente no le habría causado ningún bien. Cuando el joven desapareció, su corazón se sintió profundamente herido.

Y ahora volvía, como un hombre; pero bajo la desventurada condición en que se hallaba y bajo una sentencia de muerte.

La entrevista no fue menos desgraciada para Hugh. Había querido mucho al anciano maestro, a su manera, quería agradarle y necesitaba su aprobación. Pero pudo ver, al contarle su historia, que Nelson no era capaz de considerar el relato de sus experiencias, sino como una aberración de la mente de Hugh, y sospechó incluso que el viejo Nelson prefería más bien que encontrase una rápida muerte en el Convertidor, con sus átomos aplastados y convertidos en hidrógeno y proporcionando algún poder útil a la Nave, que verle vivir haciendo burla de las antiguas enseñanzas.

Pero en aquello cometió una injusticia respecto al anciano Nelson; al interpretar mal la piedad del anciano y no su devoción por la «ciencia». Pero en el fondo de su corazón, sensible y romántico, Hugh prefería morir a destrozar el espíritu de su benefactor.

Cuando llegó el momento en que el anciano se levantó para marcharse, el anciano Nelson le dijo:

–¿Hay algo que pueda hacer por ti, hijo? ¿Te alimentan bien?

–Muy bien, gracias –mintió Hugh piadosamente.

–¿Hay algo más que quieras decirme?

–No... bueno sí, podría usted enviarme algún tabaco. No he fumado un pitillo en mucho tiempo.

–Me cuidaré de eso. ¿Hay alguien más a quien quieras ver?

–Pues yo estaba bajo la impresión de que no se permitían visitantes... visitantes corrientes.

–Tienes razón; pero pienso que quizá pueda conseguir que la regla se relaje un tanto al respecto. Pero tienes que prometerme que no hablarás a nadie de semejante herejía –añadió con ansiedad.

Hugh pensó rápidamente. Aquel era un nuevo aspecto, una nueva posibilidad. ¿Su tío? No, aunque siempre se habían llevado bien, sus mentes diferían totalmente; en realidad se habrían visto el uno al otro como extraños. Nunca había hecho amigos fácilmente; Ertz había sido su más próximo amigo y ahora... Después se acordó de su amigo del poblado, Alan Mahoney, con quien tanto había jugado de niño. Cierto que no le había visto apenas desde el tiempo en que estuvo aprendiendo con Nelson. Sin embargo...

–¿Vive todavía en nuestro poblado Alan Mahoney?

–Sí, claro.

–Me gustaría verle, si puede venir.

Alan llegó, nervioso, asustado; pero contento de ver de nuevo a Hugh y terriblemente trastornado de hallarle bajo la sentencia de hacer el último Viaje. Hugh le abrazó, golpeándole amistosamente la espalda.

–Buen chico –le dijo–. Sabía que vendrías.

–Desde luego –protestó Alan– una vez que me enteré. Pero nadie en el poblado lo sabía. Creo que ni los Testigos lo saben.

–Bien, estás aquí y eso es lo que importa. Cuéntame cosas de ti. ¿Te has casado?

–Pues... no. No perdamos el tiempo hablando de eso. No me ha ocurrido nada importante, de todas formas. ¿Por qué diablos te encuentras metido en este apuro, Hugh?

–No puedo hablarte de eso, Alan. Prometí al Teniente Nelson que no lo haría.

–Bien, es una promesa... *¿qué* clase de promesa? Estás metido en una ratonera y con el agua al cuello, amigo.

–¡No lo sé!

–¿Te ha ayudado alguien?

–Bien... nuestro antiguo camarada Mort Tyler no me sirvió de nada; creo que hay mucho que hablar de esto...

Alan emitió un silbido y aprobó con la cabeza lentamente.

–Eso explica muchas cosas.

–¿De qué estás hablando? ¿Sabes algo?

–Tal vez, sí, quizá no. Tras de haber desaparecido tú, se casó con Edris Baxter.

–¿Ah, Sí? Hum... sí, eso pone en claro muchas cosas –y permaneció silencioso por unos instantes.

Después de un corto silencio fue Alan quien se dirigió a Hugh.

–Mira, Hugh, no vas a quedarte aquí a que te maten como a un perro. Particularmente, cuando Tyler está mezclado en todo esto. Es preciso que te saquemos de aquí.

–¿Cómo?

–No lo sé en este momento. Tal vez organizando un asalto, una incursión rápida... Imagino que podría conseguir unos cuantos cuchillos para dar un golpe, con la ayuda de un puñado de buenos amigos y luchar lo que sea preciso.

–Y después, cuando haya terminado, iremos todos al Convertidor. Tus compañeros, tú y yo. No, creo que no vale.

–Pero... tenemos que hacer algo. No podemos quedarnos sentados y esperar a que te quemen hasta reducirte a cenizas.

–Sí, ya comprendo –Hugh estudió el rostro de Alan. ¿Sería decente pedirle aquello a Man? Pero continuó, con la seguridad de lo que había notado en los rasgos nobles de su amigo. Escucha: ¿harías algo que fuera capaz de sacarme de aquí, no es cierto?

–Ya sabes que sí –repuso Alan, sorprendido de que se pusiera aquello en duda.

–Muy bien, pues. Hay un enano llamado Bobo. Te diré dónde encontrarlo...

* * *

Alan comenzó a subir y a subir, cada vez más arriba, hasta un limite que jamás había imaginado desde que dejó a Hugh en su prisión, y desde que había hecho diabluras, siendo un chiquillo conducido por Hugh. Ahora era mayor, más conservador; le faltaba estómago para la aventura. Al tremendo peligro que existía en abandonar los niveles bajos de la Nave, había que añadir su ignorancia supersticiosa. Pero aún así, continuó subiendo.

Tendría ya que haber llegado al lugar... a menos que hubiese perdido la cuenta. Pero no vio al enano por ninguna parte.

Bobo le vio primero. Una pedrada lanzada por una honda le golpeó en el estómago, a pesar de haber gritado: ¡Bobo!

Bobo volvió a ver a Joe–Jim, entrando en su compartimento y dejando su carga a los pies de los mellizos.

–Carne fresca –dijo orgulloso de su hazaña.

–Vaya, con que es eso –convino Jim con indiferencia–. Bien, es tuya, llévatela.

Bobo hizo una señal con la mano.

–Es divertido –dijo. Él saber el nombre de Bobo.

Joe levantó los ojos del libro que estaba leyendo, *«Poemas Escogidos»* de Brownning, de L-Press, New York, London, Luna City, cr. 3/5, y repuso:

–Caramba, eso es interesante. Espera un momento.

Hugh había preparado a Alan para la sorpresa que recibiría en su encuentro con Joe–Jim. En un razonable orden de brevedad había hecho de tripas corazón, lo suficiente, como para contarle lo sucedido. Joe-Jim le escuchó sin hacer muchos comentarios, Y Bobo con interés, aunque sin comprender gran cosa.

Cuando Alan concluyó, Jim hizo resaltar:

–Bien, tú ganas, Joe –y volviéndose hacia Alan, añadió: No puede tomarse el lugar en donde está Hugh. ¿Sabes jugar al ajedrez?

Alan miró una cabeza y después la otra de aquel cuerpo bicéfalo.

–Pero es que no lo comprenden. ¿Es que no van a hacer nada?

Joe pareció confuso.

–¿Nosotros? ¿Por qué tendríamos que hacerlo?

–Pero tienen que hacerlo ¿No lo ven? Hugh depende ahora de ustedes. No hay nadie a quien pueda acudir. Por eso he venido.

–Espera un momento –gruñó Jim–. Espera un momento. Suponiendo que quisiéramos ayudarle –cosa que no haremos– ¿cómo podríamos hacerlo, por el nombre de Jordan? Respóndeme a eso.

–Vaya, pues... –y Alan farfulló algo con cierto aire estúpido– ¡pues organizando un grupo de rescate, por supuesto, bajar hasta su prisión y sacarle de allí!

–¿Por qué tendríamos que exponernos a que nos matarán en una lucha para rescatar a su amigo?

Bobo pareció despertar y puso las orejas de punta:

–¿Lucha? –preguntó interesado.

–No, Bobo –negó Joe–. No lucha. Sólo hablar.

–¡Oh! –y Bobo retornó a su pasividad.

Alan miró al enano.

–Si dejaran ustedes al enano y a mí...

–No –gritó Joe–. Esto está fuera de toda cuestión. No hables más del asunto.

Alan se sentó en un rincón apretándose las rodillas con las manos en un gesto de desesperación.

–Si pudiera salir de allí... Todavía podría intentar buscar alguna ayuda de abajo. El enano parecía estar dormido, aunque era difícil estar seguro de ello. Ojalá que Joe-Jim se quedara dormido también...

Pero Joe-Jim no mostró la menor señal de quedarse dormido. Joe trató de continuar leyendo; pero Jim le interrumpió de vez en cuando. Alan no pudo oír lo que estaban hablando uno con el otro.

A poco, Joe levantó la voz.

–¿Es ésa la idea que tienes de la diversión?–preguntó.

–Bueno –repuso Jim–. Creo que sería mejor que el ajedrez.

–¿Con que sí, eh? Imagínate que te clavan un cuchillo en un ojo... ¿Qué sería de mí entonces?

–Te estás volviendo viejo, Joe. Ya no tienes agallas para nada, hermano.

–Tú eres tan viejo como yo.

–Sí, pero tengo ideas jóvenes.

–Ah, me pones malo. Haz lo que te parezca; pero no me eches a mí la culpa. ¡Bobo!

El enano dio un respingo de alerta.

–Sí, jefe.

–Sal y ve en busca del Rechoncho, de Brazo Largo y de Cerdo.

Joe-Jim se levantó, se dirigió a un armario y comenzó a sacar un puñado de cuchillos.

* * *

Hugh oyó la conmoción en el pasadizo existente al exterior de su prisión. Podría ser la producida por los guardias que viniesen para llevarle al Convertidor; pero aquello no haría tanto ruido. ¿Sería que se habría producido algún revuelo en relación con él? También podría ser...

Y lo fue. La puerta se abrió con estrépito y Alan estuvo en el interior, como un rayo, gritándole y lanzándole un puñado de cuchillos a las manos. Se dio prisa para salir de la celda, mientras iba disponiendo los cuchillos en su cinturón y aceptando otros dos más.

Al salir, vio a Joe–Jim, quien por el momento no le vio a él, en la forma en que se dejaba ir volando metódicamente y con la misma calma con que se dedicaba al lanzamiento de cuchillos en la diana, cuando practicaba su deporte favorito. También, vio a Bobo con la cabeza encogida, quien le hizo una horrible mueca con su enorme boca que parecía una cicatriz ensangrentada, y que igualmente se desplazaba con la mayor habilidad. Había otros tres individuos más, dos de ellos a quienes Hugh reconoció como pertenecientes al grupo privado de matones de Joe–Jim; mutantes por definición y por el lugar de su nacimiento; sólo que no aparecían deformados.

La cuenta no incluía las formas inmóviles yacentes sobre las planchas del suelo.

¡Vamos! –le gritó Alan– Habrá más de un momento a otro! –y se dio prisa corriendo por

el pasaje y hacia la derecha.

Joe-Jim desistió y le siguió Hugh lanzó una hoja intentando tener suerte a una figura que corría hacia la izquierda El objetivo era pobre y no tuvo tiempo de comprobar si había hecho blanco o no. Continuaron dándose prisa a lo largo del pasadizo con Bobo a la retaguardia, como si dejase de mala gana la diversión que aquello le producía, hasta llegar a un punto en que el pasadizo se cruzaba con otro principal.

Alan les condujo de nuevo hacia la derecha.

–¡Escaleras arriba! –gritó.

No llegaron a alcanzarlas. Una puerta herméticamente encajada en la estructura, y raramente utilizada, cayó frente a ellos dejándoles a diez yardas de la escalera metálica. Los matones de Joe-Jim comprobaron su vuelo y miraron con duda a su amo.

Bobo se estrelló la nariz, intentando buscar alguna salida por aquella puerta.

Los ruidos de sus perseguidores se apreciaban claramente tras ellos.

–Estamos atrapados –dijo Joe con calma–. Espero que esto te divierta, Jim.

Hugh vio una cabeza aparecer por la esquina del pasadizo que acababan de dejar. Le lanzó una hoja de primer intento; pero la distancia era demasiado grande; el cuchillo chocó y retumbó contra el acero. La cabeza desapareció. Brazo Largo no quitó los ojos del sitio con la honda cargada y dispuesta.

Hugh agarró fuertemente a Bobo por el hombro.

–¡Escucha! ¿Ves aquella luz?

El enano parpadeó con aire estúpido. Hugh apuntó a la intersección de los tubos fluorescentes por donde habían cruzado y que se hallaban en el techo directamente encima de la unión de los pasadizos.

–Aquella luz. ¿Puedes pegarle en el punto en que se cruzan?

Bobo calculó la distancia a ojo. Era un tiro bastante difícil bajo cualquier condición a semejante alcance. En aquel bajo pasadizo requería una trayectoria plana y precisaba de un mayor peso del que estaba acostumbrado a utilizar.

Pero el enano no respondió. Hugh oyó el viento de la honda, aunque no vio la forma de disparar de Bobo. Al instante se produjo un estampido de algo que salta en mil pedazos y el cruce que se llenaba de una neblina verdosa.

Hugh corrió hacia la derecha, contento y agradecido por su conocimiento como ingeniero de los circuitos de iluminación. Había elegido la dirección correcta; el pasaje ante ellos aparecía en completa oscuridad. Pudo oír, sin embargo, el ruido de pisadas a su alrededor sin saber si eran de amigos o de enemigos.

Al final surgieron a la luz. Nadie se encontraba a la vista, excepto un campesino inofensivo y asustado que huía del lugar a paso ligero. El grupo pasó una rápida revista a la situación. Todos estaban presentes, pero Bobo aparecía pesado y casi moviéndose a rastras.

Joe le miró.

–Creo que ha respirado el gas. Golpeadle en la espalda.

El Cerdo lo hizo de buena gana. Bobo tosió repetidas veces, pareció mareado y después hizo una mueca.

–Vaya, eso irá bien.

Aquella pequeña demora había dado, al menos a uno la oportunidad de echarles la vista encima. Llegó aproximándose en la oscuridad sin apreciar la fuerza que tenía ante él. Alan ladeó el brazo del Cerdo mientras se disponía a lanzarse.

–¡Déjamelo! –pidió–. ¡Éste es para mí!

Era Tyler.

–¿Quieres luchar de hombre a hombre? –le desafió Alan, con el pulgar sobre la hoja de un cuchillo.

Los ojos de Tyler miraron a su enemigo, calculando la lucha y el duelo que se le venía encima, y aceptó el desafío, echando mano de su cuchillo a su vez.

El lugar estaba demasiado ocupado por la gente para el lanzamiento de las armas arrojadizas, por lo que se aproximaron el uno al otro dispuestos a una lucha cuerpo a cuerpo.

Alan era más fuerte de constitución, pero Tyler era más escurridizo y ágil. Intentó patearle en el estómago, pero Alan supo evadir el ataque mientras conseguía un fuerte puntapié sobre Tyler. Ambos cayeron al suelo, donde continuó una lucha a muerte. Un momento más tarde, Alan estaba limpiándose e1 cuchillo contra el muslo.

–Vayámonos de aquí –dijo turbado–. Estoy asustado.

Llegaron a otra escalera y se dieron prisa en subirla a toda velocidad, con Brazo Largo y

el Cerdo al frente revisando cada nivel en rápidas miradas y cubriendo los flancos, y el tercero de ellos, a quien Hugh había oído llamar como el Rechoncho a la retaguardia. Los demás caminaban en medio.

Hugh pensó que habían vencido y se hallaban ahora libres, cuando oyó gritos y el chasquido de un cuchillo lanzado a pocas pulgadas sobre su cabeza. Llegó al nivel superior a tiempo de recibir un corte, profundo, pero sensible, producido por una hoja de acero. Tres hombres sufrieron heridas. Brazo Largo tenía un cuchillo clavado en la parte carnosa del brazo, pero no parecía darle demasiada importancia. Su honda seguía todavía funcionando. El Cerdo continuaba dando tropezones tras haber lanzado el último cuchillo, con su armamento agotado. Pero había claros signos de su trabajo; un hombre estaba caído sobre una rodilla a veinte pies de distancia. Estaba sangrando de la cuchillada recibida el muslo.

Mientras que aquella figura procuraba mantenerse con una mano contra el mamparo y se rebuscaba en su cinturón vacío con la otra, Hugh le reconoció.

Era Bill Ertz.

Había conducido el grupo hacia otro pasadizo y lo había flanqueado para encontrar su propia ruina. Bobo llegó tras Hugh y dispuso su brazo poderoso para estrangularlo. Hugh le detuvo el brazo.

–Calma, Bobo –le ordenó–. Pégale en el estómago, pero no demasiado fuerte.

El enano pareció perplejo, pero actuó como se lo habían ordenado. Ertz cayó al suelo como un saco y resbaló por el suelo metálico.

–Buen trabajo, Bobo –comentó Jim.

–Llévátelo, Bobo –le ordenó de nuevo Hugh–y permanece en medio. –Recorrió de un vistazo el grupo, entonces reunido en el tope de un tramo de escaleras–. De acuerdo, muchachos, ¡arriba! Y... ¡cuidado!

Brazo Largo y el Cerdo se fueron arrastrando algo penosamente hacia el próximo nivel, con el resto subiendo normalmente. Joe parecía disgustado.

En cierta forma, una forma que no parecía clara por el momento, se había visto fuera del mando de su grupo, *su* grupo propio, y Hugh dando órdenes. Reflexionó y comprendió que no había tiempo para discusiones de ningún género en aquel momento. Aquello podría costarles la vida a todos.

A Jim no parecía importarle gran cosa. De hecho, parecía muy divertido con la aventura.

Pusieron diez niveles más tras ellos sin ninguna oposición organizada. Hugh dirigió la

operación de forma que no tuvieran que matar a ningún campesino innecesariamente. Los tres matones le obedecieron bien. Bobo iba demasiado cargado con Ertz para constituir ningún problema con la disciplina. Hugh continuó dirigiendo la partida de ataque hasta subir otros treinta niveles más, hasta hallarse en tierra de nadie, y entonces dispuso que se relajase la vigilancia sostenida hasta aquel momento. Entonces hicieron un alto y examinaron a los heridos de la refriega.

Las heridas más profundas eran las del brazo de Brazo Largo y la de la cara de Bobo. Joe-Jim las examinó y les aplicó unas compresas con las cuales se había provisto antes de la salida. Hugh rehusó ningún tratamiento por la herida recibida.

–Ha dejado de sangrar –dijo– y tengo muchísimo que hacer todavía.

–Tú no tienes nada que hacer sino llegar a casa –le dijo Joe–, y allí terminará toda esta tontería.

–No del todo –negó Hugh–. Usted puede ir a casa, pero Alan, Bobo y yo vamos a ir hacia donde no hay peso..., a la galería del Capitán.

–Eso es absurdo –repuso Joe–. ¿Para qué?

–Venga conmigo si lo desea y ya lo verá. Bien, muchachos. Vamos.

Joe comenzó a decir algo, pero Jim le detuvo.

Y el cuerpo bicéfalo de los mellizos siguió al grupo hacia arriba.

Flotaron suavemente a través de la puerta de la galería, yendo Hugh, Alan y Bobo con su carga todavía pasiva... y Joe-Jim también.

–Aquí está; esto es lo que quería demostrar –dijo a Alan, extendiendo una mano ampliamente haca las espléndidas estrellas.

Alan miró y, repentinamente aterrado, se cogió de un brazo de Hugh.

–¡Jordan! –farfulló entre dientes–. ¡Nos caeremos todos! –Y cerró los ojos apretándolos fuertemente.

Hugh le sacudió con fuerza.

–Está bien, es algo grande. Abre los ojos...

Joe-Jim tocó a Hugh en el brazo.

–¿A qué viene todo esto? ¿Por qué le has traído hasta aquí? –Y apuntó hacia Ertz.

–¡Ah, él!... Bien cuando despierte voy a mostrarle las estrellas y a demostrarle que la Nave se mueve.

–Bien, ¿y para qué?

–Después irá abajo a convencer a los demás.

–¡Hum! Supongamos que no tiene mejor suerte que la que tú tuviste...

–Bueno... entonces –dijo Hugh encogiéndose de hombros–, tendré que arreglármelas para que se dé a conocer la verdad, cueste lo que cueste, hasta que todos se convenzan. Tenemos que hacerlo, es necesario.

SEGUNDA PARTE

EL SENTIDO COMUN

Joe, la cabeza del lado derecho de Joe-Jim, dirigió sus palabras a Hugh Hoyland.

–De acuerdo, muchacho listo, has convencido al Ingeniero Jefe. –Y con un gesto señaló hacia Bill Ertz con la hoja de su cuchillo, acabando Jim el discurso, mientras apretaba los dientes al decirle: ¿Y qué? ¿Adónde te lleva eso?

–Ya lo he explicado –repuso Hugh irritado–. Deberemos continuar hasta que todos los científicos de la Nave, desde el Capitán hasta el último grumete, *sepan* que la Nave se mueve y crean que podemos moverla y dirigirla a un destino cualquiera. Después acabaremos el Viaje como Jordan deseó. ¿Con cuántos cuchillos puede usted contar?

–Bueno, ¡por amor de Jordan! Escucha..., ¿se te ha metido en la cabeza la tonta idea de que vamos a *ayudarte* con ese loco propósito?

–Naturalmente. Ustedes son necesarios para ello.

–Entonces será mejor que pienses en otra cosa. Esto se acabó. ¡Bobo! Trae el tablero de ajedrez.

–Ahora mismo, Jefe. –El enano microcéfalo rebuscó en el lugar adecuado y llegó trotando por el compartimento de Joe–Jim.

–Espera un momento, Bobo –dijo Jim, la cabeza izquierda. El enano se detuvo en seco con su estrecha frente fruncida de arrugas. El hecho de que su amo de dos cabezas fallase ocasionalmente en estar de acuerdo era la sola nota de inseguridad en su tranquila y sangrienta existencia.

–Oigamos lo que tiene que decir –dijo Jim–. Puede que haya algo divertido en todo esto.

–¡Divertido! La diversión de que nos coloquen un cuchillo en las costillas. Permíteme recordarte que son también mis mismas costillas. No estoy de acuerdo con ese asunto.

sino No te he pedido que estuvieses de acuerdo, que escucharas. Dejando aparte la diversión que pueda haber, puede ser el único camino para evitar que nos claven un cuchillo en las costillas.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Joe lleno de sospechas.

–Oirás lo que Ertz tiene que decir –dijo Jim apuntando con un dedo al prisionero. Los oficiales de la Nave están planeando barrer de una vez y por todas los niveles superiores.

– ¿Es que te gustaría ir al Convertidor, Joe? No podrás jugar al ajedrez después de que nos hayan convertido en átomos de hidrógeno.

–¡Al cuerno! La tripulación no puede exterminar a los mutantes... Ya lo han intentado antes.

Jim se volvió hacia Ertz.

–¿Qué le parece?

* * *

Ertz respondió vergonzosamente, hallándose perfectamente advertido de su situación, cambiada desde el oficial más caracterizado de la Nave en un prisionero de guerra. Se sentía de todas formas confuso y trastornado, habiendo sucedido tantas cosas con semejante rapidez. Había sido raptado, arrastrado hasta la galería del Capitán, en el morro de la Nave, y desde allí había visto atónito las estrellas. .., *las estrellas.*

Su racionalismo, duramente arraigado en él, no incluía tal concepto. Si un astrónomo de la Tierra le hubiese demostrado físicamente que el globo gira sobre su eje porque alguien le daba vueltas con una manivela, el trastorno producido en tal evaluación de las cosas no hubiese sido tan grande para él.

Además de aquello, se daba exacta cuenta de que la continuación de su propia existencia pendía de un hilo y en un difícil equilibrio. Joe-Jim era el primer mutante de los altos niveles que jamás hubiera conocido, aparte de una acción en combate, cuchillo contra cuchillo. Una palabra suya había hecho que aquel horrible enano le hubiese tirado por tierra...

Comenzó por escoger cuidadosamente sus palabras.

–Creo que el personal tendrá éxito esta vez.

–Nosotros..., bueno, ellos lo han organizado bien. A menos que haya más de ustedes y que se piense que estén mejor organizados, creo que lo llevarán a cabo. Comprendan... Bien, yo lo organicé.

–¿Usted?

–Sí. Una gran parte del Consejo está disgustada con la política de dejar a los mutantes solos. Tal vez esto suene a doctrina religiosa y tal vez no lo sea, pero perdimos un niño hace poco y un par de cerdos en otra ocasión poco después. Resulta irritante.

–¿Y qué espera usted que coman los mutantes? –preguntó Joe-Jim en son de guerra–. ¿Que vivan del aire?

–No, no exactamente eso. De cualquier forma, la nueva política no es enteramente destructiva. Algunos mutantes se han entregado y podrían ser civilizados, según hemos planeado, proporcionándoles maestros y poniéndoles a trabajar formando parte de la tripulación. Esto es cualquiera que no fuese... bueno, que fuese... –Y se interrumpió embrollado y confuso, apartando los ojos de aquella monstruosidad de dos cabezas que tenía ante su vista.

–¿Quiere usted decir de cualquiera que no tuviera mutaciones físicas como nosotros? concluyó Joe–Jim–. ¿No es así? Lo que quieren es echarme en el Convertidor, ¿verdad? –Y se golpeó la palma de la mano con la hoja del cuchillo.

Ertz hizo un movimiento como para echarse la mano al cinturón. Pero allí no quedaba ningún cuchillo disponible y se sintió desamparado e inútil sin el arma.

–*Un* momento –dijo a la defensiva–. Ustedes me han preguntado, ésa es la situación. Eso es algo que está fuera de mi alcance. Me limito a decirlo a ustedes tal y como está ocurriendo.

–Déjalo solo, Joe. Está intentando manejarte con su propia droga. Es lo que te había dicho... O bien sigue con el plan de Hugh, o esperemos a ver lo que sucede. Y no te hagas la idea de matarlo; le necesitaremos. –Mientras Jim hablaba así, intentó volver el cuchillo al cinturón. Se produjo un breve y silencioso momento de lucha entre los mellizos por

controlar los nervios que enervaban el brazo derecho de su cuerpo común. Joe cedió–. De acuerdo –convino agriamente–, pero si he de ir al Convertidor me llevaré conmigo a este individuo para que me haga compañía.

–Un momento –dijo Jim–. Me tendrás a mí de compañero no lo olvides.

–¿Por qué tienes que creerle?

–No gana nada con mentir. Pregúntaselo a Alan.

* * *

Alan Mahoney, el gran amigo de Hugh desde la niñez, había escuchado la argumentación con los ojos bien abiertos, sin tomar parte en ella. Él también había sufrido la terrible experiencia, estremecedora, de la vista de las estrellas del espacio exterior; pero su ignorante mente de campesino no tenía las opiniones agudamente formuladas por Ertz, el Ingeniero Jefe. Ertz había sido capaz de ver casi en el acto que la propia existencia de un mundo en el exterior de la Nave cambiaba todos sus planes y todas las cosas en las que había creído. Alan sólo era capaz de sentirse maravillado.

–¿Qué hay de ese plan de luchar contra los mutantes, Alan?

–¿Eh? Bueno..., no sé nada respecto a eso. ¡Diablos, no soy un científico! Oiga, espere un momento... Hay un oficial joven que se envió en auxilio del científico de nuestro poblado, el Teniente Nelson... –Y se detuvo embrollado.

–Bueno, ¿y qué? Continúa.

–Bien, él ha estado organizando los cadetes en nuestro poblado y a los hombres casados también, aunque no muchos. Han hecho prácticas con sus cuchillos y hondas. Nunca nos dijeron para qué, desde luego.

Ertz extendió las manos en un amplio gesto.

–¿Lo están viendo?

Joe aprobó con un gesto.

–Comprendo –admitió sombríamente.

Hugh Hoyland le miró vivamente.

–Entonces ¿están ustedes conmigo?

–Supongo que sí –admitió Joe–. ¡De acuerdo! –añadió Jim.

Hugh se volvió hacia Ertz.

–¿Y qué piensas tú, Burt Ertz?

–¿Qué otra alternativa tengo?

–Muchas. Quiero que estés conmigo de todo corazón. Aquí está el equipo. La tripulación no cuenta;, es a los oficiales a quienes tenemos que convencer. Nos quedaremos con cualquiera que no sea tan bestia y ciego como para no comprender lo que se ve desde la Sala de Control. Los otros... –e hizo una indicación pasándose un dedo por la garganta mientras emitía un silbido expresivo–, lo mejor es el Convertidor.

Bobo gruñó sintiéndose feliz, imitando el ruido y el gesto de Hugh.

Ertz aprobó con la cabeza.

–Y después, ¿qué?

–Los mutantes juntos con la tripulación, bajo un nuevo Capitán, ¡nos dirigiremos con la Nave hacia la Lejana Centauro! ¡Se cumplirá así la voluntad de Jordan!

Ertz se puso en pie y se encaró con Hoyland. Era un movimiento impulsivo, difícilmente captable en los primeros momentos, pero se aproximó a la mesa y se inclinó ante ella:

–¡Estoy contigo, Hugh Hoyland!

Un cuchillo se clavó en la mesa ante él, lanzado desde el cinturón de Joe–Jim. Joe se quedó perplejo y parecía que iba a decir algo a su hermano, pero pareció pensarlo mejor después. Ertz le dio las gracias y se lo envainó en el cinturón.

Los mellizos murmuraron algo entre sí durante unos momentos y después fue Joe quien tomó la palabra:

–Daremos a esto una formalidad sagrada –dijo. Y sacó el cuchillo que le quedaba en el cinto, cogiéndolo entre los dedos, de forma que sólo apareciese expuesto por la punta, y se hirió levemente en el brazo hasta hacerse sangrar visiblemente.

–¡Hoja por hoja!

Ertz frunció el ceño. Se sacó su cuchillo, que acababan de entregarle, e hizo la misma operación; La sangre brotó, corriéndole por el brazo.

–¡Hombro con hombro! –juró solemnemente. Y se aproximó hasta que su herida se puso

en contacto con la de Joe–Jim.

Alán Mahoney, Hugh Hoyland y Bobo, todos con sus respectivos cuchillos, se desgarraron el brazo hasta hacerlo sangrar. Se reunieron en un grupo, de forma que todos se unieran por la herida abierta, como un símbolo de perfecta unión.

–¡Hoja por hoja!

–¡Hombro con hombro!

–¡Sangre por sangre!

–¡Hermanos de sangre... *hasta el fin del Viaje!*

Y allí estaban: un científico apóstata, otro raptado, un rústico campesino, un monstruo de dos cabezas y un retrasado mental con un cerebro de mono y cinco cuchillos –contando a Joe-Jim como uno–, y cinco cerebros –contando a Joe-Jim por dos y a Bobo por ninguno: cinco cerebros y cinco cuchillos para dominar y cambiar toda una civilización.

* * *

–Pero es que no quiero volver abajo, Hugh –dijo Alan, rastreando los pies y con mirada confusa–. ¿Por qué no puedo quedarme aquí contigo? Soy un buen cuchillo.

–Seguro que lo eres, viejo amigo. Pero ahora mismo tienes que ser de más utilidad actuando como un espía.

–Pero ya tienes a Ertz para eso...

–Lo hacemos todos y te necesitamos también a ti. Bill es una figura pública; no puede escurrirse hacia los niveles bajos y hacia los altos sin llamar la atención y promover sospechas. Por eso es por lo que tienes que ir... Tú eres el enlace ideal.

–Bueno, me voy a ver negro teniendo que explicar dónde he estado.

–¡No expliques a nadie más de lo preciso! Pero cuidado; aléjate del Testigo. –Hugh creyó tener ante sí la imagen súbita de un Alan tratando de embaucar al viejo historiador del poblado con su hábil lengua y su insaciable sed de detalles–. Aléjate del Testigo. Ese viejo puede buscarte un buen lío.

–¿Izí? ¿Te refieres al viejo?... Ha muerto. Ya hizo el Viaje hace tiempo. El que hay nuevo cuenta muy poco.

–Está bien. Si te andas con cuidado estarás en *absoluta* seguridad. –Y Hugh levantó la

voz–. ¡Bill! ¿Estás dispuesto a bajar?

–Creo que sí –Ertz dejó de mala gana el libro que estaba leyendo, *Los tres mosqueteros*, ilustrado y uno de los más preciados de la biblioteca robada de Joe-Jim–. Oye, es un libro maravilloso, Hugh. ¿Es la *Tierra* así realmente?

–Por supuesto. ¿No lo dice así en el libro?

Ertz se mordió el labio inferior y pensó en algo respecto a lo que había estado leyendo.

–¿Qué es una casa? –preguntó.

–¿Una casa? Pues una especie de... una especie de compartimento.

–¿Qué? Bueno, eso es lo que yo he pensado al principio, pero ¿cómo puedes montarte en un compartimento?

–¿Cómo? ¿Qué quieres decir con eso?

–Vaya, a través de todo el libro no hacen más que montar y subir en sus casas a cada instante.

–Déjame ver ese libro –ordenó Joe. Ertz se lo entregó. Joe-Jim lo ojeó rápidamente–. Ya veo lo que quieres decir. ¡Idiota! Se montan en los caballos, no en las casas.

–Bueno, ¿y qué es un caballo?

–Un caballo es un animal, como un gran cerdo o tal vez como una vaca. Te subes encima con las piernas abiertas y el animal te lleva a donde quieras.

Ertz consideró la cuestión.

–No me parece práctico. Mira..., cuando vas en una litera, le dices al jefe de los porteadores a donde quieres ir. ¿Cómo puedes decirle a una vaca lo mismo?

–Eso es fácil. Tienes un porteador que la conduce.

Ertz pareció conceder tal punto de vista.

–De todas formas, podrías caerte al suelo. Creo que me gustaría más bien ir a pie.

–Eso es sólo cuestión de práctica.

–¿Pueden *ustedes* hacerlo?

Jim hizo un gesto de impaciencia y Joe de sentirse molesto.

–No hay caballos en la Nave.

–Está bien, está bien. Pero esos tipos, Athos, Porthos y Aramis, tenían algo...

–Discutiremos eso más tarde... –interrumpió Hugh–. Bobo ha vuelto. ¿Estás dispuesto a ir, Bill?

–No tengas tanta prisa, Hugh. Esto es importante. Esos individuos tenían unos cuchillos...

–Seguro... ¿Por qué no?

–Pero que eran mucho mejor que los nuestros. Tenían unos cuchillos tan largos como nuestros brazos... o quizá mayores aún. Si tenemos que luchar contra toda la tripulación, piensa en la ventaja que tendríamos.

–¡Hum !... –Hugh se sacó su cuchillo y lo miró mientras lo tenía en la palma de la mano–. Tal vez. Pero no podrías arrojarlo en la misma forma.

–Podríamos aprender a lanzarlos así también.

–Sí, supongo que podríamos.

Los mellizos habían escuchado el diálogo sin comentario.

–Tiene razón –indicó Joe–. Hugh, cuídate bien de colocar los cuchillos. Jim y yo tenemos que leer algo interesante al respecto. –Y las dos cabezas de Joe-Jim se ocuparon con presteza en pensar respecto a otros libros que tenían, libros que habían discutido hasta en sus ínfimos detalles y que se relacionaban con los sanguinarios procedimientos e interminables y variados métodos utilizados por el género humano para acortar la vida de sus enemigos. Casi estaban a punto de instituir un Colegio de Guerra de Investigación Histórica, aunque a tal proyecto no le diesen tan florido término.

–Está bien –convino Hugh–, pero ustedes tendrán que dar la orden.

–Ahora mismo. –Joe-Jim salió fuera de su apartamiento y hacia el pasadizo donde Bobo había reunido una docena de guardaespaldas de Joe-Jim entre los mutantes. Excepto por Brazo Largo, el Cerdo y Rechoncho, que habían tomado parte en la operación de rescate de Hugh, todos resultaron desconocidos para Hugh, Alan y Bill y ellos, igualmente desconocidos y extraños para la partida.

* * *

Joe-Jim hizo un gesto a los tres desde los bajos niveles para que se le reunieran. Hizo una señal a los mutantes y les ordenó que tuvieran buen cuidado y que no olvidasen que aquellos tres tenían libre paso y protección dondequiera que fueran. Además, en ausencia de Joe–Jim, sus hombres t manan órdenes procedentes de cualquiera de ellos.

Los mutantes se estremecieron inquietos. Estaban acostumbrados a recibir órdenes, pero sólo de Joe-Jim.

Un individuo de enorme nariz surgió del grupo y se dirigió a ellos. Miró a Joe-Jim, aunque sus palabras eran en realidad con destino a todos.

–*Yo* soy Jack el de la Nariz. Mi hoja es aguda y mis ojos astutos. Joe-Jim con sus dos sabias cabezas es mi Jefe y mi cuchillo lucha por él, y no para extraños de los bajos niveles. ¿Qué decís, cuchillos? ¿No es la Regla?

Hizo una pausa. Los otros le habían escuchado nerviosamente, mirando de reojo y de tanto en tanto a Joe-Jim. Joe murmuró algo por las comisuras de los labios a Bobo. Jack el Narigudo abrió la boca para continuar. De pronto se oyó un ruido como de dientes rotos, de un cuello que se quebraba, y su boca quedó detenida en seco con un proyectil.

Bobo volvió a cargar la honda. El cuerpo, aún con vida, fue puesto lentamente sobre la cubierta.

Joe-Jim hizo un gesto con la mano en su dirección.

–Buena comida –anunció Joe–. Es vuestro.

Los mutantes convergieron sobre el cuerpo como si súbitamente hubieran sido desamarrados de una jauría de perros. El cuerpo quedó literalmente cubierto por una pila de individuos, como una bandada de buitres sobre una presa muerta a quien devorar. Con los cuchillos en la mano se disputaron a trozos la carne de Jack el Narigudo.

Joe-Jim aguardó con paciencia hasta que terminase el festín y después, cuando el sitio en que Jack el Narigudo había estado era ya sólo una mancha sobre la plancha de acero de la cubierta, volvió a hablar, esta vez por boca de Joe.

–Brazo Largo, tú, Cuarenta y Uno y Hacha, con Bobo, Alan y Bill. El resto, que espere aquí.

Bobo comenzó a trotar, alejándose en largas zancadas permitidas por la baja seudogravedad propia de la cercanía del eje de rotación de la Nave. Tres de los mutantes se destacaron del grupo y le siguieron. Ertz y Alan Mahoney se dieron prisa para alcanzarles.

Cuando llegaron a la escalera más próxima, Bobo se lanzó al espacio sin romper el ritmo

de su carrera, dejando a la fuerza centrífuga que le llevase hacia abajo y hacia la próxima cubierta. Le siguieron Alan y los mutantes, pero Ertz se detuvo en el borde y miró hacia atrás.

–¡Que Jordan os guarde, hermanos! –gritó.

Joe-Jim hizo un gesto de despedida con la mano.

–Y a ti también.

–¡Buena comida! –añadió Jim.

–¡Buena comida!

Bobo fue conduciéndoles por más de cuarenta cubiertas mas, siempre hacia abajo, hasta llegar a la tierra de nadie, no habitada por la tripulación ni por los mutantes, y se detuvo. Apuntó uno tras otro a Brazo Largo, a Cuarenta y Uno y al Hacha.

–Dos cabezas sabias, decir a vosotros que vigilar aquí. Tú primero –concluyó apuntando de nuevo a Cuarenta y Uno.

–Es así –amplió Ertz en detalle–. Alan y yo vamos a bajar hasta el nivel donde hay peso. Vosotros tres formaréis una guardia aquí, uno cada vez, de forma que yo pueda enviar mensajes hasta donde se encuentra Joe-Jim. ¿Comprendido?

–Seguro. ¿Por qué no? –repuso Brazo Largo.

–Joe-Jim lo ha dicho –comentó Cuarenta y Uno con una nota de decisión definitiva en la voz. El Hacha estuvo de acuerdo con un gruñido.

–Está bien –dijo Bobo entonces. Cuarenta y Uno se sentó al filo del tramo de escaleras, dejando colgar las piernas, y volvió su atención al alimento que había traído escondido bajo el brazo izquierdo.

Bobo dio una palmada en la espalda a Ertz y a Alan.

–Buena comida –les deseó con una mueca. Cuando pudo recuperarse de la situación, Ertz dio las gracias por tan cortés deferencia y tan buen pensamiento, y se dejó caer inmediatamente hacia el próximo nivel con Alan junto a él. Aún les quedaban muchos niveles que bajar hasta llegar a la «civilización ».

* * *

El Comandante Phineas Narby, ayudante ejecutivo del Capitán, saqueando la mesa del

Ingeniero Jefe, aparecía divertido al descubrir que Bill Ertz había guardado en secreto un par de libros Innecesarios. Eran los usuales Libros Sagrados, por supuesto, incluyendo el *Cuidado y Mantenimiento del Convertidor Auxiliar de Cuatro Pisos,* libro sin precio, y el *Manual de la Energía, la Luz y Acondicionamiento de una Nave Interestelar* del *vanguard.* Aquéllos eran los Libros Sagrados de primer orden y que sólo podía tener legalmente el Ingeniero Jefe.

Narby se consideraba a sí mismo como un escéptico y racionalista. La creencia en Jordan era una buena cosa... para la tripulación. A pesar de todo, la vista de una página con las palabras *Fundación Jórdan* le hizo estremecerse con un leve escalofrío de temor religioso, tal y como no lo había sentido desde antes de haber sido admitido en la categoría de científico.

Sabía que aquella sensación era irracional; probablemente, en tiempos pasados, alguna persona o personas se habrían llamado Jordan. Jordan pudo haber sido un antiguo ingeniero o capitán que debió haber codificado el sentido común y, de una forma casi instintiva, las reglas precisas para gobernar la Nave. O, lo que parecía más verosímil, el mito de Jordan era muy anterior a aquel libro que tenía en las manos y su autor había avalado por sí mismo las ignorantes supersticiones de la tripulación para dar autoridad a sus escritos. Narby sabía cómo tales cosas se habían hecho, y se había planeado dar una nueva política con respecto a los mutantes cuando estuviese maduro el momento para ponerla en ejecución. Sí, el orden, la disciplina y la creencia en la autoridad eran cosas buenas... para la tripulación. Era igualmente evidente que un sentido común, racional y frío, era un adecuado atributo para los científicos como custodios del bienestar de la Nave, un sentido común y una creencia en nada más que los hechos escuetos.

Admitió con admiración la exacta disposición de las letras estampadas sobre aquellas páginas del libro que tenía en las manos. Debieron haber tenido, sin duda, magníficos escribientes en aquellos antiguos tiempos, y no los torpes amanuenses con quienes él debía tratar, que apenas si eran capaces de estampar escribiendo dos letras iguales.

Tomó nota mentalmente de estudiar aquellos dos manuales indispensables para el departamento de ingeniería antes de que se designase el sucesor de Ertz. Sería una buena cosa, pensó, el no depender demasiado de los informes o declaraciones del Ingeniero Jefe cuando él llegase a la Capitanía. Narby no sentía ningún particular respeto por los ingenieros, en gran parte por su carencia de talento para la ingeniería. Cuando llegó por primera vez a la categoría de científico y se había encargado de defender el bienestar material y espiritual de la tripulación, había prestado el juramento de mantener las Enseñanzas de Jordan pero pronto descubrió que la administración y el manejo del personal no estaban en su línea de conducta más de lo que podían estarlo el servicio del Convertidor o la atención de las líneas de energía de la inmensa Nave. Había prestado servicios como amanuense, administrador de un poblado, registrador del Consejo, oficial de personal y ahora era el jefe ejecutivo del propio Capitán de la Nave desde que un infortunado y bastante misterioso accidente había acortado la vida del predecesor de

Narby en el puesto que ahora él ocupaba.

Su decisión de estudiar con atención algo de ingeniería antes de que fuese elegido el nuevo ingeniero jefe le trajo a la mente el problema de su elección. Normalmente, el oficial de servicio más antiguo para el Convertidor se convertía automáticamente en Ingeniero Jefe cuando uno de éstos hacía el Viaje, pero en aquel caso, Mort Tyler, el oficial más antiguo, había hecho el Viaje al propio tiempo que el Ingeniero Jefe, ya que su cuerpo fue encontrado frío y rígido tras el ataque de los mutantes, que habían rescatado con vida al herético Hugh Hoyland. Aquello dejaba abierta la elección en un amplio campo y Narby se sintió un tanto indeciso respecto a la sugerencia que tendría que hacerle al Capitán sobre el particular.

Una cosa era cierta: el nuevo Jefe no sería, desde luego, un hombre de iniciativa agresiva como lo había sido Ertz. Narby admitió que Ertz había hecho un buen trabajo al organizar la tripulación para la propuesta exterminación de los mutantes, pero su eficiencia, precisamente, le había convertido en un fuerte candidato a la Capitanía... cuando llegara el momento. De haberlo pensado mejor y abiertamente, como ahora lo hacía, Ertz no habría sido seleccionado para tal puesto.

Pensó que aquélla podría ser una estupenda ocasión para que el viejo Capitán entregase su espíritu a Jordan. El viejo y obeso estúpido del Capitán había sobrevivido ya demasiado a su inutilidad. Narby estaba muy cansado de tener que recibir sus órdenes de aquel enorme saco de patatas, grasiento y fofo.

Si el Consejo se encaraba con la necesidad de tener que elegir un nuevo Capitán en aquel momento, sólo habría un único candidato disponible...

Narby dejó el libro sobre la mesa y optó por una decisión definitiva.

La simple decisión de eliminar al Capitán no implicaba en la mente de Narby el menor sentimiento de vergüenza, de pecado o deslealtad. Sentía desprecio, aunque no disgusto, por el viejo Capitán, pero nada turbaba su mente en su decisión de matarle. Los planes de Narby estaban concebidos al más noble nivel de la camaradería. Creía honradamente, según él, que su objetivo era el bienestar de la totalidad de la tripulación, una administración de sentido común, de orden y de disciplina y una buena comida para todos. Y se eligió a sí mismo porque era evidente para él que era el hombre más a propósito y mejor dotado para llevar a cabo tan valiosos fines. Aquello comportaría seguramente que alguien tuviese que hacer el Viaje prematuramente, pero los grandes intereses de sus planes no podían dar importancia a algo tan baladí.

* * *

–¿Qué diablos está usted haciendo en mi despacho?

Narby levantó los ojos para ver ante sí al desaparecido Bill Ertz de pie frente a él y con cara de pocos amigos. Volvió a mirarle de nuevo y después, tras haberlo pensado mejor, cerró la boca. Había estado tan seguro de que Ertz no reaparecería tras el asalto de los mutantes y de que había hecho el Viaje, habiendo sido despedazado y comido hasta los huesos, que apenas si podía dar crédito a sus propios ojos al verle allí vivo y agresivo como siempre. Pero prefirió replegarse sobre sí mismo y callar. En lugar de dar alguna razón se apresuró a decir a Ertz:

–¡Bill! Jordan le bendiga, hombre... Pensamos que había hecho el Viaje... Siéntese, siéntese y dígame qué es lo que le ha ocurrido.

–Me sentaré cuando se quite de ese sillón –le respondió Ertz irritado.

–¡Oh! Lo lamento. –Y Narby se apresuró a levantarse del sillón del Ingeniero Jefe y a encontrar otra silla.

–Y ahora –continuó Ertz, tomando el asiento que había dejado Narby– podría usted empezar a explicarme por qué estaba metiendo sus narices en mis escritos.

Narby se las arregló para aparecer ofendido.

–¿No resulta obvio? Presumimos que estaba muerto. Alguien tenía que hacerse cargo y atender su departamento hasta que se designase un nuevo Jefe. Estaba actuando en nombre del Capitán.

Ertz le miró directamente a los ojos.

–No me cuente usted historias, Narby. Usted y yo sabemos quién pone las palabras en boca del Capitán... Lo hemos planeado con bastante frecuencia. Aun en el caso de que usted creyera que yo estaba muerto, me parece que ha podido esperar un poco más entre dos sueños para venir a sentarse en mi sillón.

–Bueno..., es sabido que cuando una persona se pierde tras un asalto de los mutantes, es una presunción de sentido común el decidir que ha hecho el Viaje.

–Está bien, está bien, dejemos eso. ¿Por qué no ha sido Mort Tyler el que se haya hecho cargo mientras tanto?

–Está en el Convertidor.

–Muerto, ¿eh? Pero ¿quién ordenó que se le pusiera en el Convertidor? Semejante masa pudo haber tenido como consecuencia una terrible sobre–carga atómica.

–Lo hice yo, en el lugar de Hugh Hoyland. Sus masas eran casi iguales y su requisitoria para la masa de Hugh Hoyland estaba sin determinar.

–De todas formas, ha sido un disparate manejar el Convertidor. Tendrá que comprobarlo. –Y se dispuso a levantarse.

–Vamos, no se excite –dijo Narby–. No soy un completo ignorante en ingeniería, ya lo sabe. Ordené que su masa fuese arrojada de acuerdo con la misma programación que usted había dispuesto para Hugh Hoyland.

–Bien..., está bien. Por ahora, que pase. Pero tengo que comprobarlo, de todas formas. No podemos permitirnos el lujo de perder masa.

–Y hablando de pérdida de masa –dijo Narby con su mejor sonrisa–, he encontrado un par de libros Innecesarios en su mesa.

–¿Y bien?

–Están clasificados como materia disponible para crear energía, ya lo sabe.

–¿Ah, sí? ¿Y quién es el encargado custodio para utilizar la masa en energía?

–Usted, ciertamente. Pero ¿qué estaban haciendo esos libros en su despacho?

–Déjeme decirle, mi estimado niño mimado del Capitán, que la elección de la masa para convertirla en energía es algo que radica en mi absoluta competencia y de nadie más.

–¡Hum!... Supongo que tiene razón. Y a propósito, si no los necesita ahora para su programación energética como masa, ¿le importaría dejármelos para que los lea?

–En absoluto, si se muestra razonable al respecto. Los registraré a su nombre y, habiéndolo hecho, ya pueden considerarse como centrifugados. Sólo tiene que mostrarse discreto al respecto.

–¡Ah, gracias! Algunos de estos antepasados tenían una imaginación vívida realmente. Completamente loca, por supuesto; pero divertida para relajarse.

Ertz tomó los dos libros y preparó un recibo para que Narby lo firmase. Lo hizo como ausente, mecánicamente, preocupado con el problema de cómo y dónde hacerse con Narby. Phineas Narby era un hombre clave en su propósito y en la tarea que tanto él como sus hermanos de sangre se habían propuesto llevar a cabo..., tal vez *el único hombre* clave. Si pudiese vencerlo...

–Narby –dijo Ertz cuando el interpelado hubo firmado el recibo–. Me pregunto si hemos seguido la política más prudente en el caso de Hoyland.

Narby pareció sorprendido, pero no dijo nada.

–Bueno, no quiero decir que tenga algo que decir en su favor –añadió Ertz vivamente, pero me parece que hemos perdido una oportunidad. Tuvimos que haberle engañado hace tiempo. Era un contacto con los mutantes. La peor desventaja con que trabajamos al intentar poner la región de los mutantes bajo el gobierno del Consejo es el hecho de que sabemos muy poca cosa de ellos. Ignoramos cuántos existen, ni de qué fuerzas disponen, o cómo se hallan de bien organizados. Además de esto, tendremos que llevar el combate y la lucha hacia ellos, lo que es una gran desventaja. En realidad no sabemos nada de lo que ocurre en los altos niveles. Si hubiésemos manejado bien a Hoyland y pretendido creer en su historia, habríamos podido aprender muchas cosas.

–Pero no podíamos confiar en lo que nos dijo –hizo resaltar Narby.

–No había necesidad de hacerlo. Nos ofreció una oportunidad de llegar hasta donde no hay peso y mirar desde allí.

Narby parecía asombrado.

–No hablará usted en serio. Un miembro de la tripulación que hubiese confiado en la promesa de los mutantes y hubiera conseguido llegar a la zona donde no existe el peso de los cuerpos habría hecho el Viaje... ¡rápido!

–No estoy muy seguro de eso –objetó Ertz–. Hoyland creía en su propio relato..., de eso estoy seguro. Y...

–¡Qué! Todo ese absurdo respecto a la Nave capaz de *moverse*... Esta sólida Nave... –Y dio un golpe en el mamparo más próximo–. Nadie hubiera podido creerlo.

–Pero le estoy diciendo que él lo hizo. Era un fanático religioso, concedido. Pero vio algo allá arriba, y así fue cómo lo interpretó. Nosotros podríamos haber subido para ver por nosotros mismos, cualquiera que fuese el motivo, y haber aprovechado la oportunidad para explorar a fondo la zona de los mutantes.

–¡Eso es una colosal tontería sin sentido!

–Pues yo no lo creo. Tuvo que haber tenido una gran influencia con los mutantes; no tiene más que fijarse en la que han organizado para rescatarlo. Si dijo que podía darnos un salvoconducto hasta llegar hasta donde no hay peso, creo que en realidad puede hacerlo.

–¿Y a qué viene ese súbito cambio de opinión?

–Ha sido precisamente ese asalto de los mutantes lo que me ha hecho cambiar de idea. Si alguien me hubiera dicho que un grupo de mutantes se hubiera abierto paso hasta aquí abajo y se hubiera jugado el cuello para salvar la vida de un hombre, no lo habría creído, desde luego. Pero así ha ocurrido. Me veo forzado a revisar mis opiniones.

Completamente aparte de esa historia, es evidente que los mutantes lucharán por él y probablemente reciben órdenes suyas. Si eso es cierto, valdría la pena de haber halagado sus convicciones religiosas si con eso se nos hubiera dado la oportunidad de obtener el control sobre los mutantes sin necesidad de haber luchado por ello.

Narby se encogió de hombros.

–Teóricamente puede que tenga usted alguna razón. Pero para qué perder el tiempo en esas tonterías. Si hubo tal oportunidad, la perdimos, y eso es todo.

–Tal vez no. Hoyland está vivo todavía y volverá con los mutantes. Si pudiese descubrir la forma de enviarle un mensaje, todavía podríamos arreglar la cuestión.

–¿Y cómo podría hacerlo?

–No lo sé con exactitud. Podría necesitar la compañía de un par de muchachos y subir por la Nave durante algún trecho. Si pudiéramos capturar un mutante, sin matarlo, creo que la cosa iría a pedir de boca.

–Una difícil oportunidad...

–Quiero arriesgarlo todo, sin embargo.

Narby consideró mentalmente la cuestión. La totalidad de aquel plan parecía llena de grandes oportunidades de una parte, y de locas presunciones, de otra. Si, no obstante, Ertz deseaba jugárselo todo y *daba* resultado, la más acariciada ambición de Narby podría hallarse mucho más cerca de su realización. Someter y reducir a los mutantes sería una tarea larga y sangrienta, tal vez algo imposible. Narby tenía una clara idea de sus enormes dificultades.

Si no daba resultado, no se perdería nada... excepto Ertz. Y ahora que lo pensaba, Ertz no seria ninguna pérdida en sus propósitos.

–Adelante –dijo–. Es usted un valiente y la aventura creo que vale la pena.

–De acuerdo –convino Ertz–. Buena comida.

Narby captó la indirecta.

–Buena comida –repuso, reunió los libros y se marchó. No se le ocurrió, sino hasta mucho más tarde, que Ertz no le había dicho una palabra respecto a dónde había estado tanto tiempo fuera

A su vez, Ertz se había percatado claramente de que Narby no había sido enteramente franco con él; pero, conociendo a Narby, aquello nada tenía de sorprendente. Le gustó

bastante que su extemporánea exposición de los hechos a realizar en el futuro hubiese sido tan bien recibida. Nunca se le ocurrió pensar que hubiese sido mucho más simple y más efectivo decir la verdad. Ertz se dio prisa durante algún tiempo haciendo una inspección de rutina en el Convertidor y designó un oficial de guardia de servicio. Satisfecho de que su departamento podía marchar bien durante una futura ausencia, envió a buscar a. su jefe de porteadores, ordenándole al sirviente que fuese a buscar a Man Mahoney y lo trajese desde su poblado. Había considerado la idea de ir en su litera encontrarse con él a medio camino, pero después comprendió que aquello resultaba demasiado peligroso. Alan le saludó con un claro entusiasmo. Para un cadete todavía soltero y actuando para hombre de categoría de la Nave cuando los de su misma edad eran cabezas de familia y hombres ya asentados y propietarios, el conocimiento de ser hermano de sangre de un científico de edad le resultaba la cosa más importante que jamás le hubiera ocurrido, algo que sobrepasaba sus más recientes aventuras, cuyo significado, por lo demás, difícilmente llegaba a comprender de todas formas.

Ertz procuró abreviar el entusiasmo de Mahoney y se dio prisa para cerrar la puerta que daba a la oficina exterior de ingeniería.

–Las paredes tienen oídos –le dijo con calma–y ciertamente son los empleados quienes los tienen y lenguas para hablar. ¿Quieres que tengamos los dos que hacer el Viaje antes de tiempo?

–¡Ah, Bill, caramba !... No quería...

–No importa. Te encontraré en el mismo tramo de escalera que bajamos a diez cubiertas por encima de ésta. ¿Puedes contarlas?

–Seguro que puedo contar tanto. Uno y uno son dos, y uno más tres, y uno más hacen cuatro, y uno más cinco, y...

–Eso es suficiente. Ya veo que puedes. Pero voy a confiar más en tu lealtad y en tu cuchillo que en tu capacidad para las matemáticas. Encuéntrate conmigo allí tan pronto como puedas. Sube por alguna parte en donde nadie pueda darse cuenta.

* * *

Cuarenta y Uno, estaba todavía de guardia, cuando llegaron a la cita. Ertz le llamó por su nombre, mientras permanecía fuera del alcance de su honda o el de su cuchillo; una razonable precaución al tratar con una criatura que había crecido hasta hacerse un hombre por la rapidez en utilizar sus armas. Una vez que se hubo establecido la identificación, dio instrucciones a la guardia para buscar a Hugh Hoyland. El y Alan se sentaron a esperar.

Cuarenta y Uno falló en su intento de encontrar a Hoyland en el apartamiento de Joe–Jim.

Tampoco Joe-Jim estaba allí. Encontró a Bobo; pero el enano le sirvió de bien poco Hugh, según le dijo Bobo, se había ido arriba–donde–todo–el–mundo–vuela. Aquello tenía muy poco significado para Cuarenta y Uno; él sólo había estado una vez en su vida.

Puesto que el nivel de la ingravidez se extendía a toda la anchura de la Nave, siendo de hecho, el último cilindro concéntrico existente alrededor del eje de la Nave –aunque Cuarenta y Uno no pudiese concebir tales términos–, la información de que Hugh se había dirigido hacia donde no había peso, le sirvió de poca ayuda.

Cuarenta y Uno se encontró embrollado. Una orden procedente de Joe-Jim no era para ser ignorada y tenía todavía que meterse en su mente tan poco brillante que otra orden que procediese de Ertz, tendría el mismo peso. Entonces, volvió a despertar a Bobo.

–¿Dónde está Dos Sabias Cabezas?

–Ir a la cuchillería –repuso el enano volviendo a cerrar los ojos

Aquello estaba mejor. Cuarenta y Uno sabía dónde vivía la que hacía los cuchillos. Todos los mutantes tenían tratos con ella puesto que era indispensable como artesana y como comerciante en la zona de los mutantes. Su persona era necesariamente tabú; su taller de trabajo y sus habitaciones adyacentes, eran territorio neutral para todos. Se dio prisa a dos niveles más arriba hasta llegar al lugar de destino.

Una puerta en donde se leía: LABORATORIO TERMODINAMICO: PRECAUCION, estaba abierta de par en par. Cuarenta y Uno no sabía leer, ni aquel nombre o sus implicaciones, le hubieran producido el menor efecto. Pero oyó voces, una de las cuales la identificó como perteneciente a los mellizos y la otra, de la cuchillera. Entró.

–Jefe... –comenzó a decir.

–Calla –ordenó Joe. Jim no se volvió a mirarle, sino que continuó su discusión con la Madre de las Hojas.

–Tú harás cuchillos –le estaba diciendo– pero ninguno de los que sabes hacer hasta ahora.

Ella estaba de cara a él, con sus cuatro manos encallecidas puestas firmemente en sus caderas. Sus ojos aparecían enrojecidos de su proximidad al horno en donde fundía el metal, y el sudor le corría por su faz arrugada hasta el bigote gris que desfiguraba su labio superior, cayendo después por el pecho, liso y desnudo.

–Seguro que haré cuchillos –restalló la artesana–. Cuchillos hechos a conciencia. Pero no esa clase de cuchillos largos como bastones que me estás diciendo. ¡Cuchillos largos como el brazo...! ¡Fuff! –y escupió en el borde al rojo cereza del horno.

–Escucha, viejo tormento de la tripulación –le replicó Jim con tono de pocos amigos–

harás esos cuchillos en la forma en que te he dicho, o te aseguro que te quemaré los pies en tu propio horno. ¿Me entiendes?

Cuarenta y Uno se quedó sin habla. Nadie *jamás* había contestado así a la Madre de las Hojas; ¡el Jefe era ciertamente un hombre de gran poder!

La cuchillera pareció asustarse un tanto.

–Pero ésa no es la *forma* de hacer cuchillos –se quejó con rabia–. No podrán manejarse bien balanceados con la mano. Te lo demostraré.

Tomó cuatro cuchillos del banco de trabajo y con una de sus cuatro manos, lanzó una diana al aire a cierta distancia de donde se encontraba. Simultáneamente, sus cuatro manos lanzaron cada una un cuchillo, y los cuatro fueron a clavarse en el objetivo formando una cruz.

–¿Estás viendo? Eso nunca podrías hacerlo con un cuchillo tan largo. Daría vueltas y no iría en derecho al blanco.

–Jefe... –insistió de nuevo Cuarenta y Uno. Joe-Jim, le propinó un coscorrón, sin molestarse en mirarle.

–Comprendo lo que quieres decir –dijo Jim a la cuchillera– pero esos cuchillos no los quiero para arrojarlos. Los necesitamos para que corten y apuñalen de cerca. Haz lo que te hemos ordenado y rápido. Quiero ver el primero antes de que comas de nuevo.

La vieja se mordió el labio inferior.

–¿Cobraré como siempre? –dijo preocupada y recelosa.

–Te prometemos que sí, como siempre –le aseguró Joe-Jim por boca de Jim–. Un diezmo por cada muerte hasta que se te paguen todas las hojas... y buena comida por todo el tiempo que trabajes.

La vieja mutante se encogió de hombros.

–De acuerdo –gruñó. Se volvió para meter en el horno una hoja metálica, con sus dos manos izquierdas y siguió su faena. Joe-Jim se volvió hacia Cuarenta y Uno.

* * *

–¿Qué pasa?

–Jefe, Ertz me envía a buscar a Hugh.

–Bien, ¿y por qué no lo has hecho?

–No puedo encontrarlo. Bobo dice que ha ido a donde no hay peso.

–Bueno, vete a buscarlo allá. No, no podrás encontrarlo. Iré yo mismo. Vuelve y dile a Ertz que espere.

Cuarenta y Uno se dio prisa a cumplir las órdenes del Jefe.

–Ahora ya nos tiene convertidos en vagabundos –comentó Jim sordamente–. ¿Cómo te sientes siendo un hermano de sangre?

–Te acostumbrarás pronto a esto.

–¿Sí? El juramento de la sangre fue idea tuya.

–Maldita sea, ya sabes por qué lo hice. Ellos lo tomaron en serio. Y vamos a tener que necesitar toda su ayuda, si queremos salir de todo esto con la piel completa.

–Ah, vamos! Entonces, ¿tú no lo has tomado en serio?

–¿Lo tomaste tú?

Jim sonrió cínicamente.

–Tan seriamente como tú, mi querido y solapado hermano. Tal y como están ahora las cosas, es mucho más sano para ti y para mí seguir con el compromiso hasta donde nos convenga. «Todos para uno y uno para todos.»

–Ya has estado leyendo de nuevo a Dumas.

–¿Y por qué no?

–Está bien. Pero no te comportes como un condenado estúpido en este asunto.

–No lo haré, descuida. Sé muy bien qué borde del cuchillo es el que corta.

Joe-Jim encontró a Rechoncho y al Cerdo durmiendo al exterior de la puerta que daba acceso a la Sala de Control. Aquello le indicó claramente que Hugh debía estar en el interior, ya que los dos mutantes eran la guardia personal asignada para Hoyland. Era una conclusión decidida de antemano, de todas formas; si Hugh había subido hasta donde no había peso en los cuerpos, tenía que dirigirse o a la Propulsión Principal o a la Sala de Control y más probablemente a esta última. Aquel lugar ejercía una tremenda fascinación para Hugh. Desde que la primera vez en que Joe-Jim tuvo que arrastrarle literalmente a su interior y forzarle a ver con sus propios ojos que la Nave no constituía todo el mundo,

sino sencillamente una nave del espacio que se deslizaba por un mundo mucho más amplio –una nave que podía ser dirigida, impulsada y *movida*–, y después, cuando siguió el período en que Hugh Hoyland era sólo un esclavo capturado por Joe-Jim, siempre parecía obsesionado con la idea de mover la Nave de sentarse a sus controles y de hacerla *marchar*.

Aquello significaba mucho más para él de lo que hubiese podido serlo para un piloto espacial en la Tierra Desde la época en que un cohete dio el primer salto de la Tierra a la Luna, el piloto del espacio había sido el héroe típico e ideal, a quien todo muchacho deseaba emular. Pero la ambición de Hugh no era de tan pequeño calibre... él deseaba poner en marcha a *su* mundo. Para las formas de pensar del hombre en la Tierra y sus conceptos normales, aquello habría sido menos ambicioso que soñar con equipar al Sol de un cinturón de cohetes reactores y lanzarlo a dar vueltas por la Galaxia.

El joven Arquímedes tenía su palanca; Hoyland buscaba el punto de apoyo.

* * *

Joe-Jim se detuvo en la puerta del gran estala–rio plateado que, en forma de globo, constituía la Sala de Control y oteó por ella. No pudo ver a Hugh; pero tenía la certeza de que debía estar en los controles y sentado en el sillón del astronavegante jefe ya que las luces estaban siendo manipuladas. Las imágenes de las estrellas aparecían esparcidas sobre la inmensa superficie de la esfera produciendo un simulacro de los cielos existentes al exterior de la Nave. La ilusión no resultaba del todo convincente desde la puerta en que permanecía Joe-Jim, pero desde el centro de la esfera, sería completa.

Un sector tras otro, iba apareciendo y siendo explorado, conforme Hugh manipulaba los controles desde el centro de la esfera. Un sector había sido dejado estático y brillante en el lado lejano de la parte frontal. Aparecía marcado y destacado por un orbe ancho y brillante, muchas veces mayor que sus compañeros. Joe-Jim cesó de observar des de lejos y llegó hasta los mismos controles.

–¡Hugh! –gritó Jim.

–¿Quién está ahí? –preguntó Hugh inclinando la cabeza desde su sillón de control–. Ah, eres tú. ¡Hola!

–Ertz quiere verte. Vámonos de aquí. Está bien. Pero primero, ven aquí. Quiero mostrarte algo.

–Al cuerno con él –dijo Joe a su hermano. Pero Jim, repuso–.: Oh, ven y veamos de qué se trata. No nos llevará mucho tiempo.

Los mellizos subieron hasta la estación de control y tomaron asiento en el sillón anexo al

de Hugh.

–¿De qué se trata?

–Esa estrella de ahí –dijo Hugh apuntando a la brillante–. Ha crecido mucho de tamaño desde la última vez que estuve aquí.

–¿Eh? Oh, sí, pues es cierto. Pero ha ido creciendo de tamaño desde hace mucho tiempo. Seguramente no te darías cuenta al principio.

–Entonces, es que nos estamos aproximando a ella...

–Por supuesto –convino Joe–. Eso ya lo sabíamos. Eso es lo que demuestra precisamente que la Nave se mueve.

–Pero ¿por qué no me dijisteis nada respecto al particular?

–A esa estrella. En la forma de por qué crece y crece de tamaño.

–¿Y qué diferencia establece?

–¡Qué diferencia establece! ¡Vaya, por el buen Jordan, hombre... ahí está todo. Es el lugar a donde nos dirigimos! ¡*Es el Fin del Viaje!*

Joe-Jim –los dos, en aquella ocasión– se quedaron momentáneamente perplejos. No importándoles nada, ni teniendo particular interés en ningún objetivo, aparte de su particular comodidad y seguridad personal, le resultaba difícil comprobar que Hugh y tal vez Ertz igualmente, se aferraban al principal objetivo de recapturar los perdidos deseos de los antepasados con objeto de completar el ya olvidado, y casi mítico, Viaje a la Lejana Centauro.

Jim se recobró el primero.

–Hum... puede ser. ¿Qué te hace pensar que esa estrella es la Lejana del Centauro?

–Tal vez no lo sea. No me importa. Pero es la estrella de la que estamos más próximos y nos dirigimos hacia ella. Cuando ignoramos cuál pueda ser una de tantas estrellas, cualquiera es tan buena como la otra. Joe–Jim, los viejos tuvieron que haber dispuesto de alguna forma de explicarnos el lugar de las estrellas.

–Seguro que la tenían –confirmó Joe–, pero ¿qué? Ya has elegido a la que quieres ir. Vamos. Quiero que vuelvas abajo.

–De acuerdo –convino Hugh en contra de su gusto. Y comenzaron su largo viaje hacia abajo por la Nave.

* * *

Ertz resumió en pocas palabras a Joe-Jim y a Hugh la entrevista que había tenido con Narby.

–Y ahora, mi idea de continuar en nuestros planes es la siguiente –continuó Ertz–. Enviaré a Alan de vuelta hasta la zona del peso de los cuerpos con un mensaje para Narby, diciéndole que estoy en condiciones de entrar en contacto contigo, Hugh, y urgiéndole a que se reúna con nosotros en alguna parte por encima de la zona de la tripulación para que oiga lo que he descubierto.

–¿Y por qué no vas sencillamente abajo y te lo traes por ti mismo? –objetó Hugh.

Ertz parecía ligeramente irritado.

–Porque *tú* ensayaste ese método *conmigo*... y no dio resultado. Tú volviste de la zona de los mutantes y me contaste las maravillas que habías visto. Yo no te creí y te inculpé de herejía. Si Joe-Jim no te hubiera rescatado, ya habrías ido de cabeza al Convertidor. Si no me hubieras forzado a subir a la zona de ingravidez y obligado a ver con mis propios ojos la realidad, jamás habría podido creerte. Y te aseguro que hacer lo mismo con Narby no será tan fácil. Quiero que venga aquí, después, mostrarle las estrellas y hacerle que vea, por las buenas si podemos, o por la fuerza si es preciso, lo que ya sabemos nosotros.

–No acabo de comprenderlo bien –dijo Jim–. ¿Por qué no sería más sencillo cortarle el cuello?

–Sería desde luego un placer. Pero no sería inteligente el hacerlo. Narby puede ser una tremenda ayuda para todos nosotros, Jim, si tú supieras de la Organización de la Nave en la forma en que yo la conozco, verías claramente el porqué. Narby tiene sólo más peso en el Consejo que cualquier otro oficial de la Nave y habla por boca del Capitán. Si nos hacemos con él, no precisaría ninguna lucha en absoluto para cumplir nuestros planes. Y si no... bien, no estoy seguro de lo que pasará, sobre todo si tenemos que luchar.

–No creo que suba. Sospechará que es una trampa.

–Lo que es otra buena razón para que Alan tenga que ir más bien que yo. Me haría una embarazosa cantidad de preguntas y ni que decir tiene que pondría en duda las respuestas. Alan sería distinto

–Ertz se volvió hacia Alan Mahoney y continuó

–:Alan, tú no sabes nada cuando te pregunte, sino únicamente lo que voy a decirte. ¿Comprendido?

–Claro que sí. Yo no sé nada. No he visto nada, ni he oído nada –y con una franca simplicidad, añadió–: La verdad es que nunca supe mucho.

–Bien. Tú nunca has visto a Joe–Jim, ni has oído hablar de las estrellas. Tú eres solamente un mensajero mío, un cuchillo que he tomado para que me ayude. Y ahora, he aquí lo que tienes que decirle –y le dijo el mensaje que tenía que dar a Narby, resumido en unos términos simples, aunque provocativos, teniendo la seguridad de que el campesino repetiría rectamente–. De acuerdo, muchacho. ¡En camino! Buena comida.

Alan dio una palmada a la empuñadura de su cuchillo y contestó:

–¡Buena comida!

Y se alejó a toda prisa.

* * *

No era posible para un campesino, llegar inmediatamente a presencia de un ejecutivo del Capitán... y Alan pronto descubrió la realidad de que así era. Fue detenido en su marcha por el jefe de la guardia de servicio al exterior de la oficina de Narby, un tanto embrollado por su insistencia en entrar y siendo aburrido bastante por un antipático y desagradable asistente que tomó su nombre y le dijo que volviese a su poblado y esperase a que se le avisara. Alan se mantuvo en su postura insistente y volvió a repetir una y otra vez que llevaba un mensaje de la mayor importancia del Ingeniero Jefe para el Comandante Narby. El escribiente le miró enojado y le dijo:

–Dame ese escrito.

–No hay nada escrito.

–¿Qué? Eso es ridículo. Siempre tiene que haber algo escrito, son las Reglas.

–No tuvo tiempo de poner nada por escrito. Me dio un mensaje de palabra.

–¿Y cuál es?

Alan sacudió la cabeza negativamente.

–Es algo privado y sólo para el Comandante Narby. Son las órdenes que me han dado.

El escribiente parecía ya fuera de sí, exasperado.

Pero hallándose en período de prueba, entrevió la satisfacción de dirigir una inmediata aplicación de la disciplina a un paleto recalcitrante en favor de una marcha más segura en

su ascenso dentro de la organización de la Nave. Y pasó el recado a su jefe de oficina.

El jefe del despacho fue breve.

–Dame a mí ese mensaje.

Alan luchó consigo mismo para hablar a un científico en una forma. que jamás había empleado en su vida.

–Señor, todo lo que pido es que le diga al Comandante Narby que tengo un mensaje para él del Ingeniero Jefe Ertz. Si el mensaje no es entregado, ¡no seré el único que vaya al Convertidor!

El oficial pareció pensarlo mejor, se mordió el labio inferior y decidió correrse el riesgo de molestar a su superior.

Alan entregó su mensaje a Narby en voz baja, de forma que nadie pudiera oírle desde la puerta más próxima. Narby se le quedó mirando fijamente.

–¿Dices que Ertz quiere que *yo* vaya *contigo* y que suba hasta la zona de los mutantes?

–No todo el camino que hay hasta donde viven los mutantes, señor. Hasta un punto a medias, donde Hugh Hoyland pueda entrevistarse con usted.

–Pero eso es absurdo! –exclamó en voz alta–. Enviaré una escuadra de cuchillos para hacerle que venga a verme.

Alan expresó el resto del mensaje. Esta vez elevó la voz cuidadosamente para que el ordenanza o posiblemente otras personas pudieran oír sus palabras.

–Ertz dijo que si usted tenía *miedo* de ir, que olvidase el asunto por completo. Llevará la cuestión por sí mismo al propio Consejo.

Alan, a partir de aquel momento, le debía la vida al hecho de que Narby era la especie de hombre que vivía por la astucia más bien que por la fuerza directa. El cuchillo de Narby estaba en su cinto; Alan se hallaba dolorosamente advertido de que el suyo había tenido que quedarse en poder del oficial de guardia en el exterior, antes de entrar a la oficina.

Narby controló muy bien su expresión. Era demasiado inteligente para atribuir el insulto al patán que tenía ante él, aunque se prometió dedicarle alguna pequeña atención, a su debido tiempo, al rústico campesino que tenía frente a sí en aquel momento. La curiosidad, el amor propio y la potencial pérdida de valor, todo ello mezclado, se reunió en su decisión final.

–Iré contigo –dijo de una forma salvaje–. Quiero saber de Ertz si has dado su mensaje en

debida forma.

Narby consideró la idea de llevarse con él una guardia adecuada para que le acompañase; pero descartó la idea. No solamente se haría demasiado público aquel asunto, antes de que se tuviera la oportunidad de juzgarlo en sus aspectos políticos sino que también perdería mucho de su prestigio al rehusar sencillamente en acudir a la cita con el Ingeniero Jefe. Pero requirió de Alan, nerviosamente, cuando le fue entregada el arma en la puerta:

–¿Eres un buen cuchillo?

–No hay ninguno mejor –repuso Alan alegremente.

Narby esperó que aquel individuo no fuese simplemente un fanfarrón. Los mutantes... Narby deseó en aquel momento haber dedicado últimamente más tiempo a adiestrarse en el arte de la lucha.

Narby fue gradualmente conquistando su compostura, a medida que seguía a Alan hacia arriba, y en dirección a la zona de pérdida de peso de los cuerpos. En primer lugar, no ocurrió nada; una total ausencia de alarmas. Y en segundo término, Alan se mostró como un competente explorador que sabía moverse, siempre alerta, sin hacer el menor ruido y sin entrar jamás en un nivel antes de detenerse a otear el entorno, pasando su cuerpo antes que su mirada. Narby habría estado seguramente más nervioso de lo que estaba, de haberse dado cuenta o de haber oído lo que Alan oía; insignificantes ruidos procedentes de las profundidades de aquellos oscuros pasadizos de la Nave en los altos niveles, suaves murmullos que le aseguraban de que iba flanqueado por ambos lados. Aquello le preocupó subconscientemente, aunque había esperado algo parecido, sabía que Hugh y Joe-Jim eran cuidadosos capitanes que no descuidarían la cobertura de su aproximación o de la de cualquier otra persona, normal o mutante en sus proximidades.

Cuando se aproximó al lugar de la cita a unas veinte cubiertas por encima del nivel civilizado, se detuvo y silbó. Otro silbido le respondió a su vez.

–¡Soy Alan! –llamó.

–Sal y muéstrate. Alan lo hizo, sin descuidar su habitual precaución. Cuando no vio sino a sus amigos, Ertz, Joe-Jim y Bobo hizo una señal a Narby para que le siguiera.

La vista de Joe-Jim y de Bobo trastornó la restaurada calma de Narby con la súbita sensación de haber sido atrapado en una celada. Echó mano a su cuchillo y se echó hacia atrás torpemente buscando la escalera de retorno. El cuchillo de Bobo estuvo dispuesto al instante. Por una fracción de segundo, el arma se balanceó en su mano, dispuesto a arrojarlo contra Narby. Pero Joe–Jim, con un súbito reflejo, abofeteó a Bobo en la cara y le arrebató el cuchillo, dejándole rodar por la cubierta y quitándole a renglón seguido la

honda, que tan bien sabía manejar.

Narby caía en pleno vuelo hacia abajo, mientras que Hugh y Ertz le gritaban desde arriba.

–¡Tráelo, Bobo! –le ordenó Joe-Jim y no le hagas ningún daño.

Bobo se precipitó de cabeza tras Narby. A poco, estaba de vuelta.

–Yo correr ligero –comentó el enano.

Dejó caer a Narby en la cubierta, donde el oficial permaneció unos momentos hasta recuperar el aliento. Bobo sacó el cuchillo de Narby de su cinturón y ensayó el filo afeitándose la ruda pelambrera de su brazo izquierdo.

–Buena hoja –aprobó.

–Devuélvesela –le ordenó Jim. Bobo se mostró profundamente perplejo ante aquella orden de su amo; pero se apresuró a cumplir la orden recibida. Joe–Jim, devolvió a Bobo sus propias armas.

* * *

Narby recuperó sus armas con un aire forzado de suprema dignidad.

–Mire –comenzó a decir Ertz con tono preocupado–. Lamento que esto haya tenido que suceder así, Fin. Bobo no es mala persona. Era el único que podía hacer que usted volviera con nosotros.

Narby luchó consigo mismo, para volver a ganar su fría autodisciplina con la que habitualmente solía enfrentarse con el mundo. « ¡Maldita sea! –se dijo a sí mismo– esta situación es absurda.»

–Bien –dijo al fin–. Olvídelo. Estaba esperando encontrarme con usted, lo que no esperaba era este puñado de mutantes armados. Tiene usted mal gusto en elegir a sus amigos, Ertz.

–Lo siento –replicó Ertz–. Imagino que debería haberle advertido... como requiere una mendaz diplomacia. Pero ha sido preciso. A Bobo ya le conoce. Este es Joe–Jim. El es... una especie de oficial de la Nave entre los mutantes.

–Buena comida –saludó Joe cortésmente.

–Buena comida –replicó Narby de una forma mecánica.

–A Hugh ya le conoce, supongo –Narby hizo un gesto afirmativo.

Siguió una pausa embarazosa. Narby se encargó de romperla.

–Bien –dijo–, habrán tenido ustedes una buena razón para hacerme subir hasta aquí. ¿O sólo era para jugar alguna partida?

–Ha sido cosa mía –repuso Ertz–. ¡Cuernos! Yo... apenas sé por dónde comenzar. Mire, Narby, usted no creerá esto, pero lo he *visto.* Todo lo que Hugh nos contó era absolutamente cierto. He estado en la Sala de Control. He visto las estrellas.

Narby se le quedó mirando fijamente.

–Ertz –repuso lentamente–. Tiene usted que haber perdido el juicio totalmente.

Hugh Hoyland comenzó a hablar excitado.

Eso es porque usted no lo ha *visto.* Se mueve, se lo aseguro. La Nave se *mueve* como un...

–Yo arreglaré esto –interrumpió Ertz–. Escúcheme con atención, Narby. Lo que todo esto significa, pronto lo decidirá usted mismo; pero le diré lo que he visto. Estos amigos me llevaron casi a la fuerza hasta la zona de la ingravidez y hasta la galería del Capitán. Es un compartimento con muros de cristal. Usted puede mirar a su gusto hacia el exterior y al espacio vacío y es grande... mucho más grande de lo que nadie se puede imaginar. Más grande que la Nave. Y hay luces al exterior, estrellas, precisamente lo que afirmaban los viejos mitos que todos hemos despreciado.

Narby aparecía perplejo y disgustado al mismo tiempo.

–¿Dónde está su lógica, hombre? Pensé que era usted un científico. ¿Qué quiere decir con eso de que es «más grande que la Nave»? Eso es un completo absurdo, una contradicción de términos. Por definición, la Nave es la Nave. Todo lo demás forma parte de ella.

Ertz se encogió de hombros ante semejante fanatismo.

–Sé que usted lo cree de siempre y le resulta imposible entenderlo. No puedo explicárselo; desafía toda lógica. Es... ¡por Huff! Sabrá usted lo que quiero decirle, cuando lo haya visto.

–Procure controlarse, Ertz –le advirtió Narby–. No hable cosas carentes de sentido. Una cosa es lógica, o no lo es. Para una cosa que exista, necesita ocupar un espacio. Usted ha visto, o ha pensado ver, algo notable, fuera de lo corriente; pero sea lo que sea, no puede ser mayor que el compartimento en donde se halla encerrada. Usted no puede mostrarme nada que contradiga un evidente hecho de la propia Naturaleza.

–Le dije que no podía explicárselo.

–Naturalmente que no puede.

Los mellizos habían estado, mientras tanto, hablando entre ellos con aire de disgusto.

Dejen de parlotear –dijo Joe en voz alta–. Estamos dispuestos a ir allá. Vamos.

–Seguro que sí – convino Ertz vivamente–, vayamos allá, Narby, y lo verá usted. Vamos ahora; hay mucho que subir todavía.

–¿Qué? –preguntó asombrado Narby–. ¡Oiga, qué es esto! ¿Ir a dónde?

–Hasta la galería del Capitán; a la Sala de Control.

–¿Yo? Vamos, no sea ridículo. Yo me voy abajo inmediatamente.

–No, Narby –denegó Ertz con firmeza–. Eso es por lo que le he mandado venir. Tiene que verlo.

–Vamos, no sea tonto... no tengo necesidad de ver nada; el sentido común es suficiente respuesta. Sin embargo –continuó–, deseo felicitarle por haber tomado contacto con los mutantes y que lo haya sabido hacer de una forma amistosa. De ese modo estaremos en condiciones de hallar fórmulas de pacífica cooperación. Creo...

Joe-Jim dio un paso hacia delante.

–Está usted perdiendo el tiempo –le dijo con rudeza–. Vamos a subir y usted también. Insisto decididamente.

Narby sacudió la cabeza negativamente.

–Eso está fuera de toda cuestión. Tal vez en otra ocasión, después de que hayamos instrumentado un método de cooperación.

Hugh se aproximó a su lado, desde la otra parte.

–Parece que no comprende lo que están diciéndole. Usted va a venir *ahora.*

Narby miró al lado contrario hacia Ertz. El Ingeniero Jefe hizo un signo afirmativo.

–Así es, Narby.

Narby maldijo para su interior en silencio. ¡Gran Jordan! ¿Cómo era posible que se encontrase en semejante posición? Tuvo la clara impresión de que aquella monstruosidad

de dos cabezas deseaba más bien que opusiera resistencia. Era una situación absurda, imposible... Volvió a maldecir para sus adentros; pero se rindió ante lo imposible, procurando hacerlo de la forma más graciosa posible.

–Ah, bien! Mejor que ser causa de una disputa, iré ahora con ustedes. Sigamos adelante. ¿Por qué camino?

–Venga junto a mí –le advirtió Ertz.

Joe-Jim emitió un agudo silbido en una forma especial. Los mutantes parecían surgir de todas partes, fuera de las planchas metálicas de la cubierta, de los mamparos, por encima de sus cabezas, hasta que seis o siete engrosaron el grupo. Narby se sintió súbitamente enfermo con la completa certeza de lo lejos que había descuidado la precaución. El grupo comenzó la subida.

Les llevó bastante tiempo hasta alcanzar el nivel de la ingravidez, teniendo en cuenta que Narby estaba totalmente desacostumbrado a subir. La evidente reducción de su peso, conforme se elevaban de una cubierta a la superior inmediata, le alivió en cierta forma; pero aquella ayuda física estaba sobrepasada por los mareos que sentía en el estómago al ir desapareciendo el peso de sus sentidos. No tuvo un verdadero ataque de mareo ya que como todos los que habían nacido en la Nave, tanto mutantes como el resto de la tripulación y personal, estaba más o menos aclimatado a las pérdidas de peso; pero prácticamente no había hecho una subida de consideración desde su adolescencia, curiosa y aventurera, como la de todos los muchachos. Para cuando llegaron a la cubierta última de la Nave, se hallaba profundamente afectado y apenas si podía continuar moviéndose.

Joe-Jim envió a uno de los componentes del grupo, con la orden de que Bobo transportase a Narby. Éste hizo un gesto de asco queriendo alejarle.

–Puedo hacerlo –protestó y por testarudez y orgullo forzó a su cuerpo a seguir adelante. Joe-Jim le miró y dio una contraorden.

Para cuando tras una serie de esfuerzos y de desmayos, llegaron al mamparo transversal, más allá del cual estaba la Sala de Control, se sintió razonablemente confortado de nuevo.

No se detuvieron primero en la Sala de Control; sino que de acuerdo con el plan de Hugh, continuaron todos hacia la galería privada del Capitán, aquel prodigioso balcón que daba al Cosmos en su glorioso esplendor.

Narby se sintió asombrado por lo que vio desde allí, no sólo por las confusas explicaciones de Ertz, sino a causa del parloteo incesante de Hugh, que con un entusiasmo que parecía no tener fin, había ido charlando en términos de admiración durante toda la última parte del viaje. Hugh se sentía cálidamente amistoso hacia Narby para cuando llegaron... ¡Era tan maravilloso tener a alguien que le escuchara!

Hugh flotó atravesando la puerta, a la cabeza de los demás, ejecutó una media vuelta en pleno aire y se sujetó con una mano firmemente a uno de los brazos del sillón de mando del Capitán. Con la otra señaló a la enorme escotilla traslúcida y el firmamento estrellado que se contemplaba más allá del cristal.

Ahí está! exclamó entusiasmado–. ¡Mire eso! ¿No es maravilloso?

El rostro de Narby aparecía sin expresión alguna; pero miró largamente y con intención a aquella brillante exposición.

–Notable –concedió al fin–. Nunca había visto nada parecido.

–Notable no es la mitad de la verdadera expresión –recalcó Ertz–. La palabra es «maravilloso».

–¡De acuerdo!..., «maravilloso» –asintió Narby–. Esas pequeñas luces brillantes... ¿dicen ustedes que son las estrellas de las que hablaban nuestros antepasados?

Vaya! Pues claro está –convino Hugh, aunque sintiéndose ligeramente desconcertado sin saber por qué–. Sólo que no son pequeñas. Son enormes, cosas enormes, como la Nave. Parecen tan pequeñas, porque están a una enorme distancia. ¿Ve aquella tan brillante, aquella grande, abajo y a la izquierda? Parece grande porque está más cercana. Yo *creo* que es la Lejana Centauro... aunque no estoy seguro del todo –admitió en una explosión de sincera franqueza.

Narby le miró rápidamente y después se volvió hacia la estrella.

¿A qué distancia se encuentra?

–Pues no lo sé. Pero lo descubriré. Hay instrumentos para medir tales cosas en la Sala de Control, aunque todavía no he aprendido a manejarlos. Sin embargo, no importa. ¡Pronto llegaremos allá!

¿Eh?

–Seguro... Es el fin del Viaje.

Narby mostró una expresión neutral, en blanco; pero se abstuvo de decir nada. La suya era una mente cuidadosa y ordenada, y lógica hasta el máximo grado. Era un ejecutivo capaz y podía tomar decisiones rápidas, llegado el momento; pero por naturaleza se hallaba siempre inclinado a reservarse sus opiniones cuando era posible, hasta tomarse el tiempo preciso para digerirías bien y afirmarlas debidamente.

Se encontró aún más taciturno en la Sala de Control. Escuchó y miró; pero apenas si hizo algunas preguntas. A Hugh no pareció importarle. Aquél era su juguete, su máquina

maravillosa, su hijito. Para mostrarlo a alguien que jamás lo hubiera visto antes y quien escuchase; aquello era todo cuanto deseaba.

A una sugerencia de Ertz, el grupo se detuvo en él apartamiento de Joe-Jim de vuelta de la expedición. Narby precisaba someterse al mismo juramento de sangre y a los planes que era preciso llevar a cabo para la acción prevista, si la estratagema que les había llevado a Narby a su presencia, resultaba fructífera. Narby convino en todo, sin mostrar repugnancia ni falta de buenos deseos, pareciendo convencido de la realidad de la tregua, bajo la que había efectuado su salida, sin precedentes, hacia la zona de los mutantes. Escuchó tranquilamente y con atención lo que Ertz perfiló en detalle del plan que tenía en su mente. Continuó aparentemente en calma, hasta que Ertz hubo terminado.

–¿Y bien.– –preguntó Ertz al final, cuando el silencio se había hecho casi intolerable y casi a punto de hacer saltar los nervios de todos.

–¿Espera usted que le haga un comentario, no es así?

–Sí, por supuesto. Usted figura en todo esto

–Narby sabía muy bien que así tendría que ser; pero había estado luchando para ganar tiempo.

–Bien –dijo al fin Narby apretando los labios y juntando las yemas de los dedos–. A mí me parece que este problema, tiene que ser dividido en dos partes. Hugh Hoyland, como yo lo entiendo, su propósito de llevar adelante el viejo Plan Jordan, no puede ser realizado hasta que la totalidad de la Nave esté pacificada y bajo una ordenación adecuada; necesitará usted el orden y la disciplina para que su

de que toda la zona de la tripulación tenga acceso a la Sala de Control, se lleve a efecto. ¿Estoy en lo cierto?

–En efecto. Tenemos que tripular la Propulsión Principal y eso significa...

–Por favor... Francamente, no estoy calificado para comprender cosas que haya visto tan recientemente y no haya tenido oportunidad de estudiar. Respecto a las oportunidades de éxito en el proyecto, preferiría confiar en la opinión del Ingeniero Jefe. Su problema es más bien de segunda fase; supongo que necesariamente usted estará interesado en la primera.

–Por supuesto.

–Entonces, hablemos solamente de esa primera fase. Ello implica cuestiones de política pública y de administración... yo me siento más a mis anchas allí; seguramente mi consejo será mucho más útil. Joe–Jim, comprendo que está buscando una oportunidad para efectuar una paz entre los mutantes y los miembros de la tripulación... paz y buena

comida. ¿No es cierto?

–Eso es completamente correcto –convino Jim.

–Muy bien. Ha sido mi propósito, desde largo tiempo ha, al igual que la mayoría de los oficiales de la Nave. Francamente nunca se me ocurrió que pudiese ser logrado de forma distinta que mediante el empleo de la fuerza bruta. Nos hemos enfrentado con la perspectiva de una larga y difícil guerra sangrienta. Los registros del más viejo de los Testigos, entregado a él por sus antecesores, ponen de manifiesto lo ocurrido en la época casi mítica del Motín, pero sólo ponen de manifiesto una guerra que tuvo lugar entre los mutantes y la tripulación. Pero esto es una forma incomparablemente mejor... y estoy encantado.

Entonces, está usted con nosotros! –exclamó Ertz.

–Con firmeza... pero hay otras muchas cosas que es preciso considerar. Ertz, usted y yo sabemos, al igual que Hugh, que no todos los oficiales de la Nave estarán de acuerdo con nosotros. ¿Qué piensa usted de eso?

–Pues es una cosa muy fácil –repuso Hoyland–. Traerlos hacia donde no hay peso, uno a uno, dejar que vean las estrellas y enseñarles la verdad.

Narby sacudió la cabeza con un gesto negativo.

–Tiene usted así a la litera llevando a los porteadores. Ya le dije que el problema tiene dos fases. No hay cuestión en tratar de convencer a un hombre en algo que no cree, cuando se le necesita para estar de acuerdo en algo que pueda comprender. *Después* de que la Nave haya sido consolidada, entonces será lo bastante simple dejar que los mismos oficiales experimenten en la Sala de Control y vean las estrellas.

–Pero...

–Tiene razón –le interrumpió Ertz–. Es inútil enfocar una serie de problemas religiosos, cuando el inmediato es de tipo práctico. Hay numerosos oficiales a quien podemos conseguir se pongan de nuestro lado para el propósito de pacificar la Nave, que levantarían toda especie de desacuerdos y sospechas y si comenzamos primero a tantearles con la idea de que la Nave se *mueve*...

–Pero...

–No hay «peros» que valgan. Narby tiene razón. Es de sentido común. Narby... respecto a la cuestión ésta de esos oficiales que no puedan ser convencidos, he aquí cómo lo veo yo: en primer lugar, es problema suyo y mío atraerlos a la causa en la medida en que podamos. Y aquel que se ponga en contra nuestra... bien, el Convertidor está siempre hambriento.

Narby aprobó con un gesto, completamente indiferente frente al asesinato como política.

–Eso parece el plan más seguro. ¿No podría ser un poco menos difícil?

–Ahí es donde entra ya Joe–Jim. Tenemos los mejores cuchillos de toda la Nave que nos respaldan.

–Ya comprendo. ¿Joe-Jim es, según veo, el Jefe de todos los mutantes?

¿Quién le proporcionó semejante idea? –gruñó Joe, vejado sin saber por qué.

–Bueno, supuse... se me había dado a entender...

–Narby se detuvo. Nadie le había *dicho* que Joe-Jim fuese el rey de los altos niveles; lo había supuesto por las apariencias. De repente, se sintió inquieto. ¿Había estado –negociando inútilmente? ¿Cuál era el punto en un pacto con aquella monstruosidad de dos cabezas, si no hablaba por los mutantes?

–Tendré que poner esto más claro –dijo vivamente Ertz–. Joe–Jim, nos ayuda a establecer una nueva administración, después estaremos en condiciones de devolverle con sus cuchillos a pacificar el resto de los mutantes. Joe-Jim no es el Jefe absoluto de todos los mutantes; sino del mayor y más fuerte de los grupos. Con nuestra ayuda, pronto será el amo de todos ellos.

* * *

Narby ajustó pronto su mente a los nuevos datos. Mutantes contra mutantes, con solo una ligera ayuda de los cadetes de la tripulación, parecía una buena forma de lucha y acometer la empresa. Pensándolo bien, era mucho mejor que romper la tregua inmediatamente, ya que habría unos pocos mutantes que administrar cuando todo hubiera terminado, y muchísimas menos probabilidades de otro motín.

–Ya veo –convino–. Entonces... ¿han considerado cuál será la situación después?

Ertz vio a dónde Narby quería ir, cuando tras haber preguntado Hoyland, qué significaban aquellas palabras, Narby le repuso, si podía imaginarse al actual Capitán de la Nave llevando adelante semejantes planes. Hoyland también lo captó, aunque más vagamente.

–Continúe –dijo Ertz.

–*¿Quién tiene que ser el próximo Capitán? –di*–jo Narby a Ertz a bocajarro.

Ertz no había considerado completamente el alcance de aquella pregunta y comprobó que

la cuestión entonces, era muy pertinente, si el «golpe de estado » no era seguido por una sangrienta lucha por el poder. Él se había permitido también soñar con ser elegido Capitán... algunas veces. Pero sabía que Narby también apuntaba con más fuerza en tal dirección.

Ertz había sido románticamente sorprendido por la noción del movimiento de la Nave, al igual que Hoyland. Se dio cuenta de que su vieja ambición se interponía en el camino de la nueva situación y renunció a ella con solo un gesto de buena voluntad.

–Usted será el Capitán, Fin. ¿Desea serlo?

Phineas Narby aceptó graciosamente.

–Supongo que sí, si ésa es la forma en que lo desea. Usted también haría un buen Capitán, Ertz.

Ertz sacudió la cabeza negativamente, comprendiendo perfectamente que la total cooperación de Narby dependía de aquel punto.

–Yo continuaré como Ingeniero Jefe... Quiero manejar por mí mismo la Propulsión Principal para el Viaje.

–¡Más despacio! –interrumpió Joe–Jim–. No estoy de acuerdo con esto. ¿Por qué tendría él que ser el Capitán?

Narby se encaró con él.

–¿Quiere usted ser el Capitán? –preguntó, procurando que su voz permaneciese libre de todo sarcasmo. ¡Un mutante como Capitán!

–Por Huff..., ¡no! Pero ¿por qué tiene que ser usted? ¿Por qué no Ertz u Hoyland?

–Yo no –se apresuró a decir Hoyland, descartándose. No tengo tiempo para la administración; yo soy el Astronavegante.

–En serio, Joe-Jim –explicó Ertz–, Narby es el único en el grupo que puede obtener la necesaria cooperación de todos los oficiales de la Nave.

–¡Maldita sea! Si no quieren cooperar, les cortaremos el cuello...

–Con Narby como Capitán, no habrá necesidad de cortarle el cuello a nadie.

–No me gusta esto –refunfuñó Joe. Su hermano le rechistó de cerca–. ¿Por qué excitarse por esto, Joe? Jordan sabe que *nosotros* no queremos la responsabilidad de lo que ocurra.

–Comprendo perfectamente sus recelos –repuso Narby, con suavidad y buenas formas–; pero creo que no tendrán por qué preocuparse. Tendré que estar forzado a depender de ustedes, por supuesto, para administrar a los mutantes. Yo administraré las cubiertas bajas, como trabajo al que estoy acostumbrado, y ustedes serán el Vicecapitán, si les parece bien así, para los mutantes. Sería estúpido de mi parte intentar administrar directamente una parte de la Nave con la que no estoy familiarizado y con personas cuyas costumbres ignoro. No puedo realmente aceptar la Capitanía de la Nave a menos que ustedes quieran ayudarme en esa forma. ¿Lo harán?

–Yo no quiero mezclarme en nada de todo eso –murmuró Joe en son de protesta.

–Lo lamento. Entonces tengo que rehusar ser Capitán... no puedo realmente emprender esa tarea si ustedes rehusan ayudarme a su vez en tal medida. No puedo aceptarlo.

–¡Ah!, vamos, Joe –insistió Jim–. Hagámoslo, al menos, por una temporada. Es un trabajo que tiene que ser hecho.

–Está bien –dijo Joe capitulando–; pero no me gusta.

Narby ignoró el hecho de que Joe-Jim no habían dado específicamente su aprobación para su elevación a la Capitanía, ni volvió a hacerse ulterior mención del asunto.

La discusión de las formas y medios continuó tediosa y pesada y resulta inútil repetirla. Se convino al final que Ertz, Alan y Narby deberían retornar todos a sus habituales ocupaciones mientras se hacían los preparativos para el golpe.

Hugh destacó a un centinela para que todos llegaran con seguridad a los bajos niveles.

–¿Enviará usted a Alan aquí arriba cuando esté dispuesto? –dijo a Narby cuando estaba a punto de marcharse.

–Sí–convino Narby– pero no espere que sea pronto. Ertz y yo necesitaremos tiempo para tantear y captar a nuestros amigos... y luego está la cuestión del viejo Capitán, a quien tendré que persuadir, convocando una reunión general de todos los oficiales de la Nave. Y no siempre es fácil de manejar...

–Bien, ése es problema suyo. ¡Buena comida!

–Buena comida.

* * *

En las pocas ocasiones en que los científicos–sacerdotes que gobernaban la Nave bajo el mando del Capitán de Jordan, se reunían en una asamblea general en una gran sala

directamente encima de las oficinas de la Nave, en la cubierta última civilizada. En épocas de generaciones ya olvidadas, antes de la época del motín conducido por el fundidor de la Nave, Roy Huff, la sala había sido un gimnasio, un lugar de recreo y saludable ejercicio, según había sido planeado por los ingenieros de la gran nave estelar; pero los actuales usuarios no sabían nada de aquello.

Narby observó cuidadosamente la comprobación de la lista de los oficiales de la Nave, conforme iban llegando, punteada por el escribiente de guardia, y preocupado bajo el aspecto de un porte normal exterior. Había ya pocos que tuvieran que llegar; pronto no habría ya excusa para notificar al Capitán que la reunión estaba dispuesta... pero todavía no había recibido el aviso convenido de Joe-Jim y de Hoyland. ¿Se las habría compuesto aquel estúpido de Alan para matarse en el camino que le llevaría la señal? ¿Se habría caído y se habría roto el cuello y aquella cabeza sin valor alguno. ¿Estaría muerto con algún cuchillo clavado en el vientre, o con la cabeza destrozada por el proyectil procedente de la honda de algún mutante?

Entró Ertz y antes de buscar su asiento entre los principales del departamento, se aproximó a Narby que ocupaba su asiento directamente enfrente del Capitán.

–¿Cómo van las cosas? –le preguntó en voz baja.

–Muy bien –repuso Narby– pero aún no se ha recibido aviso alguno.

–¡Hum!... –y Ertz se alejó mezclándose con los demás oficiales. Narby hizo lo mismo a poco. No había mayoría, realmente ninguna mayoría efectiva para algo tan drástico como el paso que iba a darse. Sin embargo... la resolución no iba a depender de la votación.

El escribiente que había pasado lista se le aproximó tocándole el brazo respetuosamente.

–Todos presentes, señor, excepto los que se han excusado por enfermedad y el que está de guardia en el Convertidor.

Narby ordenó que se notificara al Capitán que la asamblea estaba dispuesta, con una extraña sensación interna, de que algo estaba equivocado y que iba mal. El Capitán, como de costumbre, con absoluto desprecio por la comodidad de los demás, se llevaba su tiempo para aparecer en la asamblea. Narby estuvo contento con aquella demora, aunque sufriendo mientras la estaba soportando. Cuando el viejo, finalmente, hizo su entrada renqueando en la sala, flanqueado por sus ordenanzas, y tomó asiento pesadamente en su sillón, apareció, como también era usual en él, impaciente por acabar cuanto antes. Hizo un gesto a los demás con la mano para que ocuparan sus asientos respectivos y miró fijamente a Narby.

–Muy bien, Comandante Narby, veamos la agenda... porque supongo que habrá una agenda de asuntos a tratar, ¿no?

–Sí, Capitán, hay una agenda.

– Entonces, léala, hombre, léala ¿A qué está usted esperando?

–Si señor.

Narby se volvió hacia el lector y le entregó un puñado de hojas escritas. El amanuense les echó un vistazo, pareció embrollado ante su vista, pero no recibiendo ningún aliento de parte de Narby, comenzó a leer:

–Petición para el Consejo y el Capitán: El teniente Braume, administrador del poblado del Sector 9, hallándose en situación de una frágil salud y avanzada edad, solicita ser relevado de todo servicio y ser retirado...

Y el amanuense continuó leyendo una tras otra las peticiones y recomendaciones de los oficiales de los diversos departamentos a que concernían.

El Capitán se retorcía impaciente en su sillón, hasta que, finalmente, interrumpió la lectura.

–¿Qué es esto, Narby? ¿Es que no sabe usted manejar toda esta rutina sin armar tanto trastorno?

–Tengo entendido que el Capitán pareció disgustado con la forma en que cuestiones similares fueron tratadas últimamente. No quiero traspasar las prerrogativas del Capitán, señor.

–¡No tiene sentido, hombre! No vaya a leerme las Reglas. Deje que actúe el Consejo y después haga llegarme la decisión para que la revise y me pronuncie.

–Sí, señor.

Narby tomó aquellos escritos de manos del lector y le entregó otros. El empleado siguió leyendo.

Se trataba de otra requisitoria parecida. El Sector 3, a causa de una plaga inesperada, que había infectado los cultivos hidropónicos, solicitaba una demora en el pago de sus impuestos. El Capitán volvió a protestar por la tontería de seguir escuchando cosas parecidas. Narby no hubiera continuado adelante de haber recibido la señal que esperaba. Era sencillamente una sola palabra escrita en un trozo de plancha metálica, donde aparecía la señal esperada y que llegaría desde el exterior de la asamblea llevada por uno de sus hombres y que diría: DISPUESTO. Casi al instante, llegó la simple palabra esperada.

Narby la miró hizo una señal a Ertz y se dirigió al Capitán.

–Señor, puesto que usted no quiere escuchar las peticiones de su tripulación, continuaré inmediatamente con los principales asuntos de la reunión –la velada insolencia de aquella declaración hizo que el Capitán le mirase con fijeza y sospechosamente; pero Narby, continuó–: Por muchas generaciones, y durante las vidas de una sucesión de Testigos, la tripulación ha sufrido la depredación de los mutantes. Nuestras reservas vitales, nuestros hijos, incluso nuestras mismas personas, han estado en constante peligro. Las Regulaciones de Jordan no han sido honradas por encima de los niveles donde vivimos. El Capitán de Jordan mismo no es libre de viajar en los niveles superiores de la Nave.

»Ha sido un artículo de fe que Jordan lo ordenó así y que los hijos paguen con sangre por los pecados de sus antepasados. Era la voluntad de Jordan... según se nos había dicho. Pero yo, nunca me he reconciliado con esta constante sangría de la masa de la Nave –y se detuvo.

El viejo Capitán apenas si podía dar crédito a sus oídos. Pero encontró la voz. Apuntando a Narby, rugió furioso:

–¿Intenta usted poner en duda las Enseñanzas?

–No. Mantengo que las Enseñanzas no nos Obligan a dejar a los mutantes al margen de las Regulaciones y nunca lo hice. ¡Pido que se sometan a las Regulaciones!

–Usted... usted... ¡Queda relevado de su cargo, señor!

–No, hasta que tenga que decir lo que me propongo –repuso Narby desafiante.

–¡Arresten a ese hombre! –pero los encargados de ejecutar la orden se movieron incómodos, vacilaron y miraron a Narby con aire desgraciado... Narby los había seleccionado cuidadosamente.

Narby se volvió hacia el confundido Consejo y captó la mirada de Ertz.

–Está bien –dijo. ¡Ahora!

Ertz se levantó y voló hacia la puerta. Narby continuó:

–Muchos de ustedes piensan como yo; pero siempre se ha dado por descontado que tendríamos que luchar para conseguirlo. Con la ayuda de Jordan, he estado en condiciones de establecer contacto con los mutantes y he dispuesto una tregua. Sus cabecillas vienen a negociar con nosotros. ¡Allí les tienen! –y apuntó dramáticamente hacia la puerta de la asamblea.

* * *

Reapareció Ertz, y siguiéndole, llegaron Hugh Hoyland, Joe-Jim y Bobo. Hoyland se volvió hacia la derecha siguiendo la pared y rodeando la reunión.

Era seguido por una fila de mutantes... los mejores muchachos, los más carniceros guardaespaldas de Joe–Jim. Otra columna parecida siguió a Joe-Jim y la de Bobo se dirigió hacia la izquierda.

Joe-Jim, Hugh y media docena más en cada ala de la sala del Consejo, estaban cubiertos con una armadura primitiva que se extendía hasta por debajo de la cintura. La armadura quedaba rematada por unos yelmos destartalados, en formas de rejillas de acero, que protegían sus cabezas sin que interfirieran en su campo visual. Cada uno de los hombres recubiertos de armadura y unos pocos de los demás llevaban en las manos algo insólito y nunca visto ni oído: ¡cuchillos tan largos como el brazo de un hombre!

Los oficiales, perplejos, habrían detenido la invasión en la misma entrada de la gran sala de haber sido advertidos. Pero se hallaban desorganizados, desamparados y con la agravante de que sus principales jefes habían invitado a los invasores a entrar en la asamblea. Se levantaron de sus asientos, echaron mano de sus cuchillos y se miraron ansiosamente el uno al otro. Pero ninguno hizo el primer movimiento que habría conducido a una verdadera matanza.

Narby se volvió hacia el Capitán.

–¿Qué le parece? ¿Recibe usted a esta delegación en paz?

Parecía verosímil que la edad, la gordura y la vida sedentaria que llevaba, habría impedido al Capitán responder algo negativamente, en vista del hecho consumado. Pero se las arregló para lanzar un rugido:

–¡Fuera con esa gentuza! ¡Fuera! Usted... ¡hará el Viaje por esto

Narby se volvió hacia Joe-Jim y levantó el dedo pulgar hacia arriba. Jim habló algo a Bobo... y al instante un cuchillo enorme se clavó hasta el puño en el grueso vientre del Capitán. Se estremeció quejumbroso, más bien que lanzando gemidos de dolor y una expresión de total asombro y perplejidad se extendió por sus facciones. Se removió con torpeza como para asegurarse a sí mismo de que se encontraba allí.

–Motín... –murmuro—. Motín...

Las siguientes palabras se desvanecieron en sus labios y quedó colapsado en su asiento, cayendo hacia delante pesadamente de cara a la mesa.

Narby le empujó despectivamente con el pie y ordenó a los asistentes:

–¡Llévenlo fuera!

Los asistentes obedecieron, pareciendo aliviados al tener algo que hacer y de que alguien se lo dijese. Narby se volvió hacia la silenciosa masa de asambleístas.

–¿Alguien tiene algo que objetar contra la paz con los mutantes?

Un viejo oficial, que había pasado su vida soñando, allá lejos en su poblado, en ser siempre un juez espiritual y consejero moral de sus gentes, se levantó y apuntó con un dedo hacia Narby, mientras que su blanca barba se estremecía con indignación.

–Jordan te castigará por esto. Motín y pecado... ¡eres el espíritu de Huff!

Narby hizo un gesto hacia Joe-Jim; y las palabras del viejo oficial se helaron en su garganta, al quedar enterrada una hoja de un cuchillo por debajo de la oreja. Bobo parecía satisfecho de sí mismo.

–Ya se ha hablado demasiado –anunció entonces Narby–. Mejor es que haya habido un poco de sangre ahora que mucha más sangre más tarde. Los que estén de mi parte que se levanten y se aproximen a mi.

Ertz sentó el precedente al aproximarse inmediatamente a Narby urgiendo a los más adultos a hacer lo mismo que él. Sacando el cuchillo y levantándolo en alto, gritó:

–¡Yo saludo a Phineas Narby, Capitán de Jordan!

Sus propios adictos no tuvieron otra elección.

–¡Phineas Narby, Capitán de Jordan!

Los jóvenes del grupo de Narby, como un bloque compacto de disidentes racionalistas entre los científicos–sacerdotes, se unieron en masa, levantando la punta de sus cuchillos y aclamando al nuevo Capitán. Los indecisos y oportunistas se apresuraron entonces a unirse a ellos, al comprender claramente de qué lado estaba el cuchillo afilado. Cuando la división fue completa, quedó sólo un puñado de oficiales de la Nave, todavía resistiéndose a unirse a Narby y a sus seguidores, siendo casi todos personas de edad avanzada o hiperreligiosos.

Ertz observó cómo el Capitán les echaba la vista encima y después miró a Joe-Jim a los ojos. Ertz puso la mano en su brazo.

–Quedan pocos y prácticamente indefensos –resalto–. ¿Por qué no desarmarlos y dejarlos que se retiren?

Narby le devolvió una mirada poco amistosa.

–Si se les deja vivos, engendrarán el motín algún día. Soy muy capaz de tomar mis

propias decisiones, Ertz.

Ertz se mordió los labios.

–Muy bien, Capitán.

–Así está mejor. –E hizo una señal con la cabeza a Joe–Jim.

Los largos cuchillos hicieron un trabajo rápido y efectivo.

Hugh Hoyland se retiró de la vista de aquella matanza. Su viejo maestro, el Teniente Nelsoki, el científico del poblado que había visto su capacidad y le había elegido para que fuese un científico, era uno de los del pequeño grupo masacrado. Era un factor que nunca pudo haber anticipado.

* * *

La conquista del mundo... y la consolidación. La Fe o la Espada. Los bandidos de Joe–Jim, aumentados en número por los cadetes de sangre ardiente suministrados por el Capitán Narby, limpiaron concienzudamente los niveles medios de la Nave y los superiores. Los mutantes, individualistas por naturaleza y por razón natural de su propia existencia, sin tener otros deberes que obedecer a sus jefes de grupo más inmediatos, no fueron obstáculo para el plan general trazado por Joe-Jim, ni sus armas pudieron oponerse a aquellas otras extrañas, que tocaban y pinchaban antes de hallarse dispuestos a luchar cuchillo en mano.

Se extendió el rumor a través de todo el pequeño país mutante de la Nave, de que era mejor rendirse pacíficamente al fuerte grupo de Dos Cabezas Sabias, teniendo así buena comida para aquellos que se rindieran, o la muerte segura para los que actuaran en contra.

Pero fue, sin embargo, un proceso lento; había muchos, en muchas cubiertas, con millas enteras de corredores sumidos en la oscuridad, y tantos compartimentos en donde podían esconderse y tender una trampa, que no resultó tan fácil como se preveía. Además, se hacía más lento conforme avanzaba en su ejecución, mientras que Joe-Jim intentaba constituir una patrulla de policía, una guardia interior sobre cada sector y un acceso fuertemente guardado por donde pudiera tenerse acceso inmediato al tope de la Nave.

Para desencanto de Narby, el hombre de dos cabezas no resultó muerto en sus campañas. Joe-Jim aprendió de sus propios libros que una necesidad general no debe exponer necesariamente a uno mismo a un combate directo.

Hugh se enterró prácticamente en la Sala de Control. No sólo era el más interesado en los más sutiles problemas de dominar el cómo y el porqué de los complejos controles y la paralela complejidad de la balística estelar, sino que también toda aquella horrible

matanza le había repugnado fuertemente..., especialmente a causa del Teniente Nelson. Estaba acostumbrado a la muerte y a la violencia; eran algo corriente incluso en los bajos niveles de la Nave; pero aquel incidente le volvió vagamente desdichado, incluso aunque sus propias evaluaciones no resultasen suficientemente claras para sentir una responsabilidad personal en la muerte del anciano.

Sencillamente, deseó que no hubiera ocurrido.

Pero los controles..., ¡ah! Se hallaba enfrascado en una tarea que un hombre de la Tierra habría rechazado como imposible; un hombre de la Tierra habría *sabido* que el pilotaje y el manejo de una nave estelar era una tarea tan difícil que la educación técnica mejor recibida, combinada con una larga y extensiva experiencia en el manejo de los navíos del espacio de menor cuantía, habrían constituido algo insalvable y que un entrenamiento intensivo adicional altamente especializado sólo hubiera sido el medio de haberlo intentado.

Hugh Hoyland ignoraba todo aquello. Y así fue adelante y lo hizo de todas formas.

Pero en su intento fue ayudado misteriosamente por el genio de los diseñadores y constructores de la Nave. Los controles de la mayor parte de la maquinaria podían ser considerados bajo el planteo de simples pares; parar y marchar, empujar y retirar, arriba y abajo, adentro y afuera, encender y apagar, izquierda y derecha, con sus combinaciones y permutaciones. Las verdaderas dificultades consistían en el mantenimiento y en las reparaciones, en los ajustes y emplazamientos o en reemplazar algún elemento.

Pero los controles y la maquinaria de la propulsión principal de la nave estelar *Vanguard* no requería vigilancia ni reparaciones sus complejidades se hallaban por debajo del nivel molar, no contenían partes movientes, la fricción no tomaba parte alguna en su funcionamiento y por tanto no había fallo en su ajuste y coordinación. De haber sido necesario para Hugh el comprender las reparaciones de las máquinas con las que tenía que tratar, la cosa hubiera resultado imposible. Un muchacho de catorce años puede manejar un coche volador y permitirse el hecho de realizar con él mil viajes y miles de millas sin ir acompañado, resultando mucho más posible que resulte dañado por hartarse de comida que por dañar el vehículo. Pero si el coche volador *necesita* una reparación o ajuste, es indispensable que haya alguien que lo repare; la reparación es esencial; el muchacho no puede hacerlo por sí mismo.

El *Vanguard* no precisaba equipo de reparaciones, excepto por la maquinaria auxiliar no indispensable, tal como la formada por las cintas transportadoras, elevadores, servicios en la comida y cosas así. Tales máquinas implican en sí mismas partes móviles, que necesariamente se desgastan; habían quedado fuera de uso antes del primer Testigo; aquel amasijo inútil había sido ya echado a las tolvas del Convertidor o había sido adaptado a otros propósitos sencillos. Hugh ni se había dado cuenta de que tales máquinas auxiliares habían existido, ya que la mayor parte de los compartimentos le habían estado

prohibidos, como al resto del personal, no dándole lugar, por la fuerza de la costumbre, a preguntarse por qué. Hugh estaba siendo ayudado en su búsqueda por el conocimiento por otros factores.

El primero era que la balística de una nave estelar es una cuestión muy simple en sí, siendo apenas algo más que la aplicación de la segunda ley del movimiento hacia un campo inversamente al cuadrado. Esto parece ir contra los credos corrientes, pero da la casualidad de que es así. Cocer un pastel requiere algo más importante, aunque subconsciente, del conocimiento de la ingeniería. Tejer un suéter con agujas requiere una ciencia de mayor complejidad matemática en sus relaciones. La topología de una prenda tejida de punto... Es cosa de que cualquiera lo intente alguna vez. Para un sujeto complejo, considerar la neurología o un catalizador, pero no mencionen la balística.

En segundo lugar, los diseñadores habían tenido muy en cuenta que el *Vanguard* no llegaría a su destino antes del paso de dos generaciones desde su partida, y desearon hacer las cosas fáciles para los pilotos que aún no habían nacido, y quienes tendrían que controlar la nave a su llegada. Aunque nunca pudieron anticipar la alteración sufrida en la cultura técnica, como llegó a producirse, hicieron cuanto pudieron para hacer de los controles algo sencillo, algo que se explicara por sí mismo y a toda prueba. El sofisticado muchacho a que nos hemos referido anteriormente, orientado de una forma simple en el viaje por el espacio, lo habría descubierto en pocas horas. Hugh, atrasado en su cultura y creyendo que la Nave era todo el mundo existente para él, no podía hacer tal trabajo tan rápidamente.

Se sentía detenido por dos conceptos totalmente extraños a su mentalidad: el *profundo* espacio y la *medida* del tiempo. Tenía que aprender a operar con el buscador de distancias un tipo de paralaje de amplia base y acción retardada, especialmente diseñado para el *Vanguard*, y le había llevado las lecturas de un par de docenas de cuerpos estelares antes de ocurrírsele que los resultados no podían, posiblemente, tener significado alguno para él. Las lecturas estaban expresadas en pársecs, lo que carecía de significación emocional para Hugh. El intento hecho con la ayuda de los Libros Sagrados para traducir sus lecturas en unidades lineales había dado como resultado unas cifras que le hizo tener la seguridad de que estaban equivocadas y obviamente absurdas. Una comprobación tras otra, seguidas de períodos de intensa reflexión, le forzaron, sin quererlo, a una oscura comprensión de las magnitudes astronómicas.

Aquellos conceptos le asustaron y le maravillaron. Por un período de diversos sueños, permaneció alejado de la Sala de Control, dándole la sensación de la inutilidad y la derrota. Ocupó el tiempo en dedicarse a las mujeres disponibles, siendo la primera vez desde su captura por Joe–Jim, tiempo ha, que tenía la oportunidad de considerar aquella cuestión nueva para él con un nuevo estado de ánimo. Las cantidades eran numerosas, ya que sobre la cifra capturada entre las doncellas de los poblados las operaciones de Joe-Jim en el aspecto militar habían producido un estimable número de jóvenes viudas. La nueva posición que Hugh disfrutaba entonces en la Nave le dieron la oportunidad de

seleccionar dos mujeres. La primera era viuda, una mujer fuerte y competente, adepta a proveer al hombre con comodidades domésticas. Se la llevó a su nuevo compartimento, arriba, donde casi no existía el peso de la gravidez, reteniendo su antiguo nombre de Cloe.

La otra era una doncella desentrenada de todo y casi tan salvaje como una mutante. Hugh no sabía a cuál elegir. Ciertamente estaba carente de toda virtud, pero le proporcionó buenos ratos de solaz y motivos de diversión. Le había mordido la primera vez que comenzó a inspeccionarla íntimamente y, naturalmente, Hugh se había limitado a abofetearla convenientemente, con lo que se acabó la cuestión. Después envió un recado a su padre para que se la llevara al poblado. Ni siquiera había llegado a darle un nombre adecuado.

La medida del tiempo le causó mucha más confusión que las distancias astronómicas, aunque ningún trastorno emocional. La dificultad se presentaba de nuevo por la falta de concepto propia de la vida en la Nave. La tripulación tenía algún concepto del tiempo topológico; comprendía el «ahora», «antes», «después», «ha sido» y «será» como apreciaciones de mucho o de poco tiempo, pero la verdadera noción de la medida del tiempo se había perdido en aquella cultura. Las más bajas y degradadas culturas de los hombres existentes en la Tierra tenían alguna idea de la medida del tiempo, aunque sólo fueran los días y las estaciones, pero cualquier concepto terrestre de la medida del tiempo se originaba en los fenómenos astronómicos... y la tripulación que habitaba la nave se hallaba aislada de todo fenómeno astronómico desde hacía ya generaciones.

Hugh tenía frente a él, sobre los tableros de control, los únicos dispositivos de medir el tiempo de toda la Nave; pero pasó mucho, mucho tiempo antes de que captara para qué servían y qué relación pudieran tener con los demás instrumentos. Pero mientras que no lo hiciese, no podría controlar la Nave. La velocidad y sus derivaciones, la aceleración y la curvatura estaban basadas en un tiempo *medido.*

Pero cuando aquellos dos nuevos conceptos fueron captados finalmente y rumiados lentamente en su cerebro, y los antiguos libros leídos y vueltos a leer a la luz de tales nuevos conceptos, Hugh llegó a ser, aunque en un alto grado y sentido teórico restringido, un astronavegante.

* * *

Hugh buscó a Joe-Jim para hacerle algunas preguntas. Las mentes de Joe-Jim eran de una brillante penetración cuando se ocupaba de ejercerlas; Corrientemente permanecía en una superficial indiferencia soñadora porque raramente se ocupaba de nada que no fuese su propia comodidad y seguridad.

Hugh encontró a Narby primero, nada más salir en su busca. Con respecto a conducir su campaña de pacificación entre los mutantes, era necesario que Narby y Joe-Jim tuvieran

frecuentes reuniones; y para sorpresa de ambos, se entendieron perfectamente. Narby era un eficiente administrador, capaz de delegar autoridad en alguien que no la tomase para estar con los codos sobre una mesa; y Joe-Jim sorprendió y agradó a Narby al mostrarse como hombre capacitado y siendo, de hecho, el mejor subordinado con que jamás hubiese tenido que tratar. No había ningún afecto entre ellos, pero cada uno reconocía en el otro inteligencia y un fuerte sentido de propio interés que casaban perfectamente en sus propósitos. Existía una ligazón basada en el respeto y en la mutua comprensión.

–Buena comida, Capitán –dijo Hugh al saludar a Narby formalmente.

–¡Oh, hola Hugh! –repuso Narby, volviéndose entonces hacia Joe–Jim–. Esperaba un informe.

–Lo tendrá –convino Joe–. No deben quedar más de unas pocas docenas de bandidos sueltos por ahí. Les daremos caza, o se morirán de hambre.

–¿He venido a interrumpirles? –preguntó Hugh.

–No, es sólo que me iba ahora mismo. Y a propósito, ¿cómo va ese gran trabajo, querido amigo?

–Y sonrió irritadamente.

–Bastante bien, aunque con lentitud. ¿Desea un informe?

–Bueno, no corre prisa. ¡Oh!, a propósito: he dispuesto que la Sala de Control y la Propulsión Principal sean consideradas tabú para todo el mundo. De hecho, la totalidad de la zona de ingravidez, tanto para los mutantes como para la tripulación.

–¿Sí? Bueno, creo comprender su punto de vista, Capitán. No hay necesidad de que nadie suba allá, excepto los oficiales.

–Creo que no ha comprendido bien. Es un tabú general, aplicado igualmente a todos los oficiales de la Nave. No para nosotros, por supuesto.

–Pero... pero... Eso no irá bien. La única y efectiva forma de convencer a los oficiales de la verdad es que vayan allá y vean las estrellas por sí mismos.

–Eso es exactamente mi punto de vista. No puedo tener a mis oficiales confusos por ideas perturbadoras mientras que yo me encuentro en la fase de completar la administración. Eso crearía diferencias religiosas y una disciplina escindida.

Hugh estaba demasiado sorprendido y trastornado para responder al instante.

–Pero... –dijo al final– pero... ésa es la *cuestión.* Por eso fue usted elevado al rango de

Capitán.

–Y como Capitán tendré que ser el juez final de toda la política a seguir en la Nave. La cuestión no admite discusión. Usted no llevará a nadie a la Sala de Control, ni a ninguna parte de la zona de ingravidez, hasta que yo lo considere aconsejable. Tendrá que esperar.

–Es una buena idea, Hugh –comentó Jim–. No deberíamos trastornar las cosas mientras tengamos todavía que atender a una guerra que se está llevando a cabo.

–Permítame dejar todo esto bien claro –insistió Hugh–. ¿Quiere usted decir que esto es una política temporal solamente?

–Puede expresarlo de esa forma si lo prefiere.

–Bien, de acuerdo –concedió Hugh–. Pero espere... Ertz y yo precisamos ayudantes de entrenamiento inmediatamente.

–Muy bien. Nómbrelos y yo firmaré la autorización. ¿A quién tiene pensado elegir?

Hugh pensó sobre el particular. Por el momento no tenía necesidad de asistencia, aunque la Sala de Control contenía sillones de aceleración para media docena de personas; un hombre, sentado en el sillón del astronavegante principal, podía pilotar la Nave. Lo mismo podría decirse respecto a Ertz en la estación de la Propulsión Principal, salvo en un aspecto.

–¿Qué hay respecto a Ertz? Necesita porteadores para mover las masas de la Propulsión Principal.

–No se ocupe de él. Yo firmaré el nombramiento. Vea que utilice porteadores procedentes de los antiguos mutantes; pero nadie irá a la Sala de Control, salvo aquellos que ya han estado allí antes.

–Y Narby volvió la espalda y se marchó, dando el asunto por terminado.

* * *

Hugh le observó marcharse y se dirigió a Joe–Jim.

–No me gusta esto, Joe-Jim.

–¿Por qué no? –preguntó Jim–. Es razonable.

–Quizá lo sea. Pero ¡maldita sea! A mí me parece, de alguna forma, que la verdad debe ser de libre acceso para todos y en cualquier tiempo. –Y –levantó las manos en un gesto

de chasqueada exasperación.

Joe-Jim le miró de una forma singular.

–¡Qué curiosa idea! –dijo Joe.

–Sí, ya sé. No es de sentido común, pero me parece que debería serlo. ¡Oh, olvídelo! No es a eso a lo que he venido a verles.

–¿Qué tienes en esa cabeza, muchacho?

–¿Cómo vamos...? Mire, acabamos el viaje. Tendremos la Nave próxima a un planeta así. –Y juntó ambos puños formando una bola.

–De acuerdo. Continúa.

–Bien, cuando llegue ese momento ¿cómo vamos a arreglárnoslas *para salir fuera de la Nave?*

Los mellizos parecieron confusos y comenzaron a discutir entre ellos. Finalmente, Joe interrumpió a su hermano.

–Espera un momento, Jim. Seamos lógicos respecto a este punto. Se presenta el problema de salir..., lo que implica una puerta, ¿no es cierto?

–Sí, naturalmente...

–No hay ninguna puerta por aquí arriba. Tiene que haberla abajo, en la zona de peso.

–Pero es que no existe –objetó Hugh–. Toda aquella zona es perfectamente conocida paso a paso. Tiene que estar en la zona de los mutantes; no hay otra posibilidad.

–En tal caso –continuó Joe– tendría que ser o bien en la parte delantera, o en la popa, ya que, en caso contrario, no daría a ninguna parte. No hay popa. No hay nada en la Propulsión Principal más que mamparos sólidos. Sería preciso que fuese en la parte delantera.

–Eso es una tontería –comentó Jim–. Están la Sala de Control y la galería del Capitán. Eso es todo.

–¿Ah, sí? ¿Y qué hay respecto a los compartimentos cerrados?

–Esos no tienen puertas..., al menos no al exterior, de cualquier forma. Ese mamparo está hacia la popa de la Sala de Control.

–No, estúpido, porque podrían conducir hacia las puertas.

–¿Estúpido, eh? Aun así, ¿cómo piensas abrirlas? Vamos, respóndeme, hombre inteligente.

–¿*Qué* son esos «compartimentos cerrados»? –preguntó Hugh.

–¿No lo sabes? Hay siete puertas espaciadas alrededor de la chimenea principal, en el mismo mamparo conforme se entra a la Sala Principal de Control. Jamás hemos podido abrirlas.

–Bien, tal vez eso es lo que estamos buscando. Vamos a verlas!

–Es tiempo perdido –comentó Jim.

Sin embargo, fueron.

Bobo fue llevado con ellos para aplicar su monstruosa fuerza empleándola contra las puertas. Pero incluso sus músculos de hierro fueron incapaces de mover las palancas que parecía deberían actuar sobre tales puertas.

–¿Bien? –dijo Jim irónicamente a su hermano–. ¿Lo estás viendo?

Joe encogió su hombro.

–De acuerdo, tú ganas. Bajemos.

–Esperen un momento –suplicó Hugh–. Esa segunda puerta de atrás... parece haberse movido un poco al manejarla. Vamos a intentarlo de nuevo.

–Me temo que sea inútil –comentó Jim escéptico. Pero Joe dijo–: ¡Oh!, creo que tiene razón, una vez que estamos aquí.

Bobo lo intentó de nuevo, arrimando su hombro bajo la palanca y empujando de rodillas arriba. La palanca saltó inmediatamente, pero la puerta no se abrió.

–La ha roto –anunció Joe.

–Sí –reconoció Hugh–. Supongo que es así.

–Y puso la mano contra la puerta.

Y la puerta se abrió fácil y suavemente.

* * *

La puerta no daba al espacio exterior, lo que fue vital para los tres, ya que nada en todas las experiencias de sus vidas les había advertido contra el terrible peligro del vacío exterior del espacio. En su lugar, un vestíbulo corto y estrecho les condujo a otra puerta que aparecía entreabierta. La puerta giró sobre sus goznes y a poco permaneció rígida, pero el hecho de que estuviese ligeramente entreabierta les previno de continuar hacia cualquier otra parte. Tal vez el último hombre que la había utilizado la había dejado así como precaución de que las superficies metálicas se fundieran por congelación, aunque ninguno de ellos pudiera tener la menor noción de lo ocurrido.

La fuerza fenomenal de Bobo acabó de abrirla. Otra puerta aparecía a unos seis pies más allá de distancia.

–No comprendo esto –se quejó Jim, mientras que Bobo se aplicaba a la tercera puerta–. ¿Qué sentido tiene esta serie indefinida de puertas?

–Espera y lo descubriremos –repuso su hermano.

Más allá de la tercera puerta aparecía no otra, sino un compartimento, mejor dicho, un grupo de compartimentos, bastante singulares, pequeños y arracimados, juntos en formas fuera de lo común para ellos... Bobo se lanzó hacia delante y exploró el lugar con el cuchillo entre los dientes y su horrible cuerpo casi graciosamente volteando en el espacio ingrávido del lugar. Hugh y Joe-Jim le siguieron con más precaución, con los ojos abiertos ante la extrañeza misteriosa de aquel lugar desconocido.

Bobo volvió y arreglándoselas diestramente contra el mamparo tomó la hoja de los dientes e informó:

–No puerta. No más puerta por ningún sitio. Bobo mirar.

–Tiene que haberla –insistió Hugh irritado contra el enano al demoler sus esperanzas.

El retrasado mental se encogió de hombros.

–Bobo mirar.

–Miraremos nosotros –dijo Hugh, y los mellizos se fueron en diferentes direcciones, dividiendo el reconocimiento entre ambos.

Hugh no encontró ninguna puerta, pero lo que halló le interesó mucho mas..., apareciendo como una imposibilidad. Estaba a punto de gritar a Joe-Jim cuando oyó su propio nombre en boca de los mellizos.

–¡Hugh! ¡Ven aquí!

De mala gana dejó a un lado su descubrimiento y fue en busca de los dos hermanos.

–Vengan a ver lo que he encontrado –comenzó a decir.

–No importa –interrumpió Joe–. Mira eso.

Hugh miró atentamente. «Aquello» era un Convertidor. Muy pequeño, pero sin duda un Convertidor.

–Esto no tiene sentido –protestó Jim–. Un compartimento de este tamaño no necesita ser un Convertidor, según parece. Puede que esto suministrara energía y luz para la mitad de la Nave. ¿Qué sacas en consecuencia, Hugh?

Hugh lo examinó detenidamente.

–No lo sé –admitió–, pero si creen ustedes que esto es extraño, vengan a ver lo que he descubierto.

–¿Y qué has encontrado?

–Vengan a verlo.

* * *

Los mellizos siguieron a Hugh y vieron un pequeño compartimento con una pared que parecía estar hecha de cristal, aunque negra, como si estuviera oscurecida por la otra cara. Frente a la pared había dos asientos de aceleración, uno junto a otro. Los brazos y el frontal de los asientos aparecían recubiertos con unos dispositivos de pequeñas luces resplandecientes, dispuestas en la misma forma que las luces de control de los sillones de la Sala de Control.

Joe-Jim no hizo comentario alguno al principio, excepto el silbido que dejó escapar asombrado. Se sentó en una de las sillas y comenzó a experimentar cuidadosamente con los controles. Hugh se sentó junto a Joe-Jim. Este cubrió con la mano un grupo de luces blancas en la parte derecha del sillón, y las luces del apartamiento se apagaron. Cuando levantó la mano, las diminutas luces de control eran azules en vez de blancas, como momentos antes. Ni Joe-Jim ni Hugh se sorprendieron demasiado cuando las luces se apagaron casi lo habían esperado, ya que aquellos controles implicaban una correspondencia de funcionamiento similar a los controles de la Sala Principal.

Joe-Jim hurgó por todo aquello, tratando de encontrar controles que produjesen un simulacro de los cielos sobre la blanca pared cristalina que tenían ante sí. No había tales controles y no había forma de saber si el cristal de aquella pared era una escotilla de visión, oscurecida por la propia coraza de la Nave, más bien que una pantalla visora.

Pero se las arregló para actuar los controles que ocupaban la posición correspondiente.

Aquellos controles estaban diseñados con un membrete que decía: DESPEGUE. Joe-Jim apartó su atención del letrero, ya que aquello nada significaba para él. El activarlos no producía ningún resultado notable, excepto que una luz roja parpadeó rápidamente y una transparencia existente bajo el membrete se encendió. El membrete decía: CÁMARA DE COMPRESIÓN: ABIERTA.

Aquello fue una verdadera buena suerte para Joe–Jim, Hugh y Bobo. De haber cerrado las puertas tras ellos y de haber arrojado alguna masa en el pequeño Convertidor, apropiada para producir energía, se hubieran encontrado disparados súbitamente al espacio en un bote salvavidas de la Nave, no equipado para ningún viaje y cuyos controles sólo comprendían por la analogía con los existentes en la Sala de Control. Tal vez podrían haber maniobrado el bote de vuelta a su puesto, pero lo más verosímil es que se hubiesen estrellado en el intento.

Pero Hugh y Joe-Jim no se daban cuenta todavía de que el «apartamento» en que habían entrado era una nave del espacio en miniatura; la idea de un bote auxiliar de la gran Nave era un concepto todavía extraño para su mentalidad.

–Enciendan las luces –pidió Hugh–. ¿Qué sacan en consecuencia de todo esto?

–Me parece sencillamente evidente –repuso Jim–. Esto es otra Sala de Control. No imaginamos que podía estar aquí, porque nunca pudimos abrir la puerta de acceso.

–Eso no tiene sentido –objetó Joe–. ¿Por qué tendría que haber dos Salas de Control en la misma Nave? –razonó su hermano.

Desde mi punto de vista, eres obviamente un supernumerario.

–No es la misma cosa; nacimos de esta forma. Pero esto no ocurrió por azar... La Nave fue *construida.*

–¿Y eso qué? –argumentó Jim–. Nosotros llevamos dos cuchillos, ¿no es cierto? Y no nacimos con ellos al cinto, que yo sepa. Es una buena idea tener un repuesto.

–Pero tú no podrías gobernar la Nave desde aquí –protestó Jim–. No puedes ver *nada* desde este lugar. Si tienes necesidad de un segundo juego de controles, el lugar de situarlos tendría que ser la galería del Capitán, desde donde podrías ver las estrellas.

–¿Y qué te parece eso? –preguntó Jim indicando la pared de cristal.

–Usa la cabeza, hermano –le aconsejó su hermano. Da cara a una dirección distinta. Mira hacia el interior de la Nave, no hacia fuera. Y no hay ningún arreglo como en la Sala de Control, no hay nada para poder ver las estrellas desde aquí.

–Tal vez no hemos localizado los controles para eso.

–Aun así, has olvidado algo. ¿Qué te parece ese pequeño Convertidor?

–¿Qué importancia tiene?

–Tiene que tener algún significado. No está aquí por pura casualidad. Te apuesto a que estos controles tienen algo que ver con ese Convertidor.

–¿Por qué?

–¿Por qué no? ¿Por qué están juntos aquí si no tienen ninguna conexión?

Hugh rompió el silencio confuso que siguió. Todo lo que los mellizos habían dicho parecía tener sentido, incluso en sus contradicciones. Todo resultaba muy confuso. Pero el Convertidor..., aquel pequeño Convertidor...

–Oigan, miren –dijo de pronto.

–¿Mirar qué?

–Supongamos... ¿Creen ustedes que tal vez esta parte de la Nave podría *moverse?*

–Naturalmente... La totalidad de la Nave se mueve.

–No, no –dijo Hugh–. No me refiero a eso en absoluto. Supongamos que se mueve por sí misma. Esos controles y el pequeño Convertidor... Su–pongamos que puedan funcionar y moverse aparte de la Nave.

–Eso parece bastante fantástico.

–Puede que sea así, pero si es verdad, *ésta es la salida.*

–¿Eh? –repuso Joe perplejo. Absurdo. No hay ninguna puerta que dé al exterior.

–Pero la habría si este compartimento se apartase de la Nave... ¡El camino por el que entramos en ella!

* * *

Las dos cabezas de Joe-Jim se volvieron simultáneamente hacia Hugh, como impulsadas por la misma idea. Después se miraron el uno al otro y comenzaron á discutir. Joe-Jim repitió su experiencia con los controles.

–¿Ves? «Despegue». Ello significa el salir hacia algún sitio, empujar algo a distancia.

–Entonces ¿por qué no lo hace?

–«Cámara de Compresión. Abierta». Las puertas por las que hemos atravesado..., eso tiene que ser. Todo lo demás está cerrado.

–Vamos a intentarlo.

–Tendríamos primero que arrancar el Convertidor.

–De acuerdo.

–No tan pronto. Saldríamos y tal vez no podríamos volver. Nos moriríamos de hambre.

–¡Hum!... Tendremos que esperar todavía. Hugh escuchaba la discusión mientras daba vueltas y más vueltas a los controles intentando descubrir su significado verdadero. Había un espacio destinado a almacenamiento bajo su asiento. Rebuscó por él, encontró algo y lo mostró.

–¡Miren lo que he encontrado!

–¿Qué es eso? –preguntó Joe–. ¡Oh!, es un libro. Hay muchos en la habitación próxima al Convertidor. Veamos lo que dice –añadió *Jim.*

Pero Hugh ya lo había abierto.

–«Diario de Navegación. Nave estelar *Vanguard.* 2 de junio de 2172. En ruta normal... »

–¡Eh! –gritó Joe–. ¡Déjame ver eso!

–«Tres de junio. En ruta normal como hasta aquí. 4 de junio. En ruta normal. La reunión convocada por el Capitán para recompensas y castigos tendrá lugar a las 13.00. Vean la orden número 5. 6 de junio. Navegación normal como siempre... »

–¡Dame eso!

–¡Espere! –dijo Hugh–. «6 de junio. El motín estalló a las 14.31. La guardia lo advirtió por la pantalla visora. Huff, el fundidor, bloqueó la estación de control y pidió que se rindiera el mando, designándose a sí mismo como Capitán. El oficial de guardia le ordenó que se considerara arrestado y le indicó la cabina del Capitán. No hubo respuesta. »

«4.35. Fallan las comunicaciones. El oficial de guardia despachó un grupo de tres hombres para notificar al Capitán, avisar al jefe de la guardia y asistir al arresto de Huff.»

«4.41. El Convertidor deja de suministrar energía. Navegamos en vuelo libre.»

« 5.02. Lacy, miembro de la tripulación, mensajero del cuerpo de guardia, uno de los tres enviados abajo, vuelve solo a la estación de Control. Informa verbalmente que los otros

dos, Malcom Young y Arthur Sear, fueron muertos y que se le había permitido volver para que notificara a la guardia la orden de entregarse y rendirse. Los amotinados señalaron como hora tope las 5.15.»

El próximo asiento escrito en el diario de navegación estaba redactado por una mano diferente.

«*SAS.* He hecho cuanto me ha sido posible por establecer comunicación con las otras estaciones y oficiales de la Nave sin ningún éxito. Creo que es mi deber, bajo las presentes circunstancias, dejar la estación de control sin ser debidamente relevado y tratar de restaurar el orden abajo. Mi decisión puede ser castigada y peligrosa, puesto que estamos desarmados, pero no veo otra salida para mí. Firmado: Jean Baldwin, oficial piloto de tercera clase, oficial de guardia.»

–¿Eso es todo? –preguntó Joe.

–No –continuó Hugh, mientras siguió leyendo:

–« 1 de octubre (aproximadamente) del año 2172. Yo, Theodor Mawson, antiguo jefe de almacén, he sido elegido en esta fecha como Capitán del *Vanguard.* Desde la última anotación en este diario de navegación ha habido enormes cambios. El motín ha sido suprimido o, propiamente dicho, ha sido barrido, pero a un precio trágico. Todos los oficiales pilotos, todos los oficiales ingenieros y los técnicos en su mayoría están muertos o se les supone muertos. Yo no habría sido elegido Capitán de haber quedado algún hombre calificado para este puesto.

»Aproximadamente el noventa por ciento del personal ha muerto. No es que tal– número muriese en el levantamiento original; carecemos de cosechas desde el estallido del motín y nuestras reservas alimenticias son muy bajas. Parece que existen claros ejemplos de canibalismo entre los amotinados, que no se han rendido todavía.

»Mi tarea inmediata ha de ser la de restaurar alguna especie de orden y disciplina entre la tripulación y el personal. Es indispensable sembrar las cosechas. Es preciso instituir una vigilancia regular en el Convertidor auxiliar, del que dependemos ahora para el calor, la energía y la luz.»

La siguiente anotación carecía de fecha:

«He estado demasiado ocupado para continuar apropiadamente este diario de navegación. Honradamente, no sé incluso qué fecha es ni aproximadamente. Los relojes de la Nave han dejado de funcionar. Esto puede ser atribuido a la errática actuación del Convertidor auxiliar o probablemente a las radiaciones procedentes del espacio exterior. Ya no contamos con un campo protector de antirradiacion desde que dejó de funcionar el Convertidor Principal. Mi Ingeniero Jefe me asegura que el Convertidor Principal podría

volver a ponerse en marcha pero no contamos con nadie que sepa astronavegación. He intentado aprender por mi mismo la ciencia de la Astronavegación por los libros que tengo a mano, pero las matemáticas que ello implica son muy difíciles.

»Aproximadamente un niño entre veinte de los que nacen en la Nave está deformado. He instituido un código espartano: no permitir que vivan semejantes criaturas. Es duro, pero necesario.»

* * *

«Me estoy haciendo muy viejo y me encuentro débil. Necesito y debo considerar la elección de mi sucesor. Yo soy el último miembro de la tripulación nacido en la Tierra, y aun así apenas sí lo recuerdo; tenía cinco años cuando me embarqué con mis padres. Ignoro en realidad la edad que tengo, pero signos inequívocos me dicen que no pasará mucho tiempo sin que yo también tenga que hacer el Viaje hacia el Convertidor.

»Se ha producido una curiosa variación en la orientación de mis gentes. No habiendo vivido jamás en un planeta, se hace más difícil, a medida que el tiempo pasa, comprender nada que no tenga inmediata relación con la Nave. Ya he dejado de hablarles de eso y en cierta forma es mejor dejarles así que intentar sacarles inútilmente de la oscuridad mental en que se hallan. En el mejor de los casos, sus vidas son muy duras; obtienen una cosecha sólo para ser atacados inmediatamente por los proscritos que todavía siguen floreciendo en los niveles altos de la Nave. ¿Para qué hablarles de cosas mejores?

»Más bien que pasar estos recuerdos a mi sucesor, he decidido esconderlos, de ser posible, en el único salvavidas que dejaron los amotinados cuando escaparon de la Nave. Creo que estará a salvo aquí por mucho tiempo todavía; de lo contrario, algún loco estúpido cogerá este libro para alimentar el Convertidor. Sorprendí a uno de los hombres de guardia alimentándolo con lo que quedaba de una *Enciclopedia Terrestre,* un gran conjunto de libros de inestimable valor. ¡El idiota no había aprendido ni siquiera a leer! Es preciso instituir también alguna ley respecto a los libros.

»Esta es mi última anotación. He descartado la idea de colocar este diario de navegación en una caja fuerte porque resulta peligroso ascender por encima de los bajos niveles. Pero mi vida ya ha dejado de tener valor; quiero morir sabiendo que queda un verdadero registro de lo sucedido. Theodor Mawson. Capitán.»

Incluso los mellizos permanecieron en silencio durante bastante tiempo después de que Hugh hubiera dejado de leer. Al final, Joe dejó escapar un profundo suspiro y dijo:

Con que eso es lo que ha sucedido realmente... Pobre hombre .... –añadió Hugh.

–¿Quién? ¿El Capitán Mawson? ¿Por qué?

No me refiero al Capitán Mawson. A ese otro individuo, al oficial piloto Baldwin. Piensen en él huyendo por esa puerta con Huff al otro lado.

–Hugh se estremeció. A despecho de su increíble sorpresa por lo que había leído y sabido en aquellos momentos, subconscientemente se imaginó a Huff, « Huff el Maldito, el primero en pecar», como un monstruo dos veces tan alto como Joe–Jim, dos veces más fuerte que Bobo y con fauces de fiera en lugar de dientes.

* * *

Hugh tomó prestados dos porteadores de Ertz.

porteadores a quienes Ertz tenía dedicados a recoger los esparcidos cuerpos de las bajas producidas en la guerra y llevar hacia el Convertidor Principal para combustible; y los utilizó para aprovisionar la nave auxiliar de la Nave, el bote salvavidas recién descubierto, haciéndolo con agua, carnes en conserva, pan y masa precisa para el pequeño convertidor. Se abstuvo muy bien de informar del asunto a Narby, como tampoco de informar de su descubrimiento del salvavidas. Carecía de una razón consciente, pero Narby le irritaba.

La estrella que parecía el destino de su gran viaje crecía más y más hasta hacerse un disco visible, demasiado brillante para mirarlo directamente a simple vista. Su presencia en la cúpula del estelario cambió rápidamente contra el fondo del cielo visible. Dejada sin control, la Nave se apartaría hacia un lado, pasando a su alrededor, pero en una curva ampliamente hiperbólica que la llevaría después a las profundidades del espacio.

Le llevó a Hugh el equivalente de varias semanas para calcular los elementos de su trayectoria; y más tiempo aún a Ertz y a Joe-Jim comprobar las cifras y quedar satisfechos de que aquellas absurdas respuestas eran correctas. Todavía les llevó mucho más tiempo convencer a Ertz de que la forma de llevar a cabo la cita en el espacio era aplicar una fuerza que empujase y abriese un camino en la dirección determinada hacia donde se quería ir, esto es, aplicar los frenos al *Vanguard*, aniquilar transitoriamente el momentum físico de su paso por el espacio.

De hecho, fue preciso llevar a cabo una serie de experimentos en caída libre sobre el nivel de la ingravidez de la Nave para meterle a Ertz la idea en la cabeza; en caso contrario, habría estado dispuesto a inclinarse por la opinión de terminar el Viaje con el sencillo expediente de caer de cabeza sobre la estrella a la máxima velocidad. A partir de allí, Hugh y Joe-Jim calcularon cómo aplicar la aceleración para anular la velocidad del *Vanguard* y curvar su trayectoria en forma de una elipse excéntrica alrededor de la estrella. Tras haberlo conseguido, vendría el momento de la búsqueda de los planetas.

Ertz encontraba una cierta dificultad en la comprensión de la diferencia existente entre un planeta y una estrella. Alan jamás lo comprendió.

* * *

–Si mis cálculos son correctos –informó Hugh a Ertz– deberíamos. comenzar la aceleración en cualquier momento a partir de ahora.

–De acuerdo –repuso Ertz–. La Propulsión Principal está dispuesta; tiene casi doscientos cuerpos y una enorme cantidad de masa disponible. ¿A qué estamos aguardando?

–Veamos a Narby para pedirle permiso.

–¿Por qué pedírselo?

Hugh se encogió de hombros.

–Él es el Capitán. Querrá saberlo.

–Bueno... Veamos a Joe-Jim y vayamos con él.

Dejaron el apartamento de Hugh y se dirigieron al de Joe–Jim. No estaba allí, pero encontraron a Alan Mahoney, que también le estaba buscando.

–Rechoncho dice que ha bajado al despacho del Capitán –le informó Alan.

–¿Ah, sí? Bien, le veremos allá. Alan, viejo amigo, ¿sabes una cosa?

–¿Qué?

–Ha llegado el momento. ¡Vamos a hacerlo! Vamos a comenzar a dirigir la Nave.

Vaya! ¿Ahora mismo? –preguntó con los ojos dilatados por la sorpresa.

–En cuanto lo notifiquemos al Capitán. Ven con nosotros si quieres.

–¡Pues claro que sí voy! Espere un momento mientras se lo digo a mi mujer. –Y se lanzó a todo correr hacia su habitación.

–Está mimando demasiado a esa fregona –remarcó Ertz.

–A veces no puede evitarse –comentó Hugh con una mirada lejana.

Alan volvió pronto, aunque resultaba evidente que le había llevado algún tiempo cambiarse de ropa.

–De acuerdo –farfullo–. ¡Vamos!

* * *

Alan se aproximó a la oficina del Capitán con un paso orgulloso. Ahora era un tipo importante y así parecía manifestarlo inocentemente engreído al marchar entre sus amigos mientras los guardias le saludaban.

Pero el centinela de la puerta no se echó a un lado, aunque saludó..., y se puso de forma que cubría toda la puerta.

Vamos, cede el paso! –ordenó Ertz irritado.

–Sí, señor –concedió el guardia, pero sin moverse de donde estaba–. Sus armas, por favor.

–¡Qué! ¿Es que no me conoces, idiota? ¡Soy el Ingeniero Jefe!

–Sí, señor. Déjenme sus armas, por favor. Son las ordenanzas.

Ertz puso una mano en el hombro del centinela como para empujarle a un lado, pero el guardián y cancerbero del Capitán insistió en permanecer impertérrito en su postura.

–Lo lamento, señor. Nadie puede aproximarse al Capitán llevando armas. Nadie.

–Se acuerda de lo que le ocurrió al antiguo Capitán –comentó Hugh en voz baja–. Es un tío listo.

Sacó su cuchillo, que arrojó al centinela. Éste lo cogió en el aire por la hoja. Ertz se encogió de hombros ante lo que parecía inevitable y le entregó el suyo. Alan, considerablemente trastornado, le entregó el par que llevaba al cinto mientras miraba al centinela con una mirada asesina.

Narby estaba hablando. Joe-Jim protestaba con sus dos cabezas y Bobo aparecía desconcertado y como desnudo, incompleto, sin su inseparable cuchillo y su honda.

–El asunto está concluido, Joe–Jim. Ésa es mi decisión. Les he concedido el favor de darles mis explicaciones, pero importa poco si les gusta o no.

–¿Qué pasa? –preguntó Hugh.

Narby le miró.

–¡Ah!, me alegro de que hayan venido. Su amigo el mutante parece poner en duda quién es el Capitán.

–Pero... ¿qué es lo que ocurre?

–Pues que éste –dijo Jim señalando con un dedo pulgar hacia Narby– parece ser que va a desarmar a todos los mutantes.

–Bien, la guerra ha terminado, ¿no es así?

–Es algo que nunca ha sido convenido. Los mutantes se convirtieron en parte integrante de la tripulación. Quita los cuchillos a todos los mutantes y la tripulación los quitará de en medio en un abrir y cerrar de ojos. Eso no es justo. La tripulación lleva sus cuchillos.

–Llegará el momento en que tampoco los lleve –dijo Narby como una predicción–. Pero eso es cosa que la ordenaré cuando llegue el momento oportuno. Éste es ahora el primer paso. ¿Por qué quería verme, Ertz?

–Prégúnteselo a Hugh. –Y el Capitán se volvió hacia el indicado por el Ingeniero Jefe.

–Vengo a notificarle, Capitán Narby –declaró formalmente Hugh–, que estamos listos para acelerar el Convertidor Principal y mover la Nave.

* * *

Narby pareció sorprendido, aunque no desconcertado.

–Me temo que tengan ustedes que posponer ese asunto. Todavía no estoy dispuesto a permitir a los oficiales que suban hacia la zona de la ingravidez de la Nave.

–No será necesario –explicó Hugh–. Ertz y yo podemos arreglárnoslas para realizar las primeras maniobras. Pero no podemos esperar. Si la Nave no se mueve inmediatamente, el Viaje no terminará ni en toda su vida ni en la mía.

–Entonces es preciso que así y todo espere –ordenó Narby.

–¿Qué? –gritó Hugh–. Narby, ¿es que no *quiere* acabar el Viaje?

–No tengo prisa.

–¿Qué clase de estupidez es ésta? –demandó Ertz–. ¿Qué se le ha metido en la cabeza, Fin? Por supuesto que vamos a impulsar la Nave.

Narby tamborileó los dedos sobre la mesa antes de replicar.

–Puesto que parece ser que hay errores de interpretación sobre quién es el que manda aquí, voy a poner las cosas en claro de una vez y por todas, Hoyland. Mientras que sus

pasatiempos no han interferido la administración de la Nave, he querido que se divierta y lo pase bien. Me ha parecido bien y lo he hecho con gusto, ya que ha sido útil a su propio estilo. Pero cuando sus locas creencias han llegado a ser una fuente de corrupción para la buena moral y un peligro para la paz y seguridad de la Nave, tengo que aplastar todo esto sin compasión.

Hugh abría y cerraba la boca, cosa que hizo varias veces en aquella primera fase del discurso de Narby. Finalmente, se las arregló para responder.

–¿Locas? ¿Ha dicho usted que son locuras?

–Sí, así lo dije. Para un hombre que cree que la sólida Nave puede moverse significa que o bien está loco, o es un fanático religioso. Y puesto que ustedes dos tienen la ventaja de un entrenamiento científico, llego a la conclusión de que han perdido la cabeza.

–¡Buen Jordan! –exclamó Hugh–. El hombre que ha *visto* con sus propios ojos esas estrellas inmortales del espacio, ¡y con todo, *nos* llama locos!

–¿Qué significa todo esto, Narby? –preguntó entonces Ertz fríamente–. ¿Por qué todo este estúpido parloteo? No va usted a tomar el pelo a ninguno... Estuvo usted en la Sala de Control, vio usted la galería del Capitán y *sabe* que la Nave se mueve.

–Me interesa usted Ertz –comentó Narby mirándole fijamente–. Me he preguntado si está usted jugando con las quimeras de Hoyland o es usted mismo el que está engañado como un idiota. Ahora veo que también está loco de atar.

Ertz comenzó a perder los estribos.

–Explíquese usted mejor. Ha visto usted la Sala de Control. ¿Cómo puede discutir el hecho de que la Nave se mueve?

Narby sonrió.

–Pensé que era mejor ingeniero de lo que aparenta ser, Ertz. La Sala de Control es un enorme engaño, una tremenda paparrucha. Usted sabe muy bien por sí mismo que esas luces se encienden y se apagan mediante dispositivos... Una muy ingeniosa pieza de ingeniería. Mi teoría es que fue utilizada para insertar el temor en las mentes de los supersticiosos y hacerles creer en los viejos mitos. Pero ya no nos hace más falta; la tripulación cree sin ellos. Ahora es sólo una forma de distracción y voy a destruirla y sellar la puerta de entrada de una vez por todas.

Hugh dio la impresión de que se desarmaba en piezas, farfulló algo incoherentemente y se habría lanzado contra Narby de no haber sido detenido a tiempo por Ertz.

–Ten calma, Hugh –le advirtió. Joe-Jim tomó a Hugh por el brazo, con sus dos caras

como talladas en piedra.

Ertz siguió hablando con calma.

–Supongamos que lo que dice usted es verdad. Supongamos que el Convertidor Principal y la Propulsión Principal son en sí mismos nada más que engañabobos y que nunca podremos arrancarlos. Pero ¿qué hay respecto a la galería del Capitán? Usted ha visto las estrellas desde allí sin ningún truco de ingeniería.

–Narby soltó la carcajada.

–Ertz, es usted más estúpido de lo que podía haber imaginado. Admito que la contemplación de la galería me confundió un tanto al principio..., ¡pero nunca he creído en ello! Pero la Sala de Control da la pista verdadera; es sólo una ilusión, una pieza de diestra ingeniería. Tras aquel cristal hay otro compartimento, del mismo tamaño aproximadamente y sin ninguna luz. Contra esa oscuridad, aquellas diminutas y movientes lucecitas dan el efecto de un agujero sin fondo. Es esencialmente el mismo truco que el utilizado en la Sala de Control. Es evidente. Me sorprende que no lo vieran ustedes. Cuando un hecho aparente va contra la lógica y el sentido común, es obvio que ha fallado en interpretar el hecho correctamente. El hecho más evidente de la naturaleza es la realidad de la Nave en sí misma, sólida, inmutable, completa. Cualquier otro hecho que aparezca en contradicción con eso es indudablemente una ilusión. Sabiendo eso, yo he mirado el truco tras de la ilusión y lo he hallado.

–Espere –dijo Ertz–. ¿Quiere usted decir que ha estado en la otra parte del cristal, en la galería del Capitán, y visto ese truco de las luces de que está hablando?

–No –admitió Narby–. No era necesario. No hay duda de que hubiera resultado fácil hacerlo, pero no ha sido necesario. No tengo que darme un corte yo mismo para saber que un cuchillo tiene el filo cortante.

–Entonces... –Ertz se detuvo y pensó un momento–. Haré un trato con usted. Si Hugh y yo estamos locos, según su opinión, a nadie dañará ni habrá pasado nada mientras guardemos la boca cerrada. Trataremos de empujar la Nave hacia delante. Si fracasamos, usted tiene razón y nosotros estaremos totalmente equivocados.

–El Capitán no hace tratos con nadie –resaltó Narby–. Sin embargo..., lo tomaré en cuenta y lo consideraré. Eso es todo, y pueden marcharse.

* * *

Ertz se volvió para irse, insatisfecho; pero controlado por el momento. Miró a Joe-Jim y se volvió:

–Una cosa más todavía, Capitán ¿Qué es eso respecto a los mutantes? ¿Por qué tiene que molestar a Joe-Jim de esta forma? El y sus muchachos le hicieron a usted Capitán, tendrá que reconocerlo si juega limpio.

La sonrisa de superioridad de Narby se quebró por un momento.

–¡No interfiera en mis asuntos, Ertz! No pueden tolerarse los grupos de salvajes armados. Es el final.

–Puede usted hacer lo que quiera con los prisioneros –declaró Jim– pero mi propio grupo conservará sus cuchillos. Se les prometió una buena comida para siempre, si luchaban por usted. Ellos conservarán sus cuchillos. Y eso es el final!

Narby le miró de arriba abajo.

–Joe-Jim –resalto–, desde hace mucho tiempo, he pensado siempre, que un buen mutante, era un mutante muerto. Usted no hace más que reforzar en mucho mi opinión. Quiero que sepa, y esto le interesará mucho, que en este momento su grupo *está* desarmado... y acabado el trato. ¡Por eso le hice venir!

Los guardias se precipitaron en la estancia, bien fuese por alguna señal convenida o por cualquier otro procedimiento que fue imposible imaginar. Cogidos en el acto, desnudos, desarmados, los cinco se encontraron con un individuo armado a su espalda, antes de que pudieran hacer el menor movimiento.

–¡Llévenselos de aquí –ordenó Narby.

Bobo hizo un gesto y miró suplicante a su amo busca de consejo. Joe captó la mirada del enano.

–¡Arriba, Bobo!

El enano se lanzó en tromba contra el que había capturado a Joe–Jim, sin importarle el cuchillo que tenía a la espalda. Forzado a dividir su atención, el individuo perdió una fracción de segundo vital. Joe-Jim le pateó en el estómago y se apropió de su cuchillo.

Hugh estaba por el suelo, luchando con el guardián que le había detenido, con el puño apretado alrededor de la empuñadura del cuchillo. Joe-Jim le lanzó el suyo y la lucha terminó. El hombre de dos cabezas miró a su alrededor viendo una pila de cuatro hombres hecha un amasijo. Ertz, Alan y otros dos. Joe-Jim utilizó su cuchillo en debida forma, cuidando de evitar las caras con los cuerpos. Al momento, sus amigos aparecieron.

–¡Coged sus cuchillos! –ordenó superfluamente. Sus palabras fueron ahogadas por un grito agudo y agonizante. Bobo, todavía sin su cuchillo había vuelto a sus primitivas

armas. La cara de su enemigo era una masa sangrienta, tirada por el suelo.

–Coge su cuchillo ——dijo Joe.

–No puedo alcanzarlo ——admitió Bobo con cierto tono de ser culpable. La razón era más que evidente... el puño sobresalía de sus costillas, justo bajo el omóplato del hombro derecho.

–¿Puedes andar? –le dijo Joe-Jim tras haberlo examinado y habiéndole hecho una caricia amistosa.

–Seguro que sí, amo –gruñó Bobo con una mueca.

–Vámonos de aquí. ¡Alan! Ven conmigo. Hugh y Bill... cubrir la retaguardia. Bobo irá en medio.

–¿Dónde está Narby? –preguntó Ertz, mientras se palpaba una herida recibida en la mejilla.

Pero Narby había desaparecido... escondido en la parte trasera de la puerta existente tras de su mesa de despacho. Y encerrado sólidamente por dentro.

* * *

Los oficinistas se esparcieron ante ellos en la oficina del exterior. Joe-Jim apuñaló al guardia de la puerta exterior mientras que subía de tono su constante silbido. Con toda rapidez recuperaron todas sus armas, añadiendo a ellas las capturadas. Y volaron hacia arriba.

A dos cubiertas por encima de los niveles habitados, Bobo dio varios traspiés y cayó al suelo. Joe-Jim le recogió.

–¿Puedes hacerlo?

El enano hizo un gesto torpe con la cabeza con un hilo de sangre en los labios. Siguieron subiendo a toda prisa. A veinte cubiertas más arriba se hizo evidente que Bobo no podía ya mover un pie ni hacer apenas el menor esfuerzo, aunque venían por turnos, ayudándole a subir. Pero el peso habíase reducido considerablemente a semejante altura y Alan lo tomó rodeándolo con su fuerte brazo como si fuese un niño. Y continuaron subiendo.

Joe-Jim relevó a Alan. Y continuó la ascensión.

Ertz relevó a Joe-Jim. Hugh relevó a Ertz.

Por fin llegaron al nivel donde vivían en su grupo de apartamientos. Hugh se dirigió en aquella dirección.

Déjalo caer –ordenó Joe–. ¿Dónde piensas que vamos a ir?

–Pues a casa. ¿A dónde, si no?

–¡Tonto! Ahí es donde irán a buscarnos primero.

–¿Dónde vamos a ir, pues?

–A ninguna parte... en la Nave. de la Nave!

–¿Eh?

–En el bote salvavidas.

Tiene razón –convino Ertz–. Ahora tenemos contra nosotros a la totalidad de la Nave.

Pero... pero... –Hugh se entregó a la evidencia Es un riesgo muy grande... pero lo intentaremos y de nuevo se dirigió en dirección a su casa.

Eh! –le gritó Joe–. Por ese camino, no.

–Vamos a salir

–Tengo que llevarme a mis mujeres.

–¡A Huff con las mujeres! Te cogerán. No hay tiempo –pero Ertz y Alan se fueron también a toda prisa–. ¡Oh!... Está bien –rezongó Jim. ¡Pero daos prisa! Me quedaré con Bobo.

Joe-Jim se sentó, puso al enano sobre sus piernas, apoyando la cabeza cariñosamente en un brazo y le hizo un cuidadoso examen. Tenía la piel gris y sudorosa, un chorro constante de sangre le manaba del hombro derecho. Bobo suspiró incoherentemente y frotó su cabeza contra el pecho de Joe–Jim.

–Bobo cansado, amo.

Joe-Jim le dio unos cariñosos golpecitos en la cabeza.

–Calma, Bobo, esto va a doler un poco –levantando ligeramente al herido, manipuló cuidadosamente hasta sacar la hoja que tenía clavada en la profunda herida. La sangre surgió a borbotones.

Joe-Jim examinó el cuchillo y comprobó la terrible longitud del acero, midiéndolo respecto a la herida que había causado en el enano.

–No tiene remedio –susurró Joe.

Jim miró a su hermano.

–¿Bien?

Joe hizo un gesto afirmativo, con lentitud. Joe–Jim, cogió la hoja que había extraído de la herida y la dejó a un lado tomando una de las suyas, afiladas como una navaja de afeitar. Tomó la barbilla del enano con la mano izquierda y ordenó a Bobo.

–¡Mírame, Bobo!

Bobo hizo un esfuerzo para mirar a su amo y susurró algo, alguna cosa inaudible. Joe mantuvo la mirada.

–Buen Bobo! ¡Bobo, fuerte!

El enano hizo una mueca, como si hubiera oído y comprendido; pero no intentó replicar nada. Su amo, le apartó la cabeza hacia un lado y la hoja se hundió fácilmente en el cuello del enano, seccionándole la yugular de un golpe maestro.

–¡Buen Bobo! –repitió Bobo. El enano hizo otro débil mueca.

Cuando los ojos del enano ya estaban sin vida, vidriosos y el desgraciado incuestionablemente muerto, Joe-Jim se levantó, dejando el cuerpo del enano suavemente caer al suelo. Arrastró su cuerpo hacia un lado del pasaje, y se dirigió en la dirección en que los otros se habían ido; pero ya estaban de vuelta.

Se metió la hoja capturada salvajemente en el cinto y se aseguró de que todo su armamento estaba listo y dispuesto para lo que tuviera que llegar.

* * *

Los otros llegaron a todo correr.

–Hay dificultades –explicó Hugh casi sin aliento——. Rechoncho está muerto. No hay ninguno de tus hombres en los alrededores. Muertos, tal vez... Narby lo ha ordenado, probablemente. Toma... –y alargó a Joe-Jim un cuchillo de los largos y la armadura corporal que había sido construida para él, con su amplia jaula de acero, apropiada para recubrir sus dos cabezas.

Ertz y Alan vestían armaduras, al igual que Hugh. Las mujeres no; porque no se había construido ninguna para ellas. Joe-Jim notó que la mujer más joven de Hugh llevaba un cardenal morado en los labios, como si alguien la hubiera tenido que persuadir de una buena bofetada. Sus ojos aparecían llenos de lágrimas y tormentosos, aunque sus maneras dóciles. La esposa mayor, Cloe, parecía haber tomado los acontecimientos tal y como se presentaban. La mujer de Ertz lloraba suavemente y la de Alan reflejaba el asombro de su dueño.

–¿Dónde está Bobo? –inquirió Hugh, mientras ponía la armadura de Joe–Jim.

–Hizo el Viaje.

–¡Vaya! Bien, así son las cosas... vamos.

Se detuvieron un momento cerca del nivel de la ingravidez y después continuaron hacia delante; porque las mujeres no se adaptaban al vuelo ingrávido. Cuando llegaron al mamparo que separaba la Sala de Control y las cápsulas de los botes salvavidas del cuerpo de la Nave, continuaron subiendo.

No se produjo ni alarma, ni emboscada, aunque Joe pensó haber visto una cabeza mostrarse al llegar a una cubierta. Se lo dijo a su hermano, pero no a los otros.

La puerta que daba al nicho de los botes salvavidas del espacio, aparecía cerrada y no estaba ya Bobo para abrirla desgraciadamente. Todos fueron intentándolo en sucesión, sudando por el tremendo esfuerzo. Joe-Jim lo intentó por segunda vez, con Joe relajándose y permitiendo a Jim controlar sus músculos para no colisionar uno con otro en sus esfuerzos mentales. Al fin, la puerta se abrió.

–Dentro, rápido! –restalló Jim.

–¡Y pronto! –confirmó Joe–. Ya los tenemos encima.

Había montado la guardia mientras que su hermano luchaba con la entrada. Un disparo desde abajo reforzó su advertencia.

Los mellizos se volvieron para dar la cara y presentar batalla mientras que sus amigos empujaban a las mujeres al interior. La compañera de Alan caprichosa y asustadiza eligió aquel momento para echarse a llorar y salir corriendo de allí; pero la falta de peso la derrotó. Hugh la echó mano, la arrastró literalmente al interior y la propinó un buen puntapié adecuadamente.

Joe-Jim sacó su espada el largo cuchillo construido para él por la Madre de las Hojas y la extendió conteniendo a sus enemigos en una zona de cierta distancia, impidiendo su avance. El propósito que se había hecho, quedó cumplido a la perfección; sus oponentes, sorprendidos, se vieron obligados –una media docena de ellos–, a andar con pies de

plomo en su ataque. Entonces, como señal, seis cuchillos cortaron el aire simultáneamente.

Jim sintió algo que le golpeaba, aunque sin sentir dolor y sacó la conclusión que era la armadura la que le había salvado.

–Han fallado, Joe –gritó entusiasmado.

Pero no hubo respuesta. Jim volvió la cabeza y trató de mirar a su hermano. A pocas pulgadas de sus ojos, un cuchillo sobresalía por entre las barras del casco; la punta estaba enterrada en el ojo izquierdo de Joe.

Su hermano, estaba muerto.

Hugh sacó la cabeza por la puerta.

–Vamos, ven, Joe-Jim –grito–. Todos estamos ya dentro.

–Entrad al interior –ordenó Jim–. ¡Y cerrad bien la puerta!

–Pero...

–¡Que entréis, he dicho!

Y volviéndose, Jim le empujó en la misma cara, cerrando la puerta casi al propio tiempo. Hugh tuvo la rápida visión del cuchillo clavado en el rostro de J*oe,* ya sin vida. Entonces la puerta se cerró definitivamente contra él y oyó cómo la palanca de seguridad giraba sobre sí misma.

Jim se volvió hacia sus oponentes. Apartándose del mamparo, con unas piernas que le parecían curiosamente pesadas, se lanzó hacia sus atacantes, armado de su largo cuchillo, agarrado con ambas manos. Los cuchillos de sus enemigos, volaban hacia él, estrellándose contra su armadura o mordiéndole en las piernas. Dio una rápida vuelta y lanzó una estocada en un amplio círculo en donde encontró a un oponente, a quien cortó literalmente en dos pedazos.

–¡Eso por Joe!

Aquel golpe le detuvo. Dio otra vuelta en el aire y repitió la misma maniobra.

–¡Esto por Bobo!

Sus enemigos se aproximaron más a él y dando otra vuelta rápida, aniquiló a otro de sus enemigos con la tremenda largura de su espada, mientras furiosamente, decía:

–¡Y esto, por mi!

Un cuchillo se le quedó clavado en el muslo. Pero no le hizo demasiado efecto. Las piernas no resultaban muy necesarias en aquella situación de ingravidez.

–¡Uno para todos!

Un hombre se había situado entonces a su espalda... y pudo sentirlo perfectamente. Pero no importaba; también tenía otro frente a él uno que resultó atravesado de parte a parte de una certera estocada.

Todos para u ! –las palabras quedaron muertas en sus labios, aunque la estocada final quedó terminada, aunque no la famosa consigna de «Los Tres Mosqueteros» de Dumas.

Hugh intentó abrir la puerta que casi se había estrellado en su propia cara. Pero era incapaz de hacerlo... de haber existido algún medio de realizarlo, no vio la forma de conseguirlo. Presionó un oído contra la plancha de acero y escuchó; pero la hermética cerrazón de aquella puerta de acero no le proporcionó la menor pista.

Ertz le tocó en un hombro.

–Vamos –le dijo–. ¿Dónde está Joe–Jim?

–Se quedó del otro lado.

–¡Qué! Abre esa puerta y tráelo.

–No puedo, es imposible abrirla. Se obstinó en quedarse y la cerró por fuera a propósito.

–Pero... tenemos que llevarlo. Hicimos el juramento de sangre.

–Creo saber el porqué de haberse quedado al exterior voluntariamente –comentó tristemente Hugh, con una súbita inspiración de las circunstancias. Y contó a Ertz lo que había visto.

–De todas formas –concluyo– es el fin del Viaje para él. Vamos, volved atrás y alimentar la masa del Convertidor. Necesitamos energía.

Entraron en lo que era propiamente la nave auxiliar del *Vanguard* y Hugh cerró la cámara de compresión tras ellos.

–¡Alan! –gritó–. Vamos a arrancar. Procura que esas condenadas mujeres no estorben...

Tomó asiento en el sillón de piloto y cortó las luces.

En la oscuridad, cubrió el dispositivo de luces verdes con la mano. Una transparencia apareció en el tablero. PROPULSIÓN A PUNTO. Esta se hallaba enfrascado en su oficio. ¡Allá vamos!, pensó, y activó la combinación de lanzamiento. Se produjo una corta pausa, un breve movimiento vibratorio... y después una especie de retorcimiento. Aquello le asustó, puesto que no tenía la menor posibilidad de saber en qué forma saldría lanzado el bote salvavidas del giro de la gran Nave.

El cristal de la pantalla visora apareció súbitamente cubierto de estrellas; estaban libres... ¡moviéndose por el espacio!

Pero la enorme extensión de aquellas luces, como joyas resplandecientes, no aparecía ilimitada, como lo era invariablemente vista desde la galería del Capitán o reflejadas como en un espejo en las murallas de la Sala de Control; una forma grande, abultada y brillante resplandecía suavemente bajo la luz de las estrellas, en cuyo sistema había entrado. Al principio, no pudo darse una cuenta cabal de lo sucedido. Después, un escalofrío de superstición le hizo comprobar, que lo que estaba mirando, era la propia Nave, la verdadera Nave, vista desde el exterior. A despecho de su comprensión intelectual de la verdadera naturaleza de la Nave, jamás la había visto en aquella forma. La estrella, sí, también la superficie de un planeta; era algo con cuyo concepto había estado luchando para comprenderlo; pero no la superficie exterior del *vanguard*.

Cuando lo hizo, le sorprendió.

–Hugh... ¿qué es eso? –dijo tocándole en un brazo Alan.

Hoyland trató de explicárselo. Alan sacudió la cabeza y parpadeó los ojos.

–No lo comprendo bien.

–No importa. Tráete a Ertz hasta aquí. Y a las mujeres también... las dejaremos que lo vean.

–De acuerdo; pero... –y con cierta intuición concluyo–: Es un error traer a las mujeres. Se les asustará tontamente... nunca antes han visto las estrellas.

* * *

Suerte, un perfecto diseño de ingeniería y un poco de conocimiento. Buen diseño, diez veces mejor que la suerte y un precioso, aunque escaso conocimiento. Había sido una suerte que la Nave les hubiera dejado próximos a una estrella con un sistema planetario y suerte de que la Nave llegase hasta allí con una velocidad suficientemente lenta como para que Hugh la contrarrestase con la nave auxiliar, y suerte además de haber aprendido a manejarla, de forma que no hubiesen sido condenados a morirse de hambre y sed en el espacio.

Había sido magnífico que la pequeña nave auxiliar estuviese tan bien provista de alimentos y energía propulsora. Los diseñadores habían anticipado al construirla, que los pioneros podrían necesitarla para explorar hasta los planetas más lejanos de cualquier sistema solar, habiendo provisto a la gran Nave de aquellos botes salvavidas del espacio con un amplio margen de seguridad y de independencia. Hugh apreció el factor en toda su extensión.

Había sido una suerte indudable de haberles colocado en el plano de un movimiento planetario, suerte que Hugh, cuando se las arregló para lanzar como un proyectil la nave auxiliar en que viajaban separados del *Vanguard*, aprovechó para aproximarse en una órbita cerrada en dirección a la rotación de un planeta.

Había sido suerte, asimismo, que la elipse excéntrica lograda, les llevase a un enorme planeta que poder identificar a simple vista. De lo contrario, podrían haber permanecido en el espacio como náufragos dando vueltas y vueltas hasta haber muerto de viejos, ignorando por el momento los más inmediatos azares del hambre y la sed, sin haber llegado jamás a la proximidad de un planeta, elegido entre una de aquellos millones de estrellas esparcidas por el Universo en todas direcciones.

Existe la falsa concepción, geocéntrica y antropomórfica, común a la gran mayoría de los hombres atados a la Tierra, que les impide visualizar un sistema planetario estereoscópicamente. El ojo de la mente ve un sol, remoto entre las lejanas estrellas y rodeado por unos cuerpos que giran a su alrededor... los planetas. Salga usted a su balcón y mire. ¿Puede usted distinguir tales planetas de la estrella? A Venus es fácil distinguirlo a simple vista, pero ¿qué puede decir de Canopus, de no haber sido previamente examinado allá donde se encuentra tal estrella? Aquella manchita roja del cielo es Marte... ¿o es la estrella Antares? ¿Cómo puede saberlo siendo tan ignorante como lo era Hugh Hoyland? Salir disparado hacia la estrella Antares y jamás viviría para tener nietos.

El gran planeta sobre el que se arrastraban desde la altura y en su órbita, apareció después como un gran disco distinguible a simple vista; era mucho más grande que Júpiter, compañero adecuado de la estrella y en cierta forma más joven y más grande que nuestro Sol, girando a una gran distancia. Hugh encaminó la nave en aquella dirección, tras varios períodos de sueño y vigilia, reduciendo la velocidad, hasta llevar la nave a una órbita adecuada alrededor del planeta. La maniobra le llevó bastante cerca como para ver sus lunas.

La suerte les ayudó de nuevo. Había planeado tomar tierra sobre el gran planeta, no sabiendo otra cosa mejor que hacer. De haber estado en condiciones de hacerlo, habrían vivido lo suficiente hasta el momento de haber abierto la cámara de compresión.

Pero se hallaba escaso de masa, tras el titánico esfuerzo de apartarse de la larga hipérbole que les conducía a la estrella, inclinándose lo suficiente para curvar la marcha de la nave y aproximarla a una órbita cerrada alrededor del gran planeta. Consultó una y otra vez los

grandes y viejos libros tratando de comprender las antiguas ecuaciones y aprender las leyes del movimiento de los cuerpos, enumeradas y repetidas en incontables ocasiones, poniendo a prueba la calma y la paciencia de Cleo. La otra esposa, la sin nombre, se apartó de su vista.

No vio otro remedio que tener que utilizar, al menos, algunos de aquellos viejos libros, preciosos e insustituibles. Aun habiéndose quedado sin ropas, utensilios y otros objetos de primordial interés, e incluso de sus cuchillos, la masa de los libros era precisa. Habría preferido quedarse sin alguna de sus dos mujeres. Decidió finalmente, como último recurso, tomar tierra en una de las lunas.

Y de nuevo, la suerte. La coincidencia de que tuviese tan colosales proporciones, que normalmente nadie espera encontrar en un satélite; y aquella luna, satélite del gigantesco planeta, era adecuada perfectamente para soportar la vida humana. No importaba, había que lanzarse sobre ella rápidamente; la combinación de circunstancias es del mismo orden necesitado para producir tal planeta en primer lugar. Nuestro propio planeta, bajo nuestros pies, es de la variedad de aquello de « ¡No existe tal animal ! ». Una ridícula improbabilidad.

La suerte de Hugh, fue una ridícula improbabilidad.

* * *

El buen diseño de la nave, manejó la próxima fase. El haber aprendido a maniobrar con la pequeña nave en el espacio exterior, era una cosa; pero tomar tierra en un cuerpo celeste, era harina de otro costal. Se habría estrellado cualquier espacionave diseñada anteriormente al *Vanguard.* Pero los constructores del *Vanguard* habían calculado que la nave auxiliar de la grande, debería ser pilotada por la segunda generación de los exploradores, gentes que deberían hacerlo seguramente desasistidos. Y así lo planearon cuidadosamente.

Hugh llevó al pequeño navío espacial hacia la estratosfera, y lo condujo rectamente hacia una ruta triunfal que con toda seguridad pudo haberlos matado a todos sin remisión.

Pero los pilotos automáticos se hicieron cargo de la situación, en el momento oportuno.

Hugh se irritó, se puso furioso y juró como un carretero, dejando escapar tales exclamaciones que apartaron a Alan de la diversión y admiración de la vista de las escotillas. Pero nada de cuanto hizo Hugh apartó a la nave de su ruta, ni hacer que respondiera a sus manipulaciones. Continuó su propio camino hasta llegar a unos mil pies de altura, que les proporcionó el asombro de contemplar un entorno cambiante en todos sus aspectos.

– Hugh, han desaparecido las estrellas!

–Ya lo se.

–Pero... Jordan! Hugh... ¿qué ha ocurrido con ellas?

Hugh miró irritado a Alan.

–Yo... no lo sé... y yo... bueno ¡me tiene sin cuidado! Vete a la popa con las mujeres y deja de hacer más preguntas tontas.

Alan se marchó de mala gana con una última mirada de la superficie de aquel planeta y de su brillante cielo. Aquello le interesó mucho, aunque no le maravilló, puesto que su capacidad de asombro había ya quedado sobrepasada hacía tiempo.

Pasaron varias horas antes de que Hugh descubriese que un ignorado grupo de luces de control, ponía en marcha un movimiento en cadena, a partir del cual el autopiloto haría por sí mismo que la nave tomase tierra en aquel mundo visto por primera vez. Puesto que lo descubrió experimentalmente, no eligió el lugar preciso de aterrizaje. Pero los ojos estereoscópicos del autopiloto insertaron los datos precisos en el «cerebro» y el mecanismo submolar lo fue seleccionando y rehusando hasta que la nave tomó tierra suavemente sobre una pradera ondulante próxima a un grupo de árboles.

Ertz se presentó ante Hugh.

–¿Qué ha ocurrido, Hugh?

Hugh le señaló con una mano hacia la escotilla delantera.

–Puedes verlo con tus propios ojos.

Hugh estaba demasiado cansado para molestarse, demasiado cansado y emocionalmente agotado. Las semanas transcurridas en aquella lucha sin fin entre la ignorancia y el temor, con sus pobres conocimientos exaltándole el cerebro a cada momento, el hambre y últimamente la sed y años de alimentar una ambición consumida, todo aquello, en suma, le restó capacidad para gozar de la meta conseguida cuando había llegado a ella.

Pero habían aterrizado, habían terminado el Viaje de Jordan. No se sentía desgraciado, más bien en paz y muy cansado.

Ertz miró fijamente hacia el exterior. Jordan! –exclamó. Y después dijo como la cosa más natural del mundo–. Salgamos.

–De acuerdo.

Alan se puso al frente y tras haber abierto la cámara de compresión, las mujeres se apelotonaron tras él.

–¿Hemos llegado, Capitán?

–Haz el favor de salir y déjate de tonterías –le repuso Hugh.

Las mujeres se reunieron ante la desierta pantalla visora y Alan les explicó de una forma importante aunque incorrectamente, el significado de la escena que tenían ante ellas. Ertz consiguió abrir la última puerta.

Todos aspiraron el aire a pleno pulmón.

–Es frío –dijo Ertz. De hecho, la temperatura era tal vez como unos cinco grados menor que la permanente y monótona de la Nave; pero Ertz estaba experimentando una temperatura real y natural, propia de un verdadero mundo, por primera vez en toda su vida.

–No tiene sentido –dijo Hugh, ligeramente molesto de que se encontrara cualquier defecto en « su » planeta–. Eso es tu imaginación.

–Puede ser –concedió Ertz. Se calló incómodo–. ¿Vamos afuera?

–Por supuesto –y dominando su propia resistencia a hacerlo, Hugh se adelantó en cabeza y se dejó caer desde cinco pies al suelo.

–Vamos, venid todos... es estupendo.

Ertz le siguió y permaneció junto a él. Ambos permanecieron junto a la pequeña nave del espacio.

–¿Esto es grande, verdad?

–Bien, sabíamos que tendría que serlo –repuso Hugh.

–¡Eh! –dijo entonces Alan asomándose a la escotilla–. ¿Puedo bajar? ¿Va todo bien?

–Adelante.

Alan también saltó al suelo y se reunió a Ertz y a Hugh. Miró a su alrededor y dejó escapar un penetrante silbido.

* * *

Su primera salida, les llevó a unos cien pies de distancia del navío auxiliar.

Se unieron en un grupo cerrado, buscando un silencioso confort y observaban cómo sus pies daban de vez en cuando algún traspiés en aquella suave y extraña cubierta. Todos lo

hicieron sin incidente alguno hasta que Alan levantó la vista del suelo y se encontró a sí mismo por primera vez en su vida con nada *cerca* de él. Fue atacado por el vértigo y una aguda agorafobia , se quejó, cerró los ojos y cayó al suelo.

–¿Qué le pasa a éste? –preguntó Ertz, mirando alrededor.

A renglón seguido, Ertz sufrió el mismo efecto.

Hugh luchó contra aquel mal desconocido. Le costó trabajo luchar con sus rodillas, hasta conseguirlo, apoyándose con una mano en el terreno. Sin embargo, su ventaja consistía en haber estado mirando por la pantalla visora horas y horas, cosa que ninguno de sus otros dos camaradas habían hecho. Ni Ertz ni Alan eran cobardes.

–¡Alan! –gritó su esposa desde la puerta–. ¡Alan! ¡Vuelve aquí! –Alan abrió un ojo, se las arregló para enfocar el navío espacial y comenzó a levantarse poco a poco.

–¡Alan! –le ordenó Hugh–. ¡Deja de hacer eso! Siéntate.

Alan lo hizo.

–¡Abre los ojos! –Alan obedeció con precaución y volvió a cerrarlos inmediatamente.

–Siéntate, quédate tranquilo y todo irá bien –añadió Hugh.

–Ya me encuentro bien –y para demostrarlo se puso en pie.

Todavía estaba algo mareado; pero lo consiguió,. A poco, Ertz se incorporó igualmente.

* * *

El sol había cruzado un trecho apreciable del cielo visible. Había transcurrido bastante tiempo para que un hombre bien alimentado tuviese buen apetito, y no estaban bien alimentados. Incluso las mujeres ya estaban al exterior, cosa que se logró por el simple expediente de entrar en la nave y sacarlas a rastras. No se aventuraron lejos del casco de la nave, sino que se reunieron, una junto a otra, contra el casco. Pero sus hombres ya habían aprendido a marchar normalmente por la superficie de aquel nuevo mundo y no sentir vértigo ante los grandes espacios abiertos. Alan se atrevió a caminar hasta llegar a una distancia de cincuenta yardas desde la sombra que proyectaba la nave, más de una vez, a la vista de las mujeres.

Y sucedió, que en aquella primera jornada del nuevo planeta un animal nativo dejó que su curiosidad excediese a su precaución. El cuchillo de Alan lo abatió, dejándole muerto a poco rato. Alan se llegó hasta el lugar de su víctima, agarró al cebado animal por una pata y lo mostró orgulloso a Hugh.

–¡Mira, Hugh! ¡Buena comida!

Hugh lo miró con aprobación. Ya había pasado su primera sorpresa y el temor de aquel lugar desconocido habiendo sido reemplazado por un cálido sentimiento de afecto y la seguridad de haber llegado por fin a su hogar definitivo, tan largamente esperado. Aquello parecía un buen augurio.

–Sí –convino–. ¡Buena comida! De ahora en adelante y para siempre, Alan... ¡Buena comida!

ROBERT A. HEINLEIN

FIN